RAY LORIGA

El hombre que inventó Manhattan

El Aleph

Lectulandia

Nueva York como territorio de ficción. Las ciudades que soñamos, visitamos, abandonamos o añoramos no son más que un invento. El Manhattan de Ray Loriga es el de sus personajes y sus historias imaginadas. Cuentos cruzados de vidas que se solapan en el espacio y en el tiempo para configurar no un retrato fiel, sino un reflejo distorsionado, una visión propia, que nace de una rica herencia literaria. Una ciudad son también sus escritores.

El suicidio de un emigrante rumano pone en marcha la recreación de un mundo, que se nutre de realidad y leyenda a partes iguales, de recuerdos y mentiras. Un famoso cómico de la televisión, un vendedor de pianos muerto en extrañas circunstancias, un próspero hombre de negocios obsesionado por dos hermanas coreanas, la muerte de un gángster en los años treinta, tiburones en el Hudson y dos torres que se hunden. Un paisaje que se parece mucho a Manhattan pero que es sin duda otra cosa. Con una sabia mezcla de humor y desolación, Loriga, despliega el mapa de una ciudad hecha de cemento y literatura.

Lectulandia

Ray Loriga

El hombre que inventó Manhattan

ePub r1.0
Achab1951 08.06.13

Título original: *El hombre que inventó Manhattan*
Ray Loriga, 2004
Retoque de portada: Achab1951

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El hombre que inventó Manhattan

EL hombre que inventó Manhattan se hacía llamar Charlie, aunque su verdadero nombre era Gerald Ulsrak, estaba casado y tenía dos hijas. A lo mejor sólo una. Se decía que la mayor de las niñas era hija de otro hombre, tal vez por la manera en que Charlie la miraba o, mejor, no la miraba. Gerald Ulsrak había nacido en un pequeño pueblo en las montañas de Rumania y siempre había soñado con un sitio mejor, Manhattan, y un nombre distinto, Charlie.

Charlie tenía un amigo, al que todos llamaban Chad y que era la clase de persona a la que nadie suele referirse usando sólo su nombre de pila, de manera que Chad era siempre «el bueno de Chad», o «el viejo Chad» o «menudo es Chad». Por supuesto Chad no se llamaba Chad, ni nada por el estilo, se llamaba Pedja Ruseski, pero, como digo, todos le llamaban Chad.

Charlie pensaba que Chad era el tipo más divertido que había conocido nunca, a pesar de que la mayor parte de la gente opinaba justo lo contrario.

Charlie siempre contaba que Chad había llegado antes que él a Nueva York y que, por lo tanto, parte de la invención debía de ser suya, pero Chad negaba tales acusaciones con un ligero movimiento de su dedo índice y levantaba su pinta de cerveza para brindar por Charlie, mientras gritaba: «POR EL HOMBRE QUE INVENTÓ MANHATTAN». Así que no había más que hablar.

Por cierto, Chad negaba siempre con el dedo y en cambio afirmaba con un frenético movimiento de cabeza, que más parecía un no que un sí. Lo cual justificaba la aseveración favorita de Charlie: «Jamás intentes comprender a un rumano».

En opinión de Pedja Ruseski, al que todos llamaban Chad, el hombre que inventó Manhattan era sin lugar a dudas Gerald Ulsrak, al que todos llamaban Charlie.

Los dos rumanos apenas se veían, porque la vida tira de un brazo y la amistad del otro, pero cuando se veían, bebían, y cuando bebían, trataban de recordar, y a menudo recordaban con pelos y señales cosas que no habían sucedido. No importaba. Llevaban en Nueva York tanto tiempo que algunos recuerdos se habían quedado escondidos en ese lugar de la memoria que respeta por igual los acontecimientos reales y los inventados.

Parece que Chad y Charlie solían tumbarse juntos sobre las vías del tren en la frontera de Transilvania, aunque de esto hace ya mucho tiempo. Y, sin embargo, Charlie lo recuerda con diáfana claridad, que, por otro lado, es como suelen recordarse las cosas imaginadas o aquéllas decoradas convenientemente por la euforia.

«Esto se mueve», decía Chad, al sentir las primeras vibraciones sobre el frío

metal de la vía, pero Charlie permanecía inmóvil, como muerto, hasta que el tren estaba tan cerca que se le cortaba a uno la respiración, según palabras del propio Chad, que temía que algún día su amigo no fuera capaz de levantarse a tiempo.

«Así de cerca», exclamaba Chad juntando las manos, exagerando sin duda el arrojo del pequeño de los Ulsrak, «el loco Gerald», que así era como le llamaba su abuela materna y por extensión todos los que conocían la extraña propensión de aquel muchacho gordezuelo por las ideas absurdas y los comportamientos impropios. Gerald el loco, el mismo que quemó la casa de aperos del viejo Stan; el mismo que escribió «RUMANIA HA MUERTO» en la tapia del cine; el mismo que perseguía a los perros agitando un palo, mientras los demás críos corrían, no detrás sino delante de los perros, tragándose las lágrimas; el mismo que descubrió a una mujer desnuda frente a la ventana de un sexto piso en la avenida Gruller, una mujer que, día sí día no, se quitaba el camisón delante de un espejo empañado por el vapor del agua caliente; el mismo que a los doce años juró no morir en Signisoara, Transilvania, sino mucho más lejos; el mismo que con el tiempo empezó a hablar de Manhattan sin parar, como si hubiera estado allí.

—Lo sabía todo —dice Chad, con los ojos encendidos por el carbón de las leyendas cultivadas con las propias manos—. Todo lo conocía. No sólo las calles —decía Chad, como si entre los días sobre las vías del tren junto a la frontera de Transilvania y estos otros días de duelo no hubiera pasado el tiempo—. No sólo las calles, sino la gente, los colores, las cosas grandes y las pequeñas, la forma de hablar y hasta esos absurdos apretones de manos que tanto gustan a los negros. De todo hablaba Chad, con tal firmeza y seguridad que oyéndole se sentía uno allí, es decir, aquí, o sea, en Manhattan.

»Tenía un plano y sobre el plano iba cruzando las calles con las avenidas como si se tratara de un tablero de ajedrez y aquí —comentaba Chad señalando la calle 34 con la Quinta en el mapa de su memoria— dibujaba el Empire State Building y allí —decía llevando ahora su dedo hacia el norte— dibujaba el final de Central Park y luego Harlem y el Harlem hispano y hasta el mercado de la Marqueta.

»Y no había nada acerca de esta ciudad que no supiese a ciencia cierta o no fuera capaz de imaginar.

Así las cosas, queda claro que Charlie no sólo inventó el río Hudson, sino además la forma de cruzarlo.

Sobre el río Hudson construyó Charlie tres puentes y bajo el río cavó dos túneles, el Lincoln y el Holland. El tráfico masivo que él mismo creó demostró poco más tarde que las invenciones de Charlie eran del todo insuficientes. Inventó la White Horse Tavern y, alrededor, el Village. Inventó a Dylan Thomas bebiendo allí su

última copa e inventó el hotel Chelsea, para dejarlo después morir allí, una mañana de 1953. Y los bares de *striptease* alrededor de Times Square y las tiendas de Disney y las pantallas gigantes y la inmensa botella de whisky japonés que corona un rascacielos y hasta el cowboy desnudo que toca la guitarra bajo la nieve. Y los pasos marcados en esa misma nieve y borrados enseguida por otros pasos.

Y todas las corbatas y todos los negocios y todos los clubes de tenis y el club de criquet de Central Park, donde esos viejecitos de blanco inmaculado recordaban el imperio perdido y la música norteafricana en un taxi que cruza la calle Canal y todos esos chinos misteriosos hacinados en Chinatown y la bandera italiana pintada tras la cancha de baloncesto en la calle Sullivan y el piloto despistado que se estrelló contra las Torres Gemelas y el otro imbécil que se estrelló unos segundos más tarde y las manzanas verdes asomadas a Broadway en las bandejas de Fairway, que mi hijo apenas era capaz de morder por los lados, como un animal muy pequeño, para despreciarlas después.

Noche tras noche Charlie se repetía lo mismo, como un mantra: «Mañana será un buen día. Mañana será un buen día».

Charlie amaneció colgado de una viga del techo el día de Año Nuevo de 2002.

Al enterarse de tan trágica noticia, Chad exclamó: «¡Mierda!», o mejor «Shit!», con un sólo signo de exclamación pero con idéntica rabia, pues aquellos dos hombres habían llegado a ser tan amigos como dos hombres puedan llegar a serlo.

Tal vez Chad no era consciente de ello, pero antes había muerto Robert Lowell en un taxi inventado cruzando Central Park camino de su hotel. Y Arnie *Dos Dedos* Ferrara, de un tiro en la nuca en su casa de Queens y Lou Diallo, acribillado por seis agentes de la policía de Nueva York —«servicio, cortesía y respeto», según rezan los laterales de sus coches patrulla—, y el vecino del final del pasillo, un viejo sonriente que acumulaba cajas de vitaminas, cavando trincheras contra lo inevitable, aplastado *all the same* por una angina de pecho.

Poco después murió John Gotti de cáncer, que era para la mafia lo que Elvis para el rock, en la cárcel de Newark y, a pesar de que había quedado más que demostrado por parte de la oficina fiscal que aquel hombre era culpable de más delitos de los que una personalidad menos dotada para el mal podría soñar con cometer, su entierro y su funeral arrastraron en la ciudad el respeto y la adoración reservada a los héroes del pueblo. Treinta años antes había muerto Dutch Schultz de tres disparos en los baños de un restaurante chino con el asunto aún entre las manos, pero al holandés sanguinario no le quería tanto la gente.

Y todo en esta extraña ciudad, hasta eso era cosa de Charlie.

¿Y el ruido que hacía al caminar? Se le oía venir a dos manzanas de distancia. Con aquellas malditas llaves.

Llevaba Charlie, colgadas de una gruesa hebilla, al menos treinta y seis llaves de

otros tantos apartamentos a su cargo. Era el *super*, diminutivo de *superintendente* el hombre a cargo del mantenimiento de la casa. El chapuzas. El hombre para todo.

Una tubería gotea, llamas a Charlie. La calefacción se apaga, llamas a Charlie. La basura se acumula en el sótano, de nuevo Charlie es el responsable. Charlie entra y sale de las casas escuchando quejas y después hace lo que puede. El *super* es el intermediario entre el *landlord*, el dueño, y el *tennant*, el inquilino. La última línea de defensa entre el dinero y las ratas. Hay un Charlie en cada edificio, precisamente porque Charlie lo quiso así. Tras la muerte de Charlie tuvimos otro *super*, Lou Kolik, que duró una semana, y luego otro, Frank Lugo, que aún sigue allí. Pero ninguno como Charlie.

Charlie era bajito y fuerte, con la cabeza afeitada y tirantes y botas de *skinhead*, pero no era un *skinhead*, ni mucho menos, era más bien como un James Dean calvo. Por supuesto, no se parecía nada a James Dean y jamás se me hubiera ocurrido llamarle así, si no fuera porque mi mujer, que está más atenta a estas cosas, se dio cuenta un buen día de que su actitud, su manera absurda de recostarse contra las paredes y su mirada perdida, eran una réplica exacta de la pose de James Dean.

Bajo la palma de la mano izquierda tenía una cicatriz. Bebía whisky con cerveza en O'Sullivans, en la esquina de Columbus con la calle 72. Una vez le vi acercarse al *jukebox* y poner una canción de los Carpenters. Lo cual sorprendió a casi todo el mundo, pero no a Chad, que sabía de la verdadera naturaleza de Charlie. A pesar de su rudo aspecto, Charlie tenía alma.

Al funeral de Charlie asistieron sólo seis personas. Por la tarde de ese mismo día alguien, seguramente su mujer, deslizó por debajo de la puerta un recordatorio plastificado. En una cara, una imagen del Sagrado Corazón; por la otra, una foto de Charlie, sonriendo, con el nudo de la corbata desplazado y el último botón de la camisa abierto. Jamás habíamos visto a Charlie con corbata así que nos imaginamos que podría ser una foto del día de su boda. Quién sabe.

Si alguien recordaba su boda, ése era el bueno de Chad, que solía referirse a ella como «la última fiesta» y aún guardaba una polaroid, en la que se veía a Charlie levantando a pulso dos bidones de cerveza ante la mirada atónita de una *stripper* del Lower East Side llamada Mabel, o Irmabel o algo parecido. Una preciosa porteña que mentía por sistema y que tenía una hermana llamada Concepción, que no mentía nunca. Ni siquiera cuando la policía del condado le preguntó si había disparado contra su marido, a lo que ella contestó con un lacónico «sí», que la llevó al corredor de la muerte de la cárcel de máxima seguridad de Nueva Jersey.

En fin, no nos desviemos del tema, que hemos dejado a Charlie colgado de las vigas del sótano.

Dos días después de su muerte, vinieron dos hombres bien trajeados a buscarle, pero Charlie ya no estaba. Me lo contó Lou, un vagabundo desdentado que vive en

una pequeña grieta de la calle 74, entre el supermercado y Señor Swankys, un horrible restaurante mejicano.

«Eran de la mafia —me dijo Lou—, no preguntes más».

No pregunté.

Aquel mismo invierno le regalé a Lou un abrigo viejo de cuero, que él cambió inmediatamente por seis cervezas.

Todas las historias de este libro son parte del sueño de Charlie, todas son inventadas aunque muchas, la mayoría, son ciertas.

El efecto Mozambique

CON frecuencia Laura tenía la sensación, al entrar en un lugar cualquiera, pongamos por caso el salón de uñas de madame Huong, de que todas las mujeres eran más feas que ella. Esto, que al principio, en las arenas movedizas de la adolescencia, le había dado gran satisfacción y una tremenda confianza en sí misma, había terminado por causarle, con el tiempo, una ligera sensación de desasosiego. Y no es que Laura renegase de su belleza, al contrario, pensaba que la belleza e incluso la estatura eran cosas que uno se ganaba a pulso, y jamás se le ocurrió que su hermana Simonetta tuviera razón al afirmar como afirmaba que la belleza, la altura y la mayoría de las fortunas se heredan y no suponen mérito alguno. Laura no hubiera cambiado su cuerpo por nada del mundo, ni sus mejillas sonrosadas, ni sus pómulos afilados, ni su larga cabellera negra, y más de una vez se había sorprendido a sí misma embobada frente a un espejo, probándose esto o aquello, deslumbrándose ante el resultado de un escote determinado o una falda ajustada con abertura lateral, e imaginando lo lejos que llegarían estos trucos frente a la débil voluntad de los hombres.

Sin embargo, en los últimos tiempos —¿días?, ¿meses?— Laura mostraba cautela ante su propia belleza.

Como quien al final de una copa de champán cree ver algo oscuro en el fondo.

Era demasiado joven para preocuparse por la edad —¡por Dios!—, si apenas tenía veintidós años, así que la única explicación para tan extraño malestar la había encontrado en el llamado «efecto Mozambique».

El «efecto Mozambique», según la revista *Amazonas sofisticadas* de la que, por cierto, su hermana Simonetta era redactora jefa, fue descrito por un aventurero belga que en 1823 naufragó frente a la isla de Guanau y, sin apenas tiempo de sacudirse la arena de la cara, se vio rodeado por una tribu que se hacía llamar Kulambe Sime, que en el idioma local (el papú, el mapu, algo así, Laura era incapaz de recordar todos los detalles) quería decir «niños topo». La tribu de los niños topo tenía dos particularidades físicas que llamaban la atención al primer vistazo; eran pequeñitos, como niños, y tenían todos cara de topo. Pascal Simbreaud, que así se llamaba el aventurero belga, no tenía más que buenas palabras para aquella gente y, sin embargo, durante todo el tiempo que convivió con ellos, algo más de dos años, no pudo evitar ni un solo día una incómoda sensación de superioridad (que traía consigo sus buenas dosis de culpabilidad), basada únicamente en el ejercicio diario de enfrentar su normalidad a la extravagancia de aquellos *serecillos*. He aquí la paradoja que se conoce desde entonces como «efecto Mozambique». El elemento extraño, en este

caso el aventurero belga, vive convencido de lo extraño de su entorno, en este caso la tribu de los niños topo, sin darse cuenta de que él constituye precisamente la excepción y los demás la norma.

Laura había encontrado todo este asunto fascinante y durante los últimos días, meses ya, no había podido evitar, al entrar en cualquier sitio, en el salón de uñas de madame Huong, por ejemplo, la sensación de que esas nubecillas que veía en el fondo de la copa de champán que era su vida no eran sino los primeros síntomas del efecto Mozambique. Superioridad, confusión y culpabilidad ante una alteración radical del concepto de normalidad. Laura estaba tan acostumbrada a su propia belleza que había terminado por ver en los demás, en casi todo el mundo, rasgos monstruosos.

El salón de uñas de madame Huong, situado en la esquina de la 73 y Columbus, era apenas uno más de los miles de salones de manicura y pedicura que habían proliferado en Manhattan en la última década, tantos que era raro no ver uno al lado de cada Starbucks y, teniendo en cuenta que hay un Starbucks en cada esquina, estamos hablando de muchos salones de manicura y pedicura. Todos muy parecidos, ni muy grandes ni muy pequeños, abiertos a la calle con grandes lunas de cristal y decorados con absurdos frescos. Lo único que diferenciaba el salón de madame Huong eran aquellas dos gemelas coreanas, Zen Lee y Zen Zen, artistas, en palabras de la propia Laura, de otro planeta. Laura se había hecho absolutamente adicta a los dulces cuidados de aquellas dos chicas que solían trabajar siempre juntas, Zen Lee las manos y Zen Zen los pies, y que se habían convertido en el secreto mejor guardado del Upper West Side. De hecho, Laura ni siquiera había sido capaz de confiar en su hermana Simonetta, por miedo a que la noticia llegara hasta las páginas de *Amazonas sofisticadas*. Ya estaba costándole cada vez más conseguir hora con las gemelas mágicas y dudaba mucho que en una ciudad como Nueva York, obsesionada con la salud y el aspecto de sus uñas, un tesoro como aquel pudiese pasar mucho tiempo inadvertido. «En cualquier momento —pensaba Laura— aparece por aquí una Julia o una JLO y se acabó lo que se daba».

Laura saludó cortésmente a madame Huong y se sentó a esperar junto a una pila de revistas. La sala estaba medio llena y Laura no se sorprendió al comprobar que ella era sin duda la mujer más guapa del local. Decidió no pensarlo tan siquiera pues tenía la certeza de que este asunto de Mozambique acabaría por hacerle la vida imposible. «No soy un monstruo —se dijo—, piense lo que piense el belga ese», y comenzó a cantar algo en voz muy baja. Una de esas canciones que se escuchan por todas partes sin que uno pueda hacer nada por evitarlo.

Laura odiaba esperar, así que le pidió a Dios que Zen Zen y Zen Lee no se demoraran mucho. Una vez más tuvo suerte, y es que la vida de esta chica era un cuento de hadas. Apenas había empezado a hojear un número atrasado de *Vanity Fair*,

cuando aparecieron las gemelas del espacio, tan raras, tan monas, tan dulces, tan endiabladamente buenas con la lima en las manos.

Laura se sentó en su silla favorita, una que estaba lo suficientemente lejos de las lunas de cristal como para que nadie le viera las piernas desde la calle, y cerró los ojos mientras las dos hermanas comenzaban a preparar sus ungüentos.

Llevaba ya un buen rato perdida en sus cosas, escuchando sin mucha atención las conversaciones de las otras mujeres y tratando de identificar las canciones de la radio, cuando de pronto notó una gotita de agua tibia sobre su mano. Al incorporarse se encontró con la sonrisa de Zen Zen tratando de ocultar lo que decían sus ojos. Laura y Zen Zen se miraron por un instante y Zen Zen, aunque lo intentó, no pudo reprimir una segunda lágrima que fue a caer sobre la mano de Laura, justo al lado de donde había caído la otra.

El jardín de Shakespeare

MOLLY entró en el parque por la 81 y Central Park West. Molly había querido ser modelo, en casa le dijeron que era guapa, en su residencia para señoritas caminaba con un libro en la cabeza. Era el año 1945, Molly tenía diecisiete y esa ligera bruma en la cabeza y en los ojos que tienen las chicas al llegar a Manhattan, todo podía ser. Pero no fue. Tal vez no era lo bastante guapa. Esta ciudad ha estado siempre llena de chicas preciosas. Vienen de todos los rincones del mundo. La mayoría acaban trabajando de camareras o secretarias o azafatas de congresos. Con suerte se casan con sus jefes y tienen hijos y engordan y después se mueren. Había pasado un siglo desde que Molly era guapa, literalmente, y a Molly ya le daba igual.

El jardín de Shakespeare se inauguró en 1916 por iniciativa de la Shakespeare Society para conmemorar los primeros trescientos años desde la muerte del bardo. Sin embargo, tras sucesivas administraciones apáticas el jardín fue cediendo su grandeza ante el empuje de las malas hierbas y los vándalos. En 1980, el terreno fue recuperado por los conservadores de Central Park y ahora, en estos primeros días del nuevo milenio, era cuidado amorosamente por un celoso jardinero.

De las casi doscientas flores, hierbas salvajes, árboles y plantas cuyos nombres Shakespeare plantó en sus obras, menos de la mitad había conseguido agarrar y florecer en este pequeño jardín.

Algunas tienen placas con los versos donde son mencionadas, para reconocer las demás hay que contar con la paciencia del amable jardinero que suele estar demasiado ocupado cuidando sus flores como para hablar de ellas.

Molly no sube con frecuencia al norte de Manhattan pero cuando viene por aquí, aquí es donde viene.

A veces, como hoy, mientras pasea por el jardín de Shakespeare piensa en Arnold Grumberg, ese apuesto vendedor de pianos que frecuentaba el Barney’’s Castle, su bar favorito, antes de que decidiera someterse a una absurda cura de desintoxicación. Molly considera absurdo que un hombre viejo, y Arnold era ya viejo aunque no tan viejo como ella, decida dejar de beber cuando el tiempo de las grandes decisiones ya ha pasado.

«¿Qué más da? —se pregunta Molly—, si ya nadie nos mira».

Y aun así, Molly tuvo la sensación, antes de que a Arnold Grumberg le diera por no beber, de que el apuesto vendedor de pianos giraba la cabeza con demasiada frecuencia hacia su esquina de la barra. Y de eso, de ese simple gesto, había hecho Molly una historia de amor. Una historia de la que Arnold Grumberg no sabía nada

pero que para Molly implicaba muy serias responsabilidades. El hombre que mira a una mujer, aunque sea una mujer muy vieja, ya no es libre de andar haciendo lo que le venga en gana.

Dicen que por las noches, en el jardín de Shakespeare, hay quien ha visto un búho. Un búho salvaje que come ratones e insectos. En Central Park hay pocos ratones, a los ratones les aterran las ardillas, así que Molly se imagina que este búho, si es que existe de veras, se alimenta sólo de insectos. «No es de extrañar —piensa Molly—, en una ciudad en la que cada cual se alimenta de lo que puede».

El hotel Mercer

MI padre era retrasado mental —dijo el joven actor mejicano, encendiendo otro American Spirit—, puede usted imaginarse cómo fue mi infancia».

La periodista de *Amazonas sofisticadas* adelantó un poco el cuerpo para tratar de imaginárselo mejor y después se quedó mirando fijamente los ojos azules del muchacho.

—Ha sufrido mucho…

—Mucho, sí. Pero, si no le importa, preferiría cambiar de tema.

—No hay problema —dijo Simonetta, y lo cierto es que a la lectora tipo de su revista no podía interesarle demasiado el sufrimiento de los apuestos actores que a menudo adornaban sus páginas centrales. A Simonetta, en cambio, le interesaba mucho. No sólo el sufrimiento; le interesaba todo lo que aquel chico tuviera que contar en realidad. Incluso si no contaba nada, eso también le interesaba.

El joven actor mejicano se levantó y sacó una cerveza del minibar mientras Simonetta le seguía con la mirada. Andaba como un tigre cansado y parecía sentirse incómodo en su lujosa habitación del hotel Mercer. A diferencia de otras estrellas de cine que había entrevistado, aquel chico no se encontraba allí como en su casa.

—¿Quiere una? —le preguntó mientras sujetaba una lata de Heineken.

—No gracias —dijo Simonetta, si bien se arrepintió al instante.

El joven actor mejicano se encogió de hombros y volvió a sentarse.

Lo cierto es que su padre no era retrasado mental, ni nada parecido, pero el joven actor mejicano decía cosas así en las entrevistas, de vez en cuando, para mantenerse despierto. Por más que luego se odiase por ello. Apenas había hecho cinco películas y su propio éxito le resultaba desconcertante. Trataba de mantenerse a flote en este absurdo juego, recordándose a sí mismo que se trataba de un trabajo que había que hacer bien, como coser zapatos o lavar coches, y que todo lo demás carecía de sentido. Pero la pesada maquinaria le vencía y a qué negar que Nueva York, con todo lo que esta ciudad significaba para un actor venido de allá abajo, le mareaba. Con frecuencia, en el transcurso de sus actividades promocionales, se veía a sí mismo como un impostor y no podía evitar mentir, por la misma razón imprecisa por la que los niños no pueden evitar meter los dedos en los enchufes. Normalmente eran pequeñas mentiras que no hacían daño a nadie, pero en ocasiones eran mentiras que después le parecían monstruosas. No podía hacer nada por evitarlo, se dejaba llevar y soltaba lo primero que se le venía a la cabeza para seguir después el curso de sus mentiras con la excitación de quien navega por un río desconocido.

—Tiene usted tres hermanos —continuó Simonetta.

—Seis —le interrumpió él.

Simonetta revisó entonces sus notas, con evidente preocupación; le gustaba pensar que hacía bien su trabajo por más que su trabajo no le interesase demasiado.

—Es igual —dijo el chico—, ponga usted lo que quiera.

Simonetta tuvo entonces la desagradable sensación de que el muchacho se aburría con todo eso y tuvo ganas de decirle que a ella le sucedía lo mismo, no por despecho sino porque era lo que sentía. De pronto le pareció que su boina era ridícula y que su falda plisada le hacía parecer una colegiala aburrida, pero sobre todo se avergonzó de sus zapatos de tenis, que eran de lo más impropio para una amazona sofisticada. Deseó por un momento ser otra persona y tener otro trabajo, pero curiosamente no deseó estar en otro sitio. Había algo en aquel chico, a pesar de su hastío y de la poca atención que le mostraba, que le resultaba encantador y cercano, casi familiar.

No era muy alto y tenía las manos pequeñas y aunque no era guapo de una manera vulgar… para qué engañarse, la verdad es que era guapo a rabiar y sin embargo: «No es eso —se decía Simonetta—, hay algo más».

Por un segundo se imaginó a sí misma saliendo de clase, de la vieja escuela Hunter para niñas superdotadas, y se imaginó al joven actor mejicano esperándola a la salida.

—¿Y bien? —dijo él, en vista de que Simonetta no conseguía salir de su largo silencio.

Simonetta trató de esconder sus zapatos debajo de la silla y volvió la vista a su cuaderno de notas.

—¿Qué es lo primero que mira en una mujer? —dijo entonces, dándose cuenta demasiado tarde de la banalidad de la pregunta.

—Y qué más da —respondió el chico.

Y a ella le pareció que no había una respuesta mejor.

Después el joven actor mejicano se terminó su cerveza de un trago y añadió:

—Cambie usted eso que le he dicho, por favor, mi padre no era retrasado mental, el retrasado mental soy yo.

Dos pistolas

CUANDO conocí a William Burroughs, el autor de *Almuerzo desnudo*, vivía en un urinario público y llevaba encima dos pistolas. «Una para cuando estoy despierto —me dijo— y otra para cuando sueño». El urinario en cuestión estaba en el Lower East Side entre la avenida A y la avenida B, en un barrio que nada tenía que ver entonces con el *bohemian chic* de los noventa ni con la zona en rápida expansión económica que es hoy en día. William Burroughs, al que los amigos llamaban Bill, tenía entonces setenta y siete años y, a pesar de haber vivido siempre del otro lado de todas y cada una de las recomendaciones elementales de salud pública, tenía buen aspecto o al menos su mal aspecto habitual. El mismo que había tenido desde los días de Jack y Allen y Gregory alrededor de la fuente del patio central de la Universidad de Columbia en el Upper West Side. Traje de tres piezas y sombrero de fieltro calado sobre un cráneo diminuto y aquella voz subterránea como de fantasma, animando unas manos delgadas que movía al hablar como si estuviera tratando de atrapar un insecto invisible.

Nos recibió en la puerta del urinario con la cortesía de un embajador que recibe a sus ilustres invitados en su residencia de verano. Como el olor no parecía molestarle lo más mínimo los demás decidimos ignorarlo, a pesar de que no era fácil, y dado que él no hizo ninguna referencia a lo extraño del lugar, con un continuo trasiego de homosexuales buscando contactos furtivos, ninguno de nosotros preguntó nada al respecto.

—Algunos días —dijo Bill— hay tantos gatos por aquí que resulta francamente molesto, y sin embargo…

Esperamos unos segundos y, en vista de que no añadía nada, dimos por cerrado el asunto de los gatos.

Le preguntamos entonces por el libro de Dutch Schultz que, al fin y al cabo, era lo que nos había llevado hasta allí, o al menos la excusa que habíamos utilizado para llegar hasta allí, a sabiendas de que Bill no hablaba con cualquiera ni de cualquier cosa.

Burroughs había publicado un libro titulado *Las últimas palabras de Dutch Schultz* en 1975 y era uno de sus pocos trabajos que no estaba traducido al finlandés, de ahí que pensáramos en hacer una oferta por sus derechos. En realidad yo había ido allí en calidad de traductor, pues el editor finlandés, que era también mi editor, apenas hablaba inglés y en cualquier caso era un hombre demasiado tímido para enfrentarse a solas con una leyenda.

El libro en cuestión, *Las últimas palabras de Dutch Schultz*, era, según el propio

Burroughs, una ficción en forma de guión cinematográfico sobre los últimos dos días en la vida del mítico gángster. El tiempo que pasó Arthur Flegenheimer, ése era su verdadero nombre, en el hospital después de ser acribillado a balazos en el Palace Chop House de Newark, Nueva Jersey, custodiado por la policía y sometido a interrogatorios de los que tomó cumplida nota un estenógrafo sentado a los pies de su cama.

En lugar de información vital sobre sus aliados o sus enemigos, todo lo que la policía sacó de esas sesiones fueron los últimos delirios febriles de un hombre que probablemente había abandonado el territorio de lo real hacía ya tiempo. «Nunca más Kansas», según titulaba el crítico Alexander Nigzeiz en su reseña de octubre del 79 para el *Interzone Reviews*, una revista literaria argentina que homenajeaba al viejo Bill en todos y cada uno de sus números. «Nunca más Kansas», podía decirse también del propio Burroughs que a su vez hacía años que habitaba su propio reino de Oz.

—Esos malditos gatos —añadió Bill cuando no esperábamos más sobre ese asunto—, esos malditos gatos lo ponen todo perdido. —Nueva pausa—. En cuanto a Schultz, es curioso que lo mencione porque no sé si fue ayer o la semana pasada, pero recientemente en cualquier caso he hablado con el holandés.

Por supuesto, imaginamos que había hablado con el holandés en sueños, pero Bill se apresuró a sacarnos de nuestro error.

—No en sueños. Tenga usted en cuenta que sé muy bien lo que me digo. No en sueños.

Pensamos entonces que debía de tratarse sin duda del fantasma de Dutch, lo que aun sin haberlo dicho, ofendió a Bill, que añadió:

—Sólo los imbéciles creen en fantasmas.

Nos dimos cuenta enseguida de que podíamos mantener una conversación con Burroughs sin necesidad de despegar los labios y que cualquier cosa que pensáramos obtendría su respuesta si es que así lo consideraba conveniente.

—Puede usted estar seguro —dijo Bill, escuchando de nuevo el rumor de nuestras impresiones.

En eso entró un hombre muy trajeado en el urinario y Burroughs se apartó para cederle el paso, mientras nos hacía señas para que le siguiéramos. Caminamos todos juntos hasta una de las cabinas donde un sucio agujero en el suelo hacía las veces de retrete.

—Nunca se sabe —nos confió, una vez cerrada la puerta—. A veces son maricas, pero a veces son agentes.

«¿Federales?», preguntamos mentalmente.

—Y aún peor —contestó Bill. Y entonces se llevó el dedo índice a la boca para indicar que debíamos guardar silencio, y nos quedamos allí encerrados durante un

buen rato hasta que escuchamos a un hombre gemir al otro lado de la puerta.

—Ya podemos salir —dijo Burroughs.

Una vez fuera vimos al hombre bien trajeado arrodillado frente a un pordiosero con la polla fuera de los pantalones y dentro de su boca.

—No es un agente —nos dijo Burroughs—, pero salgamos fuera de todas formas, hay quien no puede con estas cosas.

Salimos a la avenida A y Bill señaló un café al otro lado de la calle.

—Vengan conmigo, caballeros —dijo y luego, recordando de pronto el motivo de nuestra visita, añadió—: Dutch Schultz, ¿eh? En efecto, puedo contarles un par de cosas sobre ese demonio.

Peces voladores

PARA Andreas, lo más parecido a la felicidad era el ritmo constante de las obligaciones ineludibles que le sujetaban al momento presente como los alfileres sujetan las mariposas enmarcadas. Sin embargo, por mucho que uno lo deteste, a veces no queda más remedio que pensar en las cosas que uno no quiere pensar, especialmente en los días de lluvia. En eso andaba pensando Andreas Ringmayer III cuando su hijo, Andreas Ringmayer IV, exclamó: «¡Peces voladores!» al ver una ballena colgando de la bóveda central del Museo de Ciencias Naturales. Andreas Ringmayer III adoraba el Museo de Ciencias Naturales y sin embargo evitaba ir por allí, porque el museo, con sus meticulosas reproducciones de la fauna y flora de los cinco continentes, le obligaba a darle vueltas a la cabeza y Andreas odiaba darle vueltas a la cabeza. No sólo por ser un hombre de ideas poco claras sino porque de un tiempo para acá cada vez que se ponía a pensar, o aunque no se pusiera, aunque estuviera tratando precisamente de no pensar en nada, le asaltaba sin remedio no ya el recuerdo, sino la viva imagen de aquellas diabólicas gemelas coreanas.

«Aquí están de nuevo», se dijo Andreas al ver, en lugar de la tremenda ballena azul suspendida de finos alambres, los cuerpos desnudos de las dos muchachas, arqueados hacia delante, ofreciendo los pechos, los cuatro, como quien ofrece su mejor fruta en el puesto de un mercado.

—Demonios —dijo Andreas, cerrando los ojos, pero eso no hizo sino multiplicar la precisión de la imagen, tanto que a punto estuvo Andreas de alargar la mano para tocarles las tetas, las cuatro, a las preciosas coreanas, y lo habría hecho si su hijo, el pequeño Andreas IV no le hubiera interrumpido.

—¿Qué te pasa, papá? —preguntó el niño, al ver a su padre parado en mitad de la Sala de Oceanografía del museo, apretando los párpados cerrados y alargando la mano como si estuviera buscando un pomo en una habitación a oscuras.

—No son peces voladores —dijo entonces Andreas padre abriendo los ojos—, están suspendidos con alambres. Es una simulación.

—¿Una qué? —preguntó el niño.

—Una simulación. Esta sala simula el fondo del mar, y esos peces suspendidos simulan estar nadando y además, las ballenas ni siquiera son peces, son mamíferos.

—¿Mamíferos?

—Sí hijo, sí. Mamíferos. Como tú y como yo.

—¿Y como mamá?

—Sí, hijo, mamá también es un mamífero.

—¿Y los chinos?

—¿Qué pasa con los chinos?

—¿Son mamíferos también?

—Sí, los chinos también.

—Ah.

Andreas no podía entender qué pintaban los chinos en todo esto y por un momento temió que su hijo hubiese alcanzado a ver sus propias visiones, aunque sabía que era imposible y además las gemelas no eran chinas sino coreanas. Claro que para un niño de cinco años no debe de ser fácil saber la diferencia. Sobre todo estando como estaban, en su imaginación, las dos desnudas, sin trajes regionales ni nada. Y por qué mencionar a mamá. A cuento de qué. Al instante se dio cuenta de que, para un niño, mencionar a su madre constantemente, venga o no al caso, era lo más normal del mundo y sin embargo en su mente todas aquellas imágenes, la ballena, las gemelas en pelotas, mamá, los chinos y los mamíferos, componían un cuadro monstruoso, como el infierno de El Bosco, donde lo sagrado y lo diabólico se mezclan sin orden ninguno, donde sólo la palabra «caos» parece poner las cosas en su sitio.

«Pues claro que mamá es un mamífero», se dijo, y en eso se le vino a la cabeza la imagen de su mujer embarazada como una vaca, a punto ya de dar a luz al pequeño Andreas y cómo, al hacer el amor con ella, había sentido en aquellos días una enorme preocupación por su salud mental, al reconocerse excitado y asqueado al tiempo por esas tetas inmensas y ese cuerpo inflado pero robusto que guardaba dentro una réplica de sí mismo.

Andreas cerró de nuevo los ojos y los abrió y los volvió a cerrar tratando de librarse de ese recuerdo. Y tan concentrado andaba en la operación que a punto estuvo de atropellar con el carrito del niño a uno de los conserjes del museo.

—¡Papá! —gritó el crío, y Andreas frenó en seco golpeando apenas al hombre con las ruedecitas delanteras.

—Fíjese por dónde anda —le espetó el conserje sujetándose la gorra, como si aquello fuese un asunto de vida o muerte. A lo que Andreas respondió sin pararse a pensar:

—¡Y a qué viene mentar a los malditos chinos! —Para después empujar con furia el dichoso carrito fuera de la Sala Oceanográfica, camino de otros ecosistemas. Andreas se detuvo delante de una de las urnas de cristal empotradas que contenía un magnífico diorama a tamaño real de unos leones cazando gacelas en la sabana.

Andreas hijo adoraba el Museo de Ciencias Naturales y adoraba más que nada estos leones, que parecían estar vivos, suspendidos en un instante eterno, con las fauces abiertas frente a los ojos diminutos y aterrorizados de las gacelas.

Andreas padre, en cambio, sentía por los leones el mismo desprecio que por el resto de los animales. Para Andreas lo mismo daba un león que una rata, todos los

bichos están mejor muertos, solía decir siempre que salía el tema, y en esta ciudad, por alguna extraña razón, el tema sale a menudo, porque la gente tiene que desviar su cariño hacia algún lado y en Manhattan hay gente que habla de sus hurones con el amor que en otras partes menos civilizadas del mundo queda reservado a los hijos o a los familiares cercanos. «¿Mejor muertos?», había preguntado su cuñada en la aburrida fiesta de los aburridos Henderson, con los ojos en blanco y las manos temblando de ira. Sólo las causas insignificantes y muy, muy lejanas despiertan la ira de la gente sofisticada. «Mejor muertos» había repetido Andreas, sujetando un martini e imaginándose a sí mismo como el último blanco altivo de la era poscolonial.

—Es… detestable —dijo entonces su pobre cuñada antes de echar a correr con lágrimas en los ojos camino de la cocina, donde las señoras se andaban zampando un montón de cosas sin madre, como canapés de espárragos y aguacates dulces.

Andreas se sabía detestable y se gustaba así, decía cosas detestables y lo detestaba casi todo, pero más que nada, se detestaba a sí mismo. Y eso precisamente, pensaba él, firmaba y sellaba su salvoconducto, su licencia para detestar.

¿Y qué era lo que más detestaba Andreas de sí mismo?

Su nombre, claro está, que era el mismo nombre de su padre y de su abuelo y también el de su hijo. Un nombre que sonaba ridículamente femenino y del que no había logrado librarse, ya que entre los Ringmayer era poco menos que una tradición sagrada. Un nombre que pasó de sus manos a las manos de su propio hijo como un regalo envenenado del que nadie, entre todos los Ringmayer, podía librarse. Y ésa era, al fin y al cabo, la naturaleza de su estirpe, una incapacidad manifiesta para guiar sus propias vidas y una capacidad ilimitada para la resignación y la obediencia. Lo que un Ringmayer decide no lo cambia otro, y así se habían ido perpetuando la suerte, el oficio (de abogado) y hasta los gestos, entre los varones de una familia que en el fondo apenas tenía nada bueno que guardar, ni herencias ni memorias ilustres. Los Ringmayer se pasaban ese nombre de unos a otros como si fuera un cofre vacío.

—Continente africano —dijo en voz alta, leyendo el cartel que colgaba a la entrada del pabellón—, aquí estaremos bien.

Y sin embargo apenas había terminado de decirlo, la más dulce de las gemelas abrió las piernas ante los ojos de su absurda imaginación mientras bajaba los párpados como quien señala en silencio el lugar exacto donde está escondido un tesoro.

—¡Zen Zen! —dijo de pronto en voz alta, sin poder evitarlo y enseguida miró a su hijo, temiendo haber dicho ya demasiado.

—¿Qué? —preguntó el pequeño.

—¿Qué? —respondió Andreas padre—. No he dicho nada.

—Has dicho algo —insistió el niño—, has dicho algo raro.

—¿Yo? —contestó Andreas—. No he dicho nada. ¡Mira hijo, un pigmeo! —exclamó entonces para desviar la atención del niño.

Y, en efecto, había un pigmeo, metido dentro de una urna con su lanza y todo.

El crío se quedó mirando al pigmeo con gran interés y enseguida preguntó:

—¿Qué es un pigmeo?

—Un hombre muy pequeño —respondió él, y sonrió ante la inocencia del pequeño, a quien le bastaba un pigmeo para abandonar sus pesquisas. «Si la señora Ringmayer fuera tan fácil de distraer…», pensó.

Y el caso es que Zen Zen era el menor de sus problemas. El problema serio era la otra, Zen Lee, su hermana gemela. Y eso que Andreas Ringmayer III no conocía ni a la una ni a la otra. Sólo las había visto una vez mientras esperaba a su mujer en la puerta del salón de manicura de madame Huong, pero, por alguna razón, había decidido que Zen Zen, por sí sola, no era más que una muchacha monísima y que era la suma de las dos la que le resultaba irresistible. Ni siquiera estaba muy seguro de cuál era cuál. El caso es que dos coreanas idénticas le trastornaban de un modo que una sola coreana, por guapa que fuera, no podría trastornarle. Dos aspas forman una hélice.

El pequeño Andreas Ringmayer IV le sacó de sus cavilaciones.

—¿Los pigmeos crecen, papá?

—Sí crecen, sí, pero no mucho —contestó Andreas, y después comenzó a buscar la salida del museo.

Películas románticas

—NO es tan alta como parece —comenta Simonetta mientras su hermana dibuja un leve giro sobre sus afilados Manolos—. Jamás pensé que hubiera tantos mejicanos ricos —añade mientras mira sin mirar el atrio central del Guggenheim plagado de gente.

—No son todos mejicanos —replica Kate, pero Simonetta no la escucha. Y es que Simonetta es así, ni mira ni escucha. Casi todas sus estrictas opiniones vienen de un lugar lejano de su infancia en el que decidió cómo eran las cosas y ya nada ni nadie le había dado motivos para cambiar de opinión. El problema con Simonetta, el problema de Simonetta, habría que decir, radicaba, precisamente, en ese ir y venir y ese ser y no ser y ese estar y no estar, que la hacía tan encantadora, por contra, a los ojos de su editora en la revista *Amazonas sofisticadas*, Aurelia Zanzíbar, una solterona emprendedora capaz de cazar pelotas de tenis al vuelo, con la única ayuda de un sujetador de talla media y una vista de lince, heredada, no de su madre, sino de su abuela, Alejandra Zanzíbar, tiradora de arco uruguaya que había sido conocida en su día como la mujer más certera de Hispanoamérica.

Simonetta se ha refugiado en un rincón bajo la pasarela en espiral con su amiga Kate. Pertenecen las dos a esa clase de mujeres que se sienten incapaces de ocupar el centro geográfico de una fiesta por miedo a que esta posición implique otras responsabilidades.

Por contra, Laura, la preciosa hermana de Simonetta, que si bien no es tan alta como parece, más de una vez ha escuchado de labios de un hombre: «Daría la vida por ti», está bailando sola entre la gente en el atrio central del Guggenheim rodeada no sólo de la crema de la crema, una expresión absurda si me preguntan a mí, de la sociedad de amigos de lo hispano, sino bajo la mejor exposición de tesoros culturales precolombinos reunida hasta la fecha a este lado de Río Grande, según una reseña del nada sospechoso *The New York Times*.

—No pensaba que fuese a venir —comenta Kate sorprendida—, creo que es la primera vez que la veo en un museo.

—De niñas solíamos ir juntas —responde Simonetta, no sin cierta tristeza, al recordar los paseos dominicales que empezaban siempre en un museo, el Metropolitan, el Whitney, el mismo Guggenheim y acababan en el carrusel de Central Park.

Kate se da cuenta y se sorprende, pues lo cierto es que nunca ha oído a Simonetta hablar bien de su hermana.

According to Simonetta, es decir, si uno ha de hacer caso a Simonetta, Laura es

una zorra, es decir, una puta, que según la definición dada en el último número de *Amazonas sofisticadas*, es aquella mujer que consigue que los pies de su deseo se bañen en el río de su interés. Y sin embargo, y a menudo se da el caso, no es así como Laura se ve a sí misma. ¿Y cómo se ve Laura a sí misma? Buena pregunta.

—Laura no se ve —dice Simonetta, mientras agita un vasito de tequila reposado para ver si hay más demonio en el demonio del que el mismo demonio espera—. Laura se ignora.

Y con ello da por cerrado el asunto, pues tiene prisa Simonetta de volver con lo que estaba.

Y como es Simonetta quien reclama nuestra atención, se ve uno obligado, aunque no quiera, a desviar por un segundo la vista de la bella Laura para centrarse en la trágica, lúcida, enigmática, escuálida Simonetta.

—Estamos en Pastis —dice Simonetta, mientras se dispone a continuar con su historia, desde el punto exacto donde se había visto interrumpida por su voluptuosa hermana—. Estamos en Pastis y Laura le dice a mi amigo, un ejecutivo de Miramax que ha hecho de Prada su única fe: «Lo que hace falta son películas románticas». Por supuesto que algunas hacemos como que no lo hemos oído, pero el caso es que el joven ejecutivo de Miramax que ha mantenido los ojos clavados en las tetas de mi hermana, como si las tetas pudieran decir algo, se levanta y ante la sorpresa no exenta de vergüenza del resto de los comensales, exclama: *«Damn right!»,* o sea, «endiabladamente cierto». Y lo dice con tanta energía, con tanto entusiasmo que a Zach, que, como todo el mundo sabe, es el mejor diseñador de moda de menos de diecinueve años, se le derrama el martini. Laura se sonroja. Y Fernando Fallucci, que así se llama mi amigo de Miramax, se sienta y le dice algo al oído, mientras trata de besarle el cuello sin éxito. Laura, sobra decirlo, está tan segura de su triunfo que me sonríe de lado a lado de la mesa con la destreza de un lanzador de cuchillos. Y yo, a qué negarlo, recibo con meridiana claridad el mensaje. Es decir, que cuando quiere me roza y cuando quiere me mata. Después, Fernando Fallucci se vuelve a sentar, y por un segundo las cosas se calman. Zach se pide otro martini; Julián, el pintor, que está sentado a otra mesa y que Dios sabe que es el mejor hombre de este mundo, recoge a su familia para irse a casa y todos les vemos irse, y Laura, que no soporta estar un segundo alejada de la luz de los focos, aprovecha la ocasión para atragantarse con los mejillones, a lo que el chico de Miramax, Fernando, responde con celeridad, agitando su servilleta en señal de inequívoca preocupación. Afortunadamente todo se queda en un susto. Laura recupera el temple y moviendo los pies hacia detrás y hacia delante, convencida de que ese humilde movimiento le dará algún tipo de vibración a sus senos, se limita a repetir su última afirmación: «Lo que nos hace falta», dice otra vez, «son películas románticas».

»Afortunadamente, hay dos guionistas en la mesa y al menos uno de ellos apunta

algo en su servilleta. Ante lo cual, Fernando aplaude y Laura sonríe de nuevo. Y es entonces cuando un productor, que se define a sí mismo como el hombre que le dijo buenas noches a Orson Welles para decirle buenos días a Quentin Tarantino, exclama sujetando un puro ilegal: «¡Caramba ya tenemos película!».

»Gran carcajada. Silencio. Pasa un ángel y enseguida Fernando se ha cambiado de sitio y está ya tan cerca de mi hermana que una palabra suya bastará para sanarla. Zach sonríe a Chloe, nominada a un Óscar a la mejor actriz secundaria por aquella película tan tremebunda y Chloe, que como todo el mundo sabe es la estrella que con más estilo ha renunciado al estrellato, no puede por menos que devolverle la sonrisa y es entonces cuando el guionista que parecía más tímido se despereza y estira el cuello como si la cosa no fuera con él, hasta que el productor grita: «¡Todo empieza con un buen guión!».

»Y, entonces, todo el mundo se gira, como si tras los ventanales de Pastis estuviera pasando un coche de bomberos. Aquí es donde Laura, sin motivo, se sonroja de nuevo, y el guionista más entusiasta se levanta y el guionista más ambicioso se sienta.

»«Películas románticas»…, dice Fernando, «ésas nunca nos han fallado». Y entonces todo el mudo se recuesta un poco en el respaldo de las sillas pensando en *Casablanca*, que era de amor y nazis, una combinación imposible, o en *Lo que el viento se llevó*, que era de amor y esclavitud, una combinación también repugnante, y al otro lado de la mesa el productor se frota las manos. No porque esté pensando en dinero, sino porque en el hotel Plaza, que es el hotel en que se hospeda, tienen jabón de coco y él es tremendamente alérgico al coco.

»«¡Almodóvar!», grita entonces la zorra de mi hermana, como si fuera la consigna que abre las puertas del templo y todos, y cuando digo todos incluyo a un crítico de *Cahiers du Cinéma* con un nombre muy gracioso que no consigo recordar, bajan la cabeza como si estuviera pasando un avión volando muy, muy bajo.

»Al fondo del restaurante, Adrián, que está a menos de un par de semanas de ganar un Óscar al mejor actor, saluda al amigo de un amigo; guapísimo, Adrián, y parece buena gente, está por ver que este hombre ejemplar pierda el alma por el camino.

»Después silencio y después respeto. El guionista católico se santigua y el guionista judío se va al baño. Laura se recoloca el escote. Fernando pide champán y Zach, el pobre Zach, piensa por un momento en Audrey Hepburn mientras Chloe piensa en Katharine Hepburn, y entonces el productor, que aún sujeta lo que le queda de puro por más que lo que le queda de puro no sea nada, pide la cuenta.

»«Trabajé una vez con Orson Welles en una adaptación de *La isla del tesoro*», nos cuenta mientras busca entre sus tarjetas de crédito la más adecuada. Welles era Long John Silver, claro está, y lo cierto es que no fue nada difícil convencerle. No

puso pegas ni al dinero, ni a las fechas, sólo me dijo: «Escribiré mi propio guión y traeré mi propio loro».

—Muy gracioso —dice Kate—. Y ¿qué pasó luego?

—¿Luego? —contesta Simonetta decepcionada, pues estaba convencida de que la parte del loro era lo mejor de la historia—. Luego, Fernando Fallucci, que había llegado conmigo, se fue con Laura al Pier 62. A seguir hablando de películas románticas, supongo.

—¿Y tú? —preguntó Kate.

—¿Yo? Ya sabes que a mí no me gustan esos sitios —respondió Simonetta mientras volvía la vista a la fiesta.

En ese momento Laura se inclinó en exceso para besar a un joven actor mejicano y su vestido de seda se pegó a su cuerpo y a Simonetta le corrió un escalofrío por la espalda.

—Tiene un imán —dijo Kate—, si tienes ojos no te queda más remedio que mirarla.

Servicios funerarios

Y ahora llega por fin el siglo XXI, y aunque se suponía que íbamos a estar volando en nuestros propios utilitarios camino de Dios sabe dónde para descubrir Dios sabe qué, lo único cierto es que estoy en el entierro de Charlie, abrazado a la mujer de Charlie, esperando al resto de los amigos de Charlie, que no acaban de llegar. Y en eso entra el bueno de Chad y dice: «Charlie, Charlie, Charlie…», como si decir nada tres veces quisiera decir algo, y aprovecho la ocasión para separarme de la viuda de Charlie y abrazarme a Chad. Al tiempo que me pregunto por qué la muerte nos sorprende siempre, no importa que sea la muerte de uno o la muerte de mil, como si no hubiera habido ninguna muerte antes, como si todas las muertes fueran la primera y la única.

—Nunca he sido uno de esos —dice un hombre que acaba de entrar.

—¿Quién es ese? —pregunta Chad.

—Nadie que yo conozca —dice la mujer de Charlie, y entonces la hija mayor de Charlie, la que mi mujer no cree que sea su hija natural, rompe a llorar como si llorar fuera un dificilísimo ejercicio gimnástico que llevara mucho tiempo ensayando. El hombre que no es nadie que la mujer de Charlie conozca pregunta por Leo Rothemberg y cuando está seguro de que no hay ningún Leo Rothemberg, ni vivo ni muerto, en la sala, recoge su desolación y sale y se dirige al conserje, que le indica rápidamente otra sala funeraria. El bueno de Chad apenas puede contener la risa y la viuda de Charlie se abraza a sus dos hijas, que lo miran todo como miran siempre los niños la muerte, como un tren que aún está muy lejos.

—Y lo mejor de Charlie —dice entonces Chad como si alguien le hubiera dado pie— era esa forma absurda de bailar. Los brazos encogidos, los codos para adelante, las manos para atrás, venga y venga y venga, el cuello así, como de tortuga y el pecho fuera, como de paloma. —Cuando Chad terminó la descripción nos quedamos todos mirando la postura en la que se había quedado y dudamos seriamente de que aquello pudiese realmente ser lo mejor de Charlie. Lo cierto es que aquel hombre por el que de pronto parecíamos preocuparnos todos tanto no poseía ninguna cualidad evidente. No la tenía para aquéllos que apenas le conocíamos, ni al parecer para aquéllos que se decían su familia o sus amigos.

No es menos cierto que demostraba cierta habilidad con las válvulas y las juntas y que en una ocasión nos libró, si no de una inundación, sí al menos de una fea mancha de humedad, pero para qué engañarnos, eso como panegírico se queda más bien corto.

Me dio entonces la sensación, allí sentado junto a aquella gente extraña en la

pequeña pero elegante funeraria Ortiz, de que si Gerald Ulsrak, alias *Charlie*, no hubiera sido el hombre que inventó Manhattan, habría resultado casi imposible decir nada sobre él, ni dedicarle una sola línea. Tan escasos habían resultado el resto de sus méritos.

Sobra decir que aquél fue el invierno más largo de la historia reciente. Central Park cubierto de nieve y los niños deslizándose con los trineos o con esos brillantes pedazos de plástico colina abajo y volviendo a subir después arrastrando las pesadas botas, hasta arriba, para volver a empezar, una y otra y otra vez. Y en eso estábamos cuando Charlie se colgó de una viga la mañana de Año Nuevo. Así que algunos de nosotros, los vecinos de 61 oeste 74, decidimos acercarnos a la funeraria Ortiz, de la calle 72, para dedicarle un último adiós al hombre que al fin y al cabo se había ocupado a diario de nuestra basura, además de vigilar con tanto esmero el estado de nuestras cañerías durante los últimos años. Por no hablar de la calefacción, que con temperaturas de hasta veinte bajo cero se convertía en un asunto de vida o muerte.

La funeraria Ortiz era un establecimiento pequeño, pero de lo más apropiado y nos pareció, al bueno de Chad y a mí, y también a la anciana polaca del primero B, esa que todos los días te preguntaba: «¿Es usted nuevo aquí?», nos pareció, digo, sorprendente que Charlie pudiera pagarse un funeral tan apañado, sobre todo teniendo en cuenta que la naturaleza de casi todos sus problemas era económica y que aquellos dos hombres trajeados que aparecieron a la puerta de su casa la mañana misma de su muerte eran, con toda seguridad, acreedores. Bien es cierto que Lou, el hombre sin hogar y sin dientes, que manteníamos entre cuatro o cinco vecinos de la manzana, insistía en que detrás de todo este asunto estaba la mafia, pero no es menos cierto que Lou también aseguraba tener un no sé qué con las mujeres. Así que, dado que esto último era absurdo, uno podía llegar a pensar que también lo era lo otro.

Europeos

SOMOS europeos!», le gritaba siempre Andreas Ringmayer III a Andreas Ringmayer IV cuando jugaban al fútbol en el parque. Andaba más que preocupado por la manía que tenía el crío de coger siempre la pelota con las manos. Andreas creía que lo único que le unía a Europa a estas alturas de su vida era ese hermoso juego que nosotros llamamos «fútbol» y los norteamericanos llaman *soccer*. Es más, creía que había una relación directa entre la capacidad para controlar la pelota con los pies y un mayor grado de desarrollo neurológico. Esto, por supuesto, no era una teoría fundamentada en rigurosas investigaciones, sino una aseveración de domingo, de esas que se dicen un buen día sin pensar, pero que a menudo acaban rigiendo el destino de una persona. De la misma manera que alguien no soporta la leche, o prefiere las morenas a las rubias, odia los ascensores, o sólo puede tolerar el café sin azúcar.

«¡Somos europeos!», le gritaba Andreas a Andreas, que una y otra vez se agachaba para coger la pelotita con una sonrisa en los labios, como si aquello no fuera con él. Claro está que Andreas Ringmayer III pensaba querer siempre a su hijo aun en el supuesto de que acabara siendo jugador de baloncesto profesional, pero no podía ocultar cierta preocupación al comprobar que su hijo no movía los pies con la coordinación que él hubiera esperado. Lo cual sólo podía querer decir una cosa: que en la eterna lucha entre la genética y el entorno, aquélla estaba cediendo terreno ante éste. «Pero en fin, son cosas contra las que uno poco o nada puede hacer», se decía Andreas. Seguramente su padre había advertido en él cambios esenciales que a él mismo le habían pasado inadvertidos. Y sin embargo, al pensar en su padre, Andreas no podía evitar verse a sí mismo como parte de un todo. Como una sólida rama de un árbol fuerte. Y fútbol o no fútbol, estaba seguro de que su hijo no se alejaría mucho de su propia sombra.

«Se está haciendo americano, pero sigue siendo mío», concluyó Andreas Ringmayer III.

Después recogió el balón y, cruzando el parque, se llevó al niño de vuelta a casa.

Cuando subió a su elegante apartamento en el piso octavo, del 135 oeste 81, justo enfrente del nuevo Planetarium, junto al Museo de Ciencias Naturales, Andreas se encontró con que su mujer ya andaba preocupada, a lo que no le concedió demasiada importancia porque tenía aquella mujer, y Andreas lo sabía bien, cierta tendencia a la preocupación.

Andreas dejó al niño en la cocina y fue a lavarse las manos. «Cuando uno se sabe culpable —pensaba Andreas—, todas las miradas parecen de reprobación. No hay forma humana de que Martha sepa nada de este deseo. Sólo he visto a estas mujeres desnudas aquí dentro, en mi cabeza, y por mucho que me conozca Martha no puede llegar tan lejos. Las mujeres, en contra de lo que ellas creen, no son adivinas. No he mencionado jamás a mis dos coreanas en voz alta». Aquí le entró a Andreas una duda terrorífica. Tal vez en sueños. Tal vez. Era imposible estar seguro. Soñaba con ellas a menudo, así que no podía descartarlo. Y si así fuera, ¿acaso no puede uno soñar con lo que le dé la gana? Ese argumento era más que suficiente para él, pero seguramente no lo sería para Martha. Y, aun así, no se lleva a un hombre al cadalso por los crímenes que sueña cometer sino por los crímenes que comete.

Su mujer le dijo algo que no escuchó, de manera que cerró el grifo sin haber rematado el asunto y, tratando de hacerse oír sin gritar demasiado, pues soportaba mal que una familia se hablase a gritos, preguntó:

—¿Qué has dicho, mi amor?

—Que la cena está lista.

Andreas vio pasar entonces a su mujer, corriendo detrás del niño, y trató de analizar la situación sin caer presa del pánico. Miró a su mujer con cuidado, intentando leer correctamente eso que llaman lenguaje corporal. Estaba de espaldas, arrodillada frente al niño. Parecía despreocupada. Sin mirar para atrás, ni de reojo, sin ninguna tensión, como si detrás de esa sencilla información doméstica, «La cena está lista», no hubiera ninguna intención oculta.

«Lo primero que hay que hacer —se dijo— es dejar de temblar a cada rato». Después calibró si debía empezar a mostrarse menos cariñoso, más arisco, como haría un hombre que tiene sus propios problemas pero nada que ocultar. «Nada que tenga que ver contigo, Martha». Después de muchos años de matrimonio, cualquier atención desmedida corría el riesgo de ser interpretada como una muestra inequívoca de culpabilidad.

—Gracias —dijo Andreas, saliendo del baño con las manos chorreando pues no había sido capaz de pensar y secarse al tiempo.

—Gracias ¿por qué? —respondió su esposa desde el salón.

«Mierda», pensó entonces Andreas, mientras veía cómo echaba a rodar montaña abajo un copito de nieve que terminaría por ser un alud.

—Gracias por la cena —acertó a decir, secándose las manos en sus pantalones de Armani.

—Espera a probarla —dijo ella—, le he dado la tarde libre a la chica, así que la cena es cosa mía.

—Seguro que está exquisita —respondió él.

—A ti te pasa algo —dijo Martha, que no estaba acostumbrada a tales atenciones.

Y antes de darse cuenta, Andreas se vio envuelto en un partido de tenis en el que todos sus golpes salían planos y volvían *liftados.*

Martha pasó de nuevo a su lado camino del salón. Llevaba los dos brazos en alto y se estaba arreglando el moño, con un ojo guiñado. Andreas sabía que lo peor estaba aún por llegar.

—A mí no me pasa nada —dijo Andreas—. No eres tan mala cocinera como te crees, eso es todo.

—¿Eso es todo? —preguntó Martha—. ¿Eso es todo? ¿Qué clase de comentario es ése? Sólo se dice «eso es todo» cuando hay algo más.

«Cuarenta-nada —pensó Andreas— y aún le queda un saque. Tal vez debiera subir a la red». Andreas se encaminó entonces al salón y quiso Dios que en ese instante, justo cuando Martha tiraba la pelota al aire dispuesta a marcar un *ace*, el pequeño Andreas se enredara con el cable del televisor y el monstruo de 35 pulgadas se tambaleara y antes de que pudieran hacer nada por evitarlo, cayera al suelo con estrépito a sólo unos centímetros del pequeño.

Martha se arrojó al suelo y cogió al niño entre sus brazos. Andreas padre que corría hacia el televisor se detuvo al ver a su hijo intacto y dio gracias al cielo, por partida doble, antes de fundirse en un abrazo con su mujer y su hijo.

—No pasa nada —le dijo a su mujer que temblaba y lloraba y reía al tiempo—. El niño está bien.

«Tal vez ahora —pensó Andreas— éste será recordado como el día en que el pequeño Andreas salvó la vida, o como el día en que se rompió el televisor y no como el día en que Martha descubrió que su marido se masturbaba pensando en otras mujeres, dos para ser más exactos y encima coreanas».

Andreas ocultó la cara contra el cuerpecillo del niño pues sabía que su mujer era capaz de leer en su rostro como si fuera *The New York Post.*

—Vaya susto —dijo entonces el crío, y por un momento todo se olvidó y Martha, Andreas padre y Andreas hijo se rieron con ganas, como al final de esas series de televisión antiguas.

Como en *Lassy* o *Furia* o *Flipper* o cualquiera de esas absurdas series de animales.

El crimen imposible

EL doctor Romero no era más que un celador pero se hacía llamar doctor Romero porque pensaba, tal vez con razón, que los médicos, al igual que los policías o los curas, gozan de un respeto inicial, de una confianza inmediata en su trato diario que le está vedada al resto de la ciudadanía. En los tres casos, pensaba el doctor Romero, tal respeto no es sino consecuencia directa del miedo y dado que es el miedo y no el amor, como piensan los incautos, el que le da vueltas al pollo, mejor será ponerse de este extremo de la bestia que del otro.

Ramón Romero, como tantas otras personas en esta ciudad o en cualquier otra, se había resignado a la idea de vivir solo. No es que el amor no le importase, le importaba tanto como a cualquier otro mamífero, es que sencillamente no había tenido suerte o tal vez no lo había buscado con suficiente ahínco. Quién sabe. De esto del amor lo mismo se dice mucho que muy poco y todo suena bien y nada dice nada. «Si fuera un animal —pensaba Ramón—, sería un cerdo sonrosado y alegre y tendría ese pene alargado como una flauta que tienen los cerdos». Y al pensar estas cosas se daba cuenta Ramón de que estaba perdiendo la cabeza y de que una dieta a base de salchichas cocidas frías no podía ser saludable. «Agárrate, Ramón —se decía mientras sujetaba con fuerza las sábanas como había visto hacer a su madre—. La habitación va a dar la vuelta». Y enseguida se odiaba por hacerlo, porque reconocía en sí mismo la raíz de la locura que llevó a su madre al corredor de un asilo mental, por el que la escuchó arrastrar los pies con ese maldito, rus, rus, rus, con ese ruido estúpido que hacían sus chancletas sobre el linóleo, con ese paso cansado y demoledor al mismo tiempo.

Así que entre una cosa y otra Ramón Romero, celador del centro de desintoxicación de Nuestra Señora de la Esperanza, colombiano, católico y compasivo, se andaba volviendo loco cuando el caso Grumberg reclamó su atención. Y si se entregó al dichoso asunto con tanta pasión no fue por afecto al señor Grumberg, había visto tantos alcohólicos en su vida que uno más, uno menos lo mismo daba, sino por afecto a sí mismo. Porque algo hay que hacer con las horas muertas. Porque, como decía su abuelo: «El que no se ocupa se preocupa». También hay que reconocer que Ramón Romero era tan curioso y *bochinche* como la loca de su madre y que el asunto además tenía *swing.* Y swing en su vida tenía Romero más bien poco.

Al fin y al cabo no sucede todos los días que la casualidad le ponga a uno a la puerta de un enigma. Ramón Romero no había tenido más remedio, al menos así lo veía él, que girar la llave y cruzar el umbral. Y ahora iba dando tumbos en la

oscuridad y no era el único. El caso Grumberg traía de cabeza a los detectives de homicidios del distrito 14 y era sin lugar a dudas un asunto decididamente extraño: la muerte aparentemente accidental de un vendedor de pianos llamado Arnold Grumberg a la puerta de su pequeño negocio de compraventa en el distrito financiero. Exactamente en la calle John, a pocos metros del City Hall y las Torres Gemelas.

El asunto comenzaba así.

Arnold Grumberg era un hombre despistado capaz de matar a una lagartija con un látigo, es decir, despistado, sí, pero temiblemente certero. Su madre, la señora Grumberg, era una mujer obesa que vivía sola en Hoboken, Nueva Jersey, y que llamaba a su hijo al menos media docena de veces al día, por lo que no resultaba extraño que el pobre Arnold acabara teniendo un serio problema con la bebida que hundió no sólo una docena de relaciones que parecían saludables sino buena parte de su negocio. Una mañana de invierno, Grumberg salió a la puerta de su local sujetando una taza grande de café y segundos después estaba muerto.

La policía encontró al vendedor de pianos tirado en el suelo boca abajo, la frente incrustada en su taza de porcelana. La autopsia reveló que el hombre había muerto debido a una herida incisiva profunda en el cráneo. Parece ser que Arnold Grumberg sufrió algún tipo de desvanecimiento que le hizo perder el control, en primer lugar de su taza de café y después de todo su cuerpo de manera que la taza cayó primero al suelo, se rompió levemente por el borde, rebotó hasta caer de pie justo cuando Grumberg se desplomaba hacia delante transformando lo que hubiera sido un fuerte golpe contra el suelo en una muerte segura. A pesar de lo improbable de esta explicación, la policía estaba a punto de archivar el caso como muerte accidental. Las páginas de sucesos enseguida encontrarían otro muerto del que ocuparse y si aquello era un crimen, pensaba el grupo de homicidios: «No nos queda más que felicitar al criminal». Arnold Grumberg estaba muerto y todo el mundo parecía estar dispuesto a mirar para otro lado. Bueno, todo el mundo no. Este extravagante accidente iba a convertirse en un desafío para el no menos extravagante Ramón Romero, asistente en una clínica de desintoxicación y futuro investigador amateur.

Romero recuerda haber tomado café aquella mañana asomado a la ventana de su pequeño apartamento de la 186, en una taza grande de porcelana no muy diferente a la que terminó por matar a Arnold Grumberg y las coincidencias se hubieran terminado ahí de no ser porque Arnold Grumberg había sido paciente del doctor Romero y apenas hacía un mes que había abandonado la clínica.

Al ver la noticia en *The New York Post* bajo el titular «El último café», Ramón Romero tuvo la muy peculiar sensación de absurdo orgullo que nos invade siempre que una desgracia ajena se convierte en un asunto personal.

—Yo conocía a este tipo —le dijo a una señora que viajaba a su lado en el metro, como si presumiera de conocer a Barbra Streisand.

—Menuda desgracia más tonta —comentó la mujer y entonces, Romero, mirando antes a un lado y a otro de manera teatral, replicó.

—Hay más.

—¿Más? —preguntó la buena mujer.

—Más —respondió Romero, saboreando el misterio.

La última noche de Robert Lowell

ROBERT Lowell coge un taxi en algún lugar del Village, le indica al conductor, probablemente, la dirección de su hotel, 64 y Central Park West, pero muere en silencio antes de llegar allí. El taxista no se da cuenta de que está paseando a un hombre muerto hasta alcanzar su destino. Cuando por fin llega a la sala de urgencias del hospital Roosevelt sólo acierta a decir que su pasajero ha muerto durante el trayecto, pero ¿dónde exactamente?

Esta es la pregunta que se ha estado haciendo Simonetta durante los últimos quince años. No a diario, claro está, a diario Simonetta está demasiado ocupada en su empleo de redactora jefe de la revista femenina *Amazonas sofisticadas*, por no mencionar el trabajo extra que supone vigilar a la zorra de su hermana, pero al menos una vez, cada dos o tres días, cuando apaga la luz para irse a dormir, Simonetta se pregunta qué fue lo que Robert Lowell vio antes de morir. Más de una vez había recorrido ese mismo trayecto en taxi tratando de imaginar, pero evidentemente la ciudad había cambiado mucho y en cualquier caso la gente que andaba por la calle entonces y la gente que andaba por la calle ahora era gente distinta, por no mencionar los carteles, los coches y los autobuses. Todo había cambiado y, sin embargo, algunas cosas tenían a la fuerza que ser las mismas. Porque en todas las ciudades del mundo, y en Nueva York más que en ninguna, el tiempo pasa muy despacio, las cosas cambian muy poco hasta que cambian del todo. Algo de lo que vio Robert Lowell la noche en que murió seguía allí. Pero ¿qué?

Para entender a Simonetta había que conocer a Simonetta. Y para conocer a Simonetta no quedaba más remedio que viajar a los días en que la pequeña Simonetta demostraba gran afición por la literatura y, en particular, como diría su madre, por la gran poesía norteamericana. Mucho antes de que la joven redactora de *Amazonas sofisticadas* dedicase casi todas sus energías a levantar cada quincena una de esas revistas superficiales que tanto había detestado en sus días de estudiante de literatura.

La vida se había dado la vuelta para Simonetta, como para otra mucha gente, atrapándola dentro, de la misma manera que los barcos hundidos son el ataúd de los marinos. Y como sucede también a menudo, no encontraba Simonetta nadie a quien echarle la culpa. Por eso, precisamente culpaba a su hermana.

Lo cierto es que la mayor parte de la gente encontraba a Laura encantadora, cuando no irresistible. Y ésas eran, claro está, las dos palabras que más odiaba Simonetta.

«Encantadora es no decir nada», respondía siempre Simonetta cuando alguien confesaba tener debilidad por su hermana, lo cual, por cierto sucedía con demasiada

frecuencia.

«Todo el mundo es encantador hoy en día, de la misma manera que todo es genial —pensaba Simonetta—. En esta maldita ciudad no hay nada que no sea genial, o interesante, o irresistible. La gente dice esas cosas sin pensar. "¿Cómo era tal o tal película?" "Interesante." "¿Qué tal ese nuevo restaurante filipino del Soho?" "Genial." “¿Qué piensas de la última colección de Stella McCartney?" "Irresistible".

»En cuanto a la gente, ¿no es todo el mundo encantador en Manhattan? Todo el que tiene un nombre al menos. Siempre hay algún bastardo o *some bitch* entre los camareros, los taxistas e incluso entre algunas dependientas de Park Avenue. Pero entre nosotros, entre los que nos conocemos por el nombre y el apellido y entre los amigos de nuestros amigos e incluso entre los conocidos de nuestros conocidos. ¿Acaso no somos todos encantadores?

»Pues eso.

»"Irresistible." ¿Qué demonios es eso? Cuando se dice de una chica que resulta irresistible, ¿qué se dice en realidad? ¿Que tendrían que atarle a uno con cadenas para evitar que se abalance sobre ella para arrancarle la ropa a mordiscos? ¿Que cualquier hombre, mujer y niño, con los cinco sentidos intactos lo arrojaría todo al mar para seguirla hasta el mismísimo infierno?

»No me hagas reír.

«"Irresistible" quiere decir, cariño, que cualquier hombre sin nada mejor que hacer te daría un repaso. Eso es todo».

Sentada en el asiento de atrás del mismo taxi que tomó Lowell el día de su muerte, no el mismo, claro está, pero el mismo al fin y al cabo, Simonetta encontraba entre muchos versos, aquellos que prácticamente cerraban el libro *Apuntes del natural*:

Yo mismo soy el infierno,
No hay nadie más aquí.

Arnold Grumberg dice adiós

CÓMO valorar los últimos momentos en la vida de un hombre que aún no sabe que va a morir? ¿Cómo calibrar los pequeños movimientos que conforman un momento vulgar llamado a convertirse en excepcional a su pesar? ¿Qué sentido tiene esto y, por extensión, qué sentido tiene todo lo demás?

El vendedor de pianos abrió la verja de su tienda en la calle John a las siete treinta y cinco exactamente, tal y como había hecho todos los días laborables durante los últimos cuarenta años y no porque hubiera mucho o nada que hacer a esa hora, ni a ninguna otra ya que estamos, porque el negocio de compraventa de pianos es de por sí un negocio con poco movimiento, más aún en tiempos de recesión, sino porque Arnold Grumberg, como tantos otros hombres, había acabado encerrándose en una rutina intrascendente que le daba a su existencia, si no sentido, sí al menos algo de orden, un ritmo, una cadencia de gestos prefijados y luego cumplidos, un abecedario que llevase su vida suavemente de «a» a «b» y de «b» a «c» y así en adelante, sin tener que someterse al vértigo de la incertidumbre.

Revisó el contestador por si hubiera habido algún encargo madrugador. Era algo que también hacía a diario, por más que supiera a ciencia cierta que nadie se levanta a las seis de la mañana necesitando urgentemente un piano. Por supuesto en el contestador no había nada. Después empezó a preparar café y mientras escuchaba el tranquilizador goteo de su máquina Hubdolt, una antigualla aún en perfecto estado, se puso a revisar las existencias. Las cosas iban mal y bien al mismo tiempo. La recesión económica le había llenado el almacén de magníficos pianos a precio de ganga, lo cual supondría un buen negocio si algún día la dichosa recesión se terminaba. Tal vez mucha gente no lo sabe, pero el negocio de compraventa de pianos es uno de los indicadores puntuales más certeros en el desarrollo de una crisis económica en el mundo occidental. Algo así como los pajaritos que llevaban antiguamente en las minas para avisar de las fugas de gas.

Arnold sabía, por ejemplo, que un Stenway prácticamente nuevo conseguido por debajo de los dos mil quinientos dólares marcaba el inicio de una crisis con mayor claridad que las cifras trimestrales del paro. Si a eso se le sumaba un Petrof de cola entera por tres mil quinientos en el transcurso de la misma semana sabía que la crisis iba a ser larga. Viendo la impresionante colección que había acumulado en los últimos seis meses, Arnold estaba seguro de que las cosas iban a empeorar mucho antes de mejorar.

El café ya estaba listo. Arnold salió del almacén y cerró la puerta con llave.

Sonó el teléfono. Arnold sabía que era aún demasiado temprano para que se tratase de una llamada de negocios, pero cogió el teléfono de todos modos.

—¿Cómo estás, Arnie?

—Bien, mamá.

—¿Cómo puedes estar bien, Arnie, con todo lo que está pasando?

—Es un decir, mamá.

—No hables sin pensar, Arnie, siempre te lo he dicho.

—Ya.

—¿Sabes cuál ha sido siempre tu problema, Arnie?

—¿Que hablo sin pensar?

—No, que te crees muy listo. Y no lo eres, Arnie, no lo eres. Tu hermano, que en paz descanse, sí era listo, listo como un demonio y aun así, ya ves… pero son cosas de la vida. La vida, Arnie, es así. No es de ninguna otra forma, es así.

—Supongo que tienes razón.

—No hay nada que suponer, Arnie. Tengo razón y lo sabes. ¿Has desayunado?

—Sí, mamá.

—¡Ja! ¿Te crees que soy tonta?

—No, mamá, no es eso… Iba a desayunar ahora mismo.

—Ya. Ibas a tomar café ahora mismo.

—A eso me refiero.

—Café… Eso no es un desayuno.

—Luego saldré a tomar algo.

—¿Saldrás, Arnie? ¿Cómo vas a salir si estás ahí solo, si no tienes a nadie que te ayude? ¿Cómo vas a salir, Arnie? De veras que me gustaría saberlo.

—Cerrando la tienda, madre, no hay mucho que hacer aquí de todas formas.

—Claro que no, Arnie. ¿Quién necesita un piano? ¿No te lo avisamos? Tu padre y yo, hace años, ¿no te lo avisamos? «No vendas pianos, Arnie, que no es serio». ¿No te lo dijimos unas seiscientas mil veces? Tu padre te lo dijo bien clarito, Arnie, si no querías escucharme a mí, podías haberle escuchado a él.

Arnie se quedó mirando un póster que tenía clavado en la pared. Lo había comprado en Cancún hacía muchos años y en él se veía a una preciosa mejicana desnuda con un inmenso sombrero de mariachi.

—Arnie, ¿estás ahí? No me dediques uno de tus famosos silencios, hijo. Conmigo eso no vale.

—Perdona, mamá.

—Entonces… ¿te lo dijimos o no te lo dijimos?

—Sí, mamá, sí que lo dijisteis… tendrás que reconocer, no obstante, que hace unos años vendía pianos, mamá, vendía pianos a diario. NO DABA ABASTO.

—Eso era la cocaína y la burbuja económica, y todo el mundo lo sabe. No tenía

nada que ver contigo.

—Tal vez es cierto… pero…

—Espera, Arnie, que empieza *La rueda de la fortuna*. Oye cariño… te llamo más tarde, Cuídate ¿quieres?, y desayuna, por el amor de Dios.

—Sí, mamá.

—Adiós, hijo.

—Adiós.

Arnold colgó el teléfono, después entró en su pequeña oficina y sacó de una alacena su taza de porcelana favorita. Una que tenía pintada una torre Eiffel en un costado y que llevaba grabada alrededor una extraña leyenda: *Je t"aime… Moi non plus*. Arnold no recordaba cómo había llegado aquella taza hasta allí, probablemente la trajo una joven estudiante francesa que había pasado seis meses llevando la contabilidad en los dinámicos años ochenta, cuando Arnold aún tenía vendedores a sueldo para hacer frente a la demanda y un contable para hacerse cargo de los números. Eran los días en que el vecino barrio de Tribeca, que estaba al otro lado de Broadway, se había convertido en el destino inevitable de la nueva bohemia, cuando una multitud de artistas y estrellas de rock había empezado a colarse por debajo de la calle Canal, huyendo del Soho y haciéndose con magníficos *lofts* en los que una de cada dos veces se necesitaba, y ésa era la palabra y no otra, un buen piano.

«Vea usted que necesito un buen piano», le había dicho una chica de dieciséis años con no menos de diez millones de discos vendidos, al enseñarle su inmenso apartamento de la calle Hudson. Arnold se limitaba a afirmar con la cabeza y al rato ya tenía a su equipo subiendo el piano dos o tres pisos de escaleras o levantándolo con la grúa e introduciéndolo por la ventana cuando las escaleras eran demasiado estrechas. Lo cierto es que en la cima de los buenos tiempos Arnold le había terminado por coger el gustillo a la bohemia, y por qué no, las cosas iban viento en popa y entre un famoso, un artista y una persona vulgar las distancias parecían haberse acortado. Hasta estuvo en un concierto en el Knitting Factory con un pase de *backstage* que le dio un guitarrista muy simpático de una banda muy rara. Y a menudo, después de cerrar un trato, se metía en Boby's a comer algo y a codearse con Madonna o con Harvey Keitel, que solía andar por allí en zapatillas.

Pero ésos eran otros tiempos.

Pobre Dutch

CON coche entra por el Holland Tunnel camino de Nueva Jersey. Piggy va al volante; Mendy Weiss, sentado a su lado. Detrás van Charlie Workman y Jimmy *el Pincho*. Workman es un asesino tranquilo, no uno de esos asesinos espectáculo que causan sensación antes de hacer historia. Lleva un traje azul pálido y un sombrero Fedora. Workman se dedica a hacer lo que le mandan, sin más. Le aburren tremendamente las extravagancias de algunos de sus compañeros de oficio y nunca habla de sí mismo. No se hace llamar «Perro Loco Charlie» ni nada por el estilo. Algunos le llaman *el Bicho*. En otras circunstancias, Workman hubiera sido un hombre muy distinto. Jugador de béisbol en las grandes ligas, por ejemplo, o contable —no se le daban mal los números—, o incluso policía. Nunca había planeado convertirse en asesino y tal vez por eso nunca presumía de ello.

Mendy Weiss era otra cosa. Su traje verde brillante ya denotaba una personalidad escandalosa. Llevaba también sombrero Fedora, pero adornado con una pluma. Hablaba rápido y trataba de decir siempre algo gracioso, por eso le llamaban *el Reparador*, no por otra cosa, para trabajar usaba siempre un simple revólver Smith and Wesson y no era amigo de firmar sus asuntos con afectación. Nada de sacar los ojos o grabar sus iniciales. Lo suyo era entrar, disparar y salir. Guardaba sus chistes para los clubes nocturnos, para incordiar a sus amigos o para impresionar a las chicas.

De Jimmy *el Pincho* poco se sabe. Se decía que había matado a un hombre cerca del teatro Belasco. Era de fuera y llevaba poco en la ciudad. Nadie le había visto antes y nadie le volvió a ver. Hay quien asegura que nunca estuvo allí.

Dutch Schultz está cenando en una mesa redonda en el cuarto del fondo del Palace Chop House en Newark, Nueva Jersey. A su lado está Lulu Rosencratz, una preciosa bailarina por la que el holandés siente algo especial. Como dicen aquí, es su hueso débil. Enfrente tiene a Abe Landau y Aba Daba Berman. Están bebiendo cerveza y fumando puros cubanos. Todos se callan cada vez que entra el camarero chino, no porque teman que pueda oírles, sino porque se han acostumbrado a prestar atención a las puertas, por lo que pueda pasar.

Daba Berman está haciendo cuentas con ayuda de una pequeña máquina registradora mecánica. Dutch revisa las cuentas con un ojo y con el otro sonríe a Lulu, y aún le queda tiempo para vigilar la puerta.

—A pesar de lo cual, y en contra de lo que puedan haber oído decir —dijo entonces Bill Burroughs—, Dutch no era un paranoico; era simplemente un hombre cauteloso, lo cual, teniendo en cuenta su oficio, resulta no sólo comprensible, sino recomendable.

Ramón Corona

AQUÍ viene Ramón Corona —le dijo Heather al señor Mathaus—. Siempre cantando, siempre alegre… La verdad es que da gusto verle.

—Se le anima a uno el corazón —dijo el señor Mathaus, y entró después en su habitación para coger algo de dinero.

Ramón Corona no era otro que Ramón Romero, el doctor Romero según se hacía llamar fuera del centro, aunque lo cierto es que allí los médicos le llamaban sólo Ramón, y los pacientes, Ramón Corona, como la cerveza mejicana.

Ramón no era doctor en nada, ni lo había sido nunca, era sólo celador. Primero en el centro de desintoxicación de Búfalo y ahora aquí, en el centro Catherine Rutheford de Queens. Le llamaban Corona porque se ganaba un sobresueldo vendiendo pequeñas dosis de cerveza camuflada en botellitas de yogur, de ahí que fuera el más popular de los celadores. Por lo demás, cumplía con su trabajo con entusiasmo y eficiencia, y su gran envergadura le había convertido en el favorito de los doctores, que a menudo temían por su seguridad ante los muchos, y con frecuencia violentos, delirios de la clientela. Aún se hablaba del día en que Arnold Grumberg, aquel enloquecido vendedor de pianos, había tratado de asesinar al doctor Fitzpatric con una raqueta de ping-pong, y de cómo, de entre todos los celadores, sólo Ramón había sido capaz de hacerle frente.

«Es usted un toro», le había dicho el mismísimo señor director cuando Ramón hubo finalmente reducido al agresor y devuelto la raqueta a la sala de recreo.

Ramón llegó cantando hasta la puerta del señor Mathaus, un inofensivo anciano alemán que aceptaba de buen grado el tratamiento impuesto por sus dos hijos y, sobre todo, por una de sus hijas políticas, siempre que pudiera contar con la ayuda del bueno de Ramón, cuando los días se volvían insoportables.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Ramón.

—Insoportables —respondió el señor Mathaus—. Déjeme usted un par de esos yogures.

—Nunca más de uno —respondió Ramón, que manejaba su negocio clandestino con mano de hierro.

El señor Mathaus puso un billete de diez dólares en su mano. Y después trató de poner otro.

—No, no, no… Ya sabe usted que no hay modo.

—Es usted insobornable.

—Dentro de mi riguroso sistema de corrupción, sí, lo soy.

—Cántenos algo alegre —le dijo entonces Heather, que no participaba en el negocio de los yogures pero era demasiado vieja para molestarse por nada que no fuera directamente asunto suyo.

—No, yo no sé cantar —dijo Ramón extrañado.

—Cómo no… si siempre va y viene usted cantando.

—¿Cantando? —respondió Ramón—. Será sin darme cuenta.

—De manera subconsciente —dijo Mathaus.

—Inconsciente —le corrigió Heather.

—Será eso —concluyó Ramón, sin saber muy bien de qué demonios le hablaban.

Mathaus se metió de nuevo en su cuarto, agarrando su botella de yogur como si fuera una brújula.

Heather se quedó en el pasillo, a ver qué pasaba. Heather era aún más vieja que Mathaus, y costaba imaginárselo, pero lo cierto es que había sido una chica muy popular en las tertulias del Blue Bar del Algonquin. Según contaba, Dios sabe si es cierto, Dorothy Parker llegó a envidiarla terriblemente y no sólo por sus piernas.

Heather llevaba muchos años en el centro y le gustaba salir al pasillo, a ver qué pasaba.

Ramón aprovechó para hablar a solas con ella.

—Dígame, Heather, ¿recuerda usted al señor Grumberg?

—¿Arnie? Claro, pobre hombre, con esa madre… sin embargo no era un mal tipo. Tenía que beberse a su madre, eso es todo. Todos tenemos algo que tragarnos; había uno aquí que tenía que beberse doscientos mil dólares apostados a un caballo equivocado. Arnie tenía que tragarse a su madre.

—Ya —dijo Ramón—, pero hay algo más.

—Siempre hay algo más.

—Un hombre no se cae sobre una taza de café y se corta el cuello, sin más.

—¿Quién se ha cortado el cuello?

—Arnold Grumberg. ¿No lee usted los periódicos?

—No. ¿Con una taza de café?

—Así es.

—Qué cosas tan extrañas… Si el mismísimo demonio hubiese creado el mundo en seis días, no lo hubiera hecho mejor.

Jimmy el Pincho

HAY media docena de hombres sentados en sillas de madera alrededor de la pequeña barra, bebiendo alcohol ilegal en el garito de Jack Fogarty, en la esquina de la 42 y Broadway, y luego está Jimmy Bernstein, que está tomando un café y pensando en sus cosas.

Jack Fogarty hace tiempo que no viene por aquí y, a decir verdad, cualquiera que pueda beber en cualquier otro sitio bebe en cualquier otro sitio antes que en el garito de Jack Fogarty. La calle Broadway está llena de locales parecidos que sirven alcohol más apto para el consumo, así que el lugar está desde hace años a cargo de un viejo camarero al que unos llaman Rolley y otros llaman Sisley; un hombre que a punto estuvo de dar la sorpresa en un campeonato juvenil de los pesos medios. Pero de eso hace ya mucho tiempo y, además, a nadie le dan nada por haber estado a un paso de la gloria.

En el bar de Jack Fogarty no hay mujeres; los que vienen aquí no sabrían qué hacer con ellas: ni tienen dinero para pagarles las copas, ni fuerzas para empujar cuesta arriba conversaciones sin sentido. En MacCally''s, sólo dos portales más abajo, hay dos mujeres por mesa, que un día sí, uno no, se vuelven a casa con los pies hinchados y las manos vacías.

—Mira a tu alrededor, hijo. Son malos tiempos, todo el mundo lleva ropa del año pasado.

Jimmy miró alrededor; no se habría fijado de no habérselo señalado el camarero, pero lo cierto es que entre la clientela del bar podía uno descubrir sin mucho esfuerzo media docena de abrigos raídos y otros tantos forros descosidos, puños de camisa gastados, sombreros grises que habían sido negros, y chaquetas negras mal teñidas que probablemente habían sido antes de cualquier otro color. Lo que a primera vista parecía un grupo de discretos bebedores se transformaba, bajo un mínimo escrutinio, en una pandilla de desarrapados sin el dinero suficiente para pagarse una entrada de cine.

Jimmy se lleva el café a los labios.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Jimmy. Jimmy *el Pincho.*

—¿El Pincho? ¿Qué eres, un matón?

—No, sólo soy ingenioso.

—¿Ingenioso?

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—No sé, hace ya tiempo. Es algo que me viene del colegio.

—Tal vez fueses ingenioso entonces y ya no lo seas ahora.

—Tal vez.

—En cualquier caso, el ingenio no te va a servir de mucho por aquí; la gente no está de humor para muchas bromas. Te iría mejor si fueras un matón; tiene más salidas. No sé cuánto tiempo llevas aquí, ni si piensas quedarte, pero no tardarás en darte cuenta de la situación.

Jimmy no llevaba ni tres días en Nueva York, pero le habían bastado para darse cuenta de la situación, de haber tenido algún tipo de expectativa o algún plan concreto o, simplemente, alguna ilusión al respecto de la ciudad se habrían esfumado sin remedio a estas alturas.

Afortunadamente, no se había imaginado nada y por lo tanto no existía siquiera la posibilidad de sentirse decepcionado.

Había cogido un autobús en Michigan y había viajado durante dos días para llegar hasta allí sin tener la más remota idea de qué esperar, más aún, sin esperar nada.

—No sé por qué no dejáis de venir de una vez, aquí no hay nada.

—Tampoco había gran cosa en el lugar de donde vengo.

—Por lo menos es tu gente.

Jimmy no era muy listo y seguramente no era siquiera ingenioso, pero sabía lo bastante para no entrar en una discusión si podía quedarse fuera. No tenía la más remota idea de a qué gente podía considerar su gente más allá de su pobre madre, pero no dijo nada. El mundo sería un lugar más agradable si cada uno se tomara su sopa y mantuviese la boca cerrada. Al menos eso era lo que la vida le había enseñado a Jimmy. Al fin y al cabo, a su madre la había engañado un viajante de comercio con un anillo de latón. Al parecer, el tipo tenía una maleta llena y le iba proponiendo matrimonio a todas las incrédulas que le salían al paso, desde Portland, Oregón, hasta los Grandes Lagos. Ese embustero era, al fin y al cabo, su padre, y Jimmy no se atrevía a pensar cuántos hermanastros podía tener esparcidos por el país. Él también tenía muchas historias tristes que contar y nunca se las había contado a nadie. No veía qué interés podía tener el andar echándose unos a otros los problemas encima como si fueran confeti.

Jimmy se terminó el café, puso una moneda sobre el mostrador y levantó ligeramente su sombrero, no tanto para despedirse como para demostrarle al viejo camarero que dentro de su sombrero no había nada.

Era un gesto que repetía a menudo y que nadie acababa de entender. Lo que Jimmy quería decir es que no le daba muchas vueltas a las cosas; con depresión o sin ella, encontraría algo que hacer. No era presa fácil para las preocupaciones, y la desgracia de los demás no le inquietaba más que la suya. Tal vez por eso se sentía siempre ligero. Tal vez por eso era ingenioso. O lo había sido alguna vez.

Sisley o Rolley o quienquiera que fuese aquel hombre le despidió con un ligero cabeceo y enseguida volvió la vista hacia dentro del local. En noches tan frías prefería no mirar la puerta. Cada vez que entraba o salía un cliente, cosa que no pasaba a menudo, se giraba para evitar el golpe de aire gélido que venía del exterior.

Jimmy salió a la calle y dio un par de pasos sobre la nieve. Enseguida se detuvo para ver sus huellas. Le reconfortaba ver la silueta de sus propios pasos; pensaba que ya nadie, ni siquiera él mismo, podría dudar que fuese cierto, que estaba allí, caminando Broadway arriba, una mañana de invierno de 1931.

El oso y la serpiente

RECORDÓ de pronto una historia que su abuela le había contado allá en Guadalajara, en la casa grande donde se reunían todos los primos para pasar los veranos, entrando y saliendo de la piscina durante todo el día y robando el coche del abuelo para conducir de noche por las afueras del rancho. En la historia, que no era capaz de recordar al pie de la letra, había un oso y una serpiente, y el oso hacía algunas cosas sin sentido para presumir de su fuerza, cosas como agitar los árboles, partir en dos una roca y hasta derribar la caseta de unos cazadores. La serpiente no hacía nada. Permanecía inmóvil hasta el final del cuento y el oso se las daba de tenerla bien impresionada, pero al final, cuando el oso, agotado, se echaba a dormir, la serpiente se arrastraba en silencio hasta su cueva y le mordía, y el oso se moría. No era una gran historia y el joven actor mejicano recuerda haberle preguntado a su abuela cuál era la moraleja del asunto y recuerda que su abuela le había contestado: «El oso eres tú».

Y entonces él le había preguntado:

—¿Y la serpiente?

—La serpiente también.

Estaba tumbado en la cama después de haberse pasado el día presumiendo, sin quererlo, convencido de estar haciendo su trabajo y nada más, hablando con éstos y aquéllos, con periodistas y agentes y actores de esos que antes sólo veía en el cine pagando su entrada como cualquiera pero que ahora le llamaban por su nombre y le rodeaban los hombros con el brazo. Estaba tirado en la cama de su carísima habitación de hotel y de pronto empezó a pensar en ese viejo cuento y le entró el miedo, y luego enseguida la certeza de que en cuanto se durmiera la serpiente se arrastraría hasta él para morderle en el cuello. Y en ese momento se desveló.

Se levantó de la cama con los ojos muy abiertos y se sirvió un whisky con hielo; después encendió de nuevo el televisor y descorrió las cortinas.

La chica que estaba en el baño tiró entonces de la cadena y por un segundo el joven actor mejicano se asustó como se asustan los adolescentes en las películas de fantasmas. Se quedó mirando la puerta del baño incapaz de moverse y dio un salto sobre el sofá cuando la puerta se abrió por fin de par en par. Donde esperaba ver un monstruo vio en cambio a una modelo de *veintimuypocos* años sin otra cosa encima que una preciosa sonrisa.

—Hola —dijo ella.

—Hola —dijo él.

Después la chica caminó despacio hasta el sofá, le besó en los labios y sacó un

American Spirit de un paquete que estaba sobre el televisor.

La chica dio un par de vueltas sobre sí misma buscando un mechero. El joven actor mejicano se levantó y fue a buscar en los bolsillos de sus *jeans* hasta que dio con uno. Encendió el cigarrillo, y luego sacó otro para él y lo encendió también.

—Vaya nochecita —dijo la chica después de una larga calada.

—*Yeah* —dijo él, y después pensó en decir algo más, pero no se le ocurrió nada.

En la televisión, una reposición de Baretta.

—¡Coño! —dijo ella—. Ese es el tío que mató a su mujer, ¿no?

—Uno de ellos —contestó el joven actor mejicano mientras se dirigía hacia el minibar a por más hielo.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—O. J. —contestó ella—, que es como le dicen al zumo de naranja los gringos, por *orange juice.*

—Ése es otro —dijo él.

Y ella se rio'.

Y él sintió que las paredes de la habitación se hacían más y más pequeñas.

Le alcanzó su zumo de naranja y se sentó a su lado. Ella le acarició el pelo y él le miró las tetas. Era una chica increíble, de esas que se ven en la televisión, pero en vez de estar en la televisión estaba sentada a su lado, y tal vez por eso el joven actor mejicano sintió de pronto un agradable calor sobre el pecho, como si un sol de verano se hubiera abierto paso entre las nubes y le estuviese ahora pegando de lleno.

Es cierto que su abuela le había contado aquel cuento de la serpiente y el oso, pero no es menos cierto que más de una vez, durante los tristes años de la adolescencia, se había imaginado a sí mismo en una situación así; tal vez no precisamente así, pero sí muy parecida. No supo decidir en qué momento su vida se había torcido de tal manera que ya no se parecía en nada a la vida que había conocido antes y en qué momento todo se había convertido en algo que parecía un sueño o un reportaje a todo color sacado de una revista de moda, o una broma.

—No voy a poder quedarme mucho —dijo ella—. Tengo trabajo.

—Está bien —dijo él—. Yo también tengo algo que hacer, aunque no recuerdo qué.

—Veamos el programa —dijo ella, cogiendo un par de hojas grapadas tiradas en la moqueta.

—Diez treinta, *Vogue*. Oh, supongo que ya es tarde para eso.

El chico miró el reloj: eran más de las doce y media. Se sintió mal por haber faltado a la cita, pero enseguida se sintió bien por ser la clase de estrella que puede plantar al *Vogue*, y luego volvió a sentirse mal, aún peor que antes, por ser tan estúpido, y después pensó: «¡Qué carajo!», y luego se llamó imbécil dos veces, y luego se dio palmadas en la espalda para tratar de animarse, y así alternativamente,

durante un buen rato, hasta que dejó de pensar en ello.

—Letterman a las tres —dijo ella—, no deberías faltar. No puedes dejar tirado a Dave.

—No quería dejar tirado al *Vogue* —murmuró él.

—Demasiado poco, demasiado tarde. Probablemente pueden arreglarte lo del *Vogue*, pero Letterman… Eso son palabras mayores.

—No faltaré.

—Más te vale —dijo la chica con una sonrisa—. Salí una temporada con un chico que tuvo una canción en el *Top Ten* y que llegó tarde a Letterman.

—¿Y?

—No se volvió a saber de él.

—Más vale que me dé una ducha.

—Buena idea.

El joven actor mejicano entró en el baño, dejó correr el agua y se quitó la ropa.

—No creas que soy una de ésas —le gritó la chica desde la habitación.

—¿Una de ésas?

—Una de esas que se acuestan con estrellas de cine y cantantes. De hecho, ahora mismo estoy saliendo con un estudiante de Medicina.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, ahora mismo, no.

La chica entró entonces en el baño y se metió en la ducha.

El chico se quedó mirándola, desconcertado, hasta que ella le besó y él la besó a su vez.

El agua caliente le hizo sentir bien. Aún le dolía la cabeza, pero estaba seguro de que había al menos un millón de maneras peores de empezar el día. Lo cierto es que era una chica preciosa. Trató de recordar su nombre.

—Laura —dijo ella como si le hubiese leído el pensamiento.

Tiburones en el Hudson

RAMÓN Romero miró su reloj. Las siete. Aún le quedaban dos horas antes de acabar su turno en el centro de desintoxicación de Hardan, Nueva York, tiempo más que suficiente para convencer a Heather Ratcliff de que no había tiburones en el río Hudson, ni los había habido nunca.

La habitación, que era poco más que una celda, estaba a oscuras a excepción de una vela de mentira, una de esas velitas de plástico, encendida junto a una virgen de porcelana.

—No me estás escuchando —le increpó Heather—, me estás dando el tratamiento oficial. No pienses que no me doy cuenta. Llevo aquí tiempo más que suficiente para saber cuándo me están dando el tratamiento oficial. Y si me vas a dar el tratamiento oficial, mejor llamo a uno de esos absurdos doctores, al menos tienen un título colgado en la pared. Cuando me siento a hablar con Ramón Corona espero algo distinto, espero orejas, y corazón. —Al decir esto, Heather hizo un gesto exagerado estirándose sus propias orejas, dando a entender que lo que le estaba contando requería verdadera atención.

Ramón no pudo evitar reírse.

Heather se rio con él.

—Eso es, Ramón, ríete, ríete de mí todo lo que quieras, pero, por Dios, no me ignores.

»Volviendo a los tiburones, puede que tú no lo sepas, porque tú apenas sabes nada, pero en los años treinta se pescaban en el río magníficos ejemplares.

—Heather, por favor.

—Ni por favor ni puñetas. A ver si piensas que esta ciudad ha sido siempre lo poco que es ahora. ¿Por qué piensas que arrojaban a la gente al río? En aquellos tiempos el río era mortal.

—Arrojaban a la gente al río con los pies metidos en cemento, Heather, en cemento.

—Qué cemento ni qué… Tiburones.

—De acuerdo, no voy a discutir.

—¿No vas a discutir? Y entonces, ¿cómo vamos a pasar la tarde?

—¿Por qué no me cuenta algo de Arnold Grumberg?

—¿Arnie? ¿Qué quieres que te cuente de Arnie? Ya te hablé de su madre.

—Su madre no le mató.

—Ah no, eso no, la buena mujer lo quería mucho. Aun así hubiera sido capaz de matarlo, pero no de un solo golpe. ¿Sabe lo que se dice por aquí?

—¿Qué?

—Que había hecho mucho daño.

—¿Arnie?

—No, el Papa de Roma. ¿De qué coño estamos hablando?

—¿Qué daño podía hacer Arnie?

—Oh, déjame que te diga que no tenía mala pinta, ni mucho menos. Era un hombre bien plantado y tenía un no sé qué con las mujeres.

—Jamás lo habría imaginado.

—Créeme, lo tenía. Tampoco es que a esta edad haya que ser Justin Timberlake para armar revuelo; como dicen en mi Tennesse, con una cuerda muy corta se ata a una cabra muy vieja, pero, en fin, algo tenía Arnie que movía la barca. Si sabes a lo que me refiero…

—Creo que lo entiendo, pero aun así no veo cómo…

—No veo cómo… No me extraña…, tú no ves nada. Tú eres un ingenuo, amigo Corona. Tú te piensas que detrás de cada arco iris hay un enano con una olla de oro.

Ramón se encogió de hombros.

—Pero ándate con ojo. Algún día vendrán a por ti y entonces ya me dirás.

—¿Vendrán? ¿Quién vendrá?

—Los mismos que se llevaron a Arnie. Esos pequeños monstruos.

—¿De qué me habla? ¿Qué pequeños monstruos son esos?

—¿Qué?

—Caramba, ahora ha perdido el oído. Usted ha dicho…

—¿Yo? Yo no he dicho nada.

—Por Dios, Heather; me está volviendo loco.

—Ahí te equivocas, Ramón: nadie te vuelve loco, te vuelves loco tú solito.

—Demonios, no sé por qué me empeño en sacar de usted algo de cordura, si está claro que no sabe de qué habla. Pequeños monstruos y tiburones en el Hudson.

—Tan cierto es que existen los unos como que existen los otros. Pregúntale a Arnie.

—Creía que la muerte de Arnold Grumberg fue accidental.

—Ya, y a Kennedy lo mató Harvey Oswald. En fin, Ramón, si quieres seguir comiendo tu *Happy Meal* en McDonald’s sin preguntarte de qué clase de animales están hechas las hamburguesas, es cosa tuya. Supongo que también me dirás que nunca has oído hablar del Señor Misterioso.

—¿El Señor Misterioso? Lo cierto es que el nombre me suena.

—Claro que te suena, Ramón. No creo que haya un solo latino en esta ciudad que no haya oído hablar del Señor Misterioso. Ni siquiera tú.

—¿No tiene algo que ver con la santería?

—No, es otra cosa. El Señor Misterioso es el que se los lleva por delante, Ramón.

Se le dice un nombre al oído, muy bajito. Y ya está. El Señor Misterioso ronda y ronda hasta que te pilla desprevenido. Y ahí se acaba todo.

Heather dio una fuerte palmada como quien mata a una mosca. De hecho, cuando abrió de nuevo las manos tenía una mosca muerta sobre la palma.

—¿Ves? —dijo Heather—. Es así de sencillo. A Arnie Grumberg se lo llevó el Señor Misterioso. Alguien, seguramente una mujer, le susurró su nombre muy bajito y el Señor Misterioso hizo lo que mejor sabe hacer.

—¿Qué cuento es ése?

—No es ningún cuento, Ramón. Las cosas son como son.

—¿Y cómo sabe usted todo esto?

—Ah… ahí sí que no, Ramón. No te pongas específico porque yo ese baile no lo bailo contigo, que estas cosas del demonio son muy raras. Si quieres saber algo más, vete a dar una vuelta por La Marqueta. Al fin y al cabo estarás entre los tuyos. Y una vez allí, te acercas a ver a la señora María, que es la más seria de las embusteras, y de lo que ella te cuente no me digas a mí, ni a nadie nada, porque al Señor Misterioso no le gustan preguntones.

Ramón Corona miró su reloj: eran ya casi las ocho. Una hora más y a casa.

Se levantó y puso su mano sobre las delgadas manos de Heather, que descansaban juntas sobre su regazo.

—Adiós, Heather. Voy a hacer la ronda para ver si está todo bien y después voy a cambiarme. La veré mañana.

—Adiós, Ramón. Bébete una a mi salud.

—Lo haré.

—¿Jameson?

—Jameson y Kilkenny.

Ramón acabó su ronda a las ocho menos diez y le pasó los trastos al encargado del siguiente turno, un voluntario entusiasta que se llamaba Chip. Después se cambió de ropa. Caminó desde el centro hasta la 106. Entró en The Golden Harp y se pidió un whisky irlandés, Jameson, y una cerveza Kilkenny. Los puso uno junto al otro, como hacen los verdaderos bebedores.

Ansonia

SI el edificio Ansonia fuese una mujer, sería una de esas viejas damas altivas, dotadas de sospechosa nobleza, y al tiempo, decididamente extravagantes. Una vieja estrella de cine, o una viuda adinerada, tal vez aficionada en exceso al fox trot y a la bebida.

Construido en 1858, el Ansonia hereda su nombre de Anson Green Phelps, abuelo del promotor responsable de su construcción. La exuberante personalidad de este edificio de dieciocho plantas es también heredada: al parecer, sus constructores se inspiraron en los grandes hoteles franceses, tal vez en el Ritz de la Place Vendôme, aunque su extraño sombrero y sus exagerados torreones pertenecen más bien a la exuberante imaginación y la falta de modestia de cierta escuela arquitectónica americana que se deja llevar a menudo por un sentido dramático, teatral, que en nada se asemeja a los cánones de elegancia europeos. Y así esta buena señora que es el Ansonia aparece con su silueta impresionante en la esquina de Broadway con la 72, con su siniestro y apabullante aspecto de galeón hundido, con ese aire de sólida locura que remata muchos otros edificios construidos en Manhattan en el mismo periodo. Más absurdo que el Dakota, frente a Central Park, más sexy que el hotel Plaza. Absurdo, cabezón, glorioso. Diseñado por un hombre y rematado por un niño. Una señora impresionante a la que los maridos miran de reojo mientras sus esposas la desprecian y la envidian en secreto. Una loca de atar que guarda dentro un suntuoso salón de baile, vencido por los años, y un sorprendente estanque cubierto en el que en su día nadaron focas, focas vivas, que aplaudían con las aletas al ritmo de la orquesta y el champán. Una vieja duquesa recubierta de joyas regaladas por hombres ya muertos y olvidados, una mujer capaz de arrastrar su propia historia con dignidad y hasta con una pizca de alegría. Una viuda alegre que mantiene las puertas de su corazón abiertas más allá del límite de lo razonable. Si el Ansonia fuera una dama, habría besado mucho, bailado mucho, llorado mucho. Tendría sin duda la frente alta y la reputación por los suelos. Las manos largas y delicadas, los ojos oscuros, el pelo teñido de ese negro azulado que convierte a las viejas en caricaturas de mujer, brillante, recogido en un aparatoso moño pero conservando aún su longitud inicial. Si el Ansonia fuese una mujer, se peinaría todas las noches su larga melena guardando frente al espejo la misma silueta de una adolescente y conservando, a distancia, el mismo resplandor que quemaba los ojos, en aquellos días de bailes de debutantes y besos no del todo robados.

En la que fue la más grande piscina interior del mundo, conserva aún el calor, la humedad, el vaho encantador sobre los cristales, que empañan como lágrimas de

alegría la tiranía de las cosas tal como son. Su patio de palmeras sujeta aún los abanicos de miles de miradas encendidas y por sus viejas cañerías corre aún el semen y el licor, mientras se acumulan en sus papeleras las tarjetas de visita de cientos de hombres infieles y se escuchan sobre la madera los pasos de un ejército de niños bastardos.

Si el edificio Ansonia fuera dos mujeres, y su cumbre bicéfala bien se presta a ello, sería Big Eddie Bouvier Beale y Little Eddie Bouvier Beale, las extrañas primas lejanas de Jackie Kennedy, caminando cogidas de la mano por sus agotados jardines de los Hampton, madre e hija, idénticas en estatura, muy cercanas en gracia y desdén. Mujeres pertenecientes no a una clase superior, sino a un mundo distinto. Con las maletas llenas de grotescos bañadores y pamelas imposibles, con el cigarrillo en los labios, con los abrigos de pieles en tan avanzado estado de deterioro que a punto están ya de convertirse de nuevo en animales salvajes.

Si el Ansonia fuera un número mayor de mujeres, digamos once, sería el equipo de hockey sobre hierba de la Universidad de Columbia. Sería Esther y Laura y Ruth y Alicia, y sería también Simonetta, atenta al saque de una falta, con el *stick* preparado, las piernas abiertas clavadas en el suelo como dos columnas, los ojos fijos en la portería enemiga. Las faldas cortas, las camisetas sin mangas, el sudor en la frente, los sujetadores deportivos, las impresionantes bandanas sujetando las largas cabelleras.

Si, por el contrario, el edificio Ansonia fuera un hombre, sería cualquiera antes que Andreas Ringmayer III, y tal vez es por eso que Andreas cruza la recepción del edificio sin darse apenas cuenta de dónde está, como quien cruza la terminal de un aeropuerto o la sala de espera de un dentista.

—Buenas tardes —le dice Andreas a un portero de librea adormilado—. Soy Andreas Ringmayer III y vengo a ver a la doctora Limsay.

El portero da la vuelta al largo mostrador y se sitúa detrás de un grueso libro de visitas. Una vez allí se toma un segundo para coger aire, después abre lentamente el libro con excesivo esfuerzo y tras palparse todos los bolsillos, saca un bolígrafo de plástico y se lo entrega a Andreas.

—Escriba aquí su nombre, por favor. Mientras, aviso a la doctora.

Cuando Andreas ha terminado de inscribirse en el libro de visitas, levanta la cabeza y ve al portero marcando el segundo de los tres números que conectan la recepción con la consulta de su psicoanalista.

Andreas tendría mucha más paciencia con este ritual si no se repitiera con morosa exactitud todos los jueves desde hace más de nueve años.

El portero se detiene un segundo, tratando de recordar el último número.

—Siete —dice Andreas—, seis uno siete.

—Siete —dice el portero completando por fin la llamada. Después mira a Andreas con una sonrisa—. Siete, eso es. Siempre se me olvida el siete.

—Sí, es el más difícil —dice Andreas.

—Sí que lo es, sí, perdone. ¿Doctora Limsay? Está aquí el señor…

El portero saca unos lentes y hunde la cabeza en el libro de visitas.

—Ringmayer…

—Ringmayer, eso es. Está aquí el señor Ringmayer… Sí señora, ahora mismo.

El portero se dirige de nuevo a Andreas, ha dejado de sonreír y tiene las cejas fruncidas, como si estuviera a punto de cumplir una misión de gran importancia.

—Ya puede usted subir.

Cuando lo dice, Andreas camina ya hacia el ascensor sin dar las gracias, murmurando entre dientes.

Elipsis. Andreas está sentado frente a la doctora Limsay. Bajo la inmensa ventana se extiende Broadway. Está empezando a llover; la lluvia pone a Andreas de pésimo humor.

—Es un patrón de conducta —dice la doctora Limsay—. Querer a dos mujeres es no querer a ninguna. Desviación del deseo.

—No es eso —responde Andreas.

—¿No?

—No. Se trata de mí. Las historias más insignificantes me ponen triste. La televisión. La gente que sale por la televisión me pone triste. Los humoristas, las estrellas de cine, los presidentes me entristecen. Además, no son dos mujeres: son tres.

—¿Tres?

—Son gemelas. Gemelas coreanas. Dos gemelas y mi mujer. Tres.

—Un juego de espejos.

—Tal vez y, sin embargo, sigo pensando que se trata de mí. Hay un hombre ahí fuera que soy yo. Están todos dentro, y la puerta, cerrada, y yo estoy solo, en el jardín. O están todos en el jardín y yo estoy encerrado dentro de la casa. En cualquier caso, estoy fuera.

—¿En qué sentido?

—¿En qué sentido? En todos los sentidos. Mi mujer, el niño, las dos coreanas, usted misma, ¿dónde están? Es todo un invento. No tiene nada que ver conmigo.

Andreas se lleva entonces la mano al bolsillo del pantalón y se acaricia por entre la tela del forro la punta del pene. Tiene una erección considerable, siempre la tiene en presencia de la doctora Limsay, como la tuvo en la adolescencia en presencia de su madre, por más que ahora deteste recordarlo. Después saca la mano del bolsillo y continúa.

—No son más que fantasmas. O a lo mejor no es eso. Tal vez yo soy el fantasma. En realidad no sé lo que digo.

—Está hablando del territorio de lo ajeno.

—Eso es. Ajeno. Todo me es ajeno. Todas estas cosas que son mi vida. Ajenas. No son cosas que pueda llevarme a la tumba. Son cosas que están ahí fuera. Como esa maldita lluvia.

—Creí que era usted el que estaba ahí fuera.

—¿Sí?… Bueno, tal vez, o tal vez es justo al revés. Yo quiero llevarme algo a la tumba, quiero llevármelo todo, como los faraones. Mis criados, mis mujeres, mis tesoros, mis gemelas coreanas, mi coche. Joder, quiero llevarme mi coche a la tumba. ¿Es eso mucho pedir?

Andreas se detiene ahí. Mira de nuevo hacia la ventana.

—No me gusta la lluvia.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque se me moja el periódico. No es nada psicológico.

Andreas se incorpora como si le costase decir lo que tiene que decir.

—Si le soy sincero, creo que debería terminar con esto.

—¿Con qué?

—Con estas sesiones, con usted. Llevo viniendo nueve años y no está claro que haya llegado a ninguna parte. Ni siquiera está claro que me haya acercado.

—¿Adónde quería llegar?

—No lo sé, y ni siquiera sé si importa. Te pones a buscar algo y de pronto se te olvida lo que estabas buscando, y te encuentras abriendo y cerrando cajones por inercia. No sé si quiero seguir buscando.

—Es decisión suya.

—Lo sé.

Andreas vuelve a recostarse en el sillón. Está ya más tranquilo. Mira el reloj de la pared. Le quedan aún más de veinte minutos. Piensa que posiblemente no diga ya nada más.

Dios bendiga a David Letterman

LA pregunta ahora es, ¿cómo está Dave?

—Dave está bien —dice Joanna y por si fuera poco convincente baja la cabeza dos veces y después levanta los pulgares.

La regidora mira al monitor que muestra las caras del público sentado en el viejo teatro Sullivan de la Quinta avenida.

Hace menos de una semana de la caída de las Torres Gemelas. El peor golpe que ha recibido una ciudad acostumbrada a los golpes y acostumbrada también a levantarse después de los golpes.

—¿Cómo está Dave? —pregunta el coordinador de la cadena, y la regidora levanta los pulgares porque eso es lo que le ha visto hacer un segundo antes a la asistente personal de David Letterman y porque en esta ciudad, en este momento, todo el mundo espera que Dave esté bien, porque si Dave está bien la ciudad entera se levanta, y si la ciudad se levanta, lo más probable es que continúe andando.

Quien no conozca Nueva York, o quien haya estado aquí sólo de visita, no podrá nunca entender la importancia de este momento. Al fin y al cabo, muchos, casi todos los *shows* de la televisión norteamericana, y de la televisión del mundo entero, alteraron sus programaciones la semana posterior al 11 de septiembre, pero lo cierto es que este cómico corrosivo, alto, torpe y casi siempre mal vestido, es Nueva York, tanto como los *bagels*, ese pan imposiblemente duro, o los bares irlandeses o los taxistas indescifrables e incompetentes o los camareros que esconden guiones bajo la barra para las pruebas de *casting* del día siguiente.

Dave es Nueva York y mientras Dave no se mueva, Nueva York seguirá detenido.

—¡Va a salir Dave! —le grita Ramón Romero a su padre y es que Ramón a pesar de su educación católica, en el fondo de su alma siempre quiso ser judío.

—Ya voy —grita el anciano desde la cocina—, dame un segundo para terminar con esto. —Y es que Esteban Romero apenas tiene tiempo de nada, entre los cuidados que requiere su colección de paraguas y este hijo extraño que apenas viene a verle y que parece siempre a punto de ir a darle un disgusto—. Si no te hubiera dado ahora por la investigación… —murmura entre dientes, pues desde que su hijo se había puesto a investigar crímenes, contaba muy poco o nada con su ayuda y los días se le hacían más largos y más cortos a la vez.

Ramón Romero veía el *show* de Letterman cinco veces por semana. Sábados y domingo eran días de descanso, para Dave y para él. El *show*, básicamente, es el clásico programa de noche de la televisión norteamericana; un monólogo humorístico inicial, estrellas invitadas en el sofá y un número musical para cerrar. Un formato que

se ha mantenido con muy pocas alteraciones desde los días de Ed Sullivan, pasando por el gran Johnny Carson y del que ahora Letterman, con permiso de Jay Lenno, es el rey indiscutible.

—¡Va a salir Dave! —le grita de nuevo Ramón a su padre a pesar de que ya lo tiene sentado a su lado.

—Demonios, Ramón, cálmate —le pide el señor Romero, que sabe que la presión arterial de su hijo no está para muchas bromas.

—Cómo me voy a calmar, no digas locuras, han sido seis días sin Dave. —«Seis días sin Dave» era como Ramón Romero había decidido llamar a esa extraña semana que comenzó con dos aviones estrellándose contra las Torres Gemelas. «Me pregunto qué va a pensar Dave de esto» era, de hecho, lo único que Ramón fue capaz de decir, mientras contemplaba los dos mastodontes caer uno tras otro como si se los estuviera tragando la tierra.

Y así había seguido los días posteriores a la catástrofe, mientras la ciudad entera se volvía loca y su padre asaltaba los supermercados, paraguas en mano, en busca de provisiones suficientes para resistir una guerra.

—Me pregunto qué pensará Dave de todo esto.

Y ahora, cuando por fin iba a saber lo que de verdad pensaba Dave de esto, apenas podía contener la emoción. En el fondo de su alma contaba con Dave para seguir viviendo con cierta normalidad, para recuperar el pulso de sus propias cosas, para saber qué decir él mismo al respeto de toda esta locura.

—¿Cómo está Dave? —preguntó la regidora.

—Dave está listo —respondió la maquilladora, que había dado por terminado su trabajo y caminaba por los pasillos del teatro en dirección a la máquina de café.

En el interior de la sala de maquillaje, Dave se miró en el espejo.

Se arrancó los Kleenex que protegían el cuello de su camisa de los restos de maquillaje y se enderezó en el asiento.

«Dave está bien —se dijo—, pero qué puede importar eso ahora».

Había tratado de mantenerse alejado de los comentarios, pero lo cierto es que resultaba poco menos que imposible ignorar la importancia que la prensa y todas las cadenas de televisión y hasta la gente en la calle le habían otorgado a ese momento.

«DAVE VUELVE, NUEVA YORK ESPERA», había titulado *The New York Times* sus páginas de espectáculos.

«Dave vuelve, Nueva York espera», ahí es nada. Y, sin embargo, Dave no era capaz de comprender qué importancia podía tener aquello. Acostumbrado como estaba a esa rutina que convertía los días en monstruos idénticos, no conseguía

imaginarse a sí mismo enfrentado a lo excepcional. Revisión del material, lista de invitados, preparación de sus monólogos. Había repetido los gestos, las medias sonrisas, los silencios calculados, durante tanto tiempo, que no alcanzaba a entender por qué de pronto cada segundo parecía alargarse de manera insoportable mientras una ciudad entera, y tal vez un país, y tal vez un mundo, esperaban que el viejo Dave saliera al aire a decirles a todos y cada uno que no todo se había perdido, que Occidente seguía en pie, que la batalla estaba lejos de acabar. Resumiendo, no sabía qué cara poner.

David Letterman se miró por un segundo en un espejo de cuerpo entero y le pareció que nada en él era apropiado, ni el traje, ni los zapatos, ni siquiera el peinado que era la parte de su aspecto a la que menos atención había prestado a lo largo de su vida. Se sintió como un hombre que elige una corbata para asistir a un entierro y no pudo evitar reírse de su absurda preocupación.

Después caminó por el largo pasillo que llevaba al escenario, sin tener la más remota idea de adónde iba, ni por qué.

Ramón Romero cogió la mano de su padre entre las suyas sin saber tampoco qué esperar. Su padre recordó entonces a la madre de Ramón y cómo se la había llevado la locura con la facilidad con que los huracanaes se roban a los niños. A Esteban Romero le daba en la nariz que el loco de su hijo estaba tan loco como la loca de su madre y por eso sujetó la mano de Ramón como si se tratase de un crío a punto de salir volando. Ramón, por su parte, sabía que su padre no podía entender la importancia del momento. Su padre al fin y al cabo coleccionaba paraguas viejos y eso para Ramón ya lo explicaba todo. Si no estaba tan loco como la vieja, no andaba muy lejos.

Para coleccionar paraguas, por otro lado, no hace falta mucho dinero ni mucho talento. La gente se deja los paraguas olvidados por todas partes. En el metro, en los bares, a la puerta de los teatros de la calle 42. Si preguntas por un paraguas olvidado en cualquier bar, lo más normal es que te acaben dando alguno. Siempre que no especifiques demasiado. En Nueva York no llueve mucho y la gente tiene la costumbre de comprar paraguas en la calle, paraguas baratos que usa y tira sin cesar. Cada vez que Ramón Romero visitaba a su padre estaba obligado a pasar revisión a su absurda colección de paraguas. «Si le hace feliz», pensaba Ramón, aún a sabiendas de que una colección de paraguas no podía hacer feliz a nadie.

Por supuesto el programa no iba a abrirse esta vez con la habitual enérgica melodía de la banda de Paul Shafer, para eso ya estaba preparado, y sin embargo cuando Ramón vio por fin aparecer al veterano cómico en completo silencio en el centro del escenario del teatro Sullivan, no tan lejos de su propia casa, por un instante tuvo la sensación de que el mundo entero, su mundo, se detenía y dudó si Dave sería

capaz esta vez de ponerlo de nuevo en marcha.

Kilómetro 26

EL coche dio tres vueltas de campana. Martha no pudo ver la interestatal girando a su alrededor a la primera, porque cerró los ojos; pero después sí, después la vio dos veces. El azul del cielo y el gris azulado del cemento, las rayas amarillas volando hacia ella como rayos láser en una película de ciencia ficción. Mientras el coche se deslizaba por la hierba, fuera ya de la autopista, sobre el techo, Martha pudo oler, mezclado con el tufo a gasolina, el aroma fresco de la hierba empapada de rocío; un olor que incluso en ese instante, boca abajo y rebotando a más de noventa kilómetros por hora, le tranquilizó profundamente. No vio venir la cerca contra la que se detuvo el vehículo porque estaba mirando sus manos agarradas al volante, mientras las ruedas giraban en el aire sin sentido. Recuerda haber reparado en el color de sus uñas y en su perfecta manicura, obra de las fabulosas hermanas Huong. Martha estaba muy orgullosa de sus uñas, pero había dudado mucho del color, azul turquesa, por parecerle demasiado pretencioso. Ahora, colgando boca abajo dentro de su Volvo familiar, no pudo precisar si había acertado o no. «Tal vez dentro de un segundo esté muerta», pensó, pero finalmente el coche se detuvo. Cerró los ojos de nuevo al ver que la cerca se le venía encima; sintió un nuevo impacto, más débil puesto que el coche había ido perdiendo velocidad al deslizarse colina arriba. Escuchó un golpe y tardó un segundo más en abrir los ojos.

Se quedó mirando por el cristal del parabrisas el cielo azul y el verde de la hierba, el uno donde el otro. Sintió que el cinturón de seguridad le oprimía el pecho. Movió los dedos de los pies dentro de los zapatos; se dio cuenta de que en realidad sólo llevaba uno puesto. Miró por el espejo retrovisor tratando de encontrar el otro. Eran zapatos de Prada, de esa misma temporada.

Miró la foto de su hijo Andreas, pegada al salpicadero en un marco circular plateado. Se extrañó de haber tardado tanto en hacerlo. Se le saltaron las lágrimas. Se puso a llorar sin poder remediarlo, con más y más fuerza, y notó cómo las lágrimas le resbalaban por la frente y se deslizaban después entre su pelo.

Vio su bolso volcado sobre el interior del techo, pero aún cerrado. Pensó en su teléfono móvil y casi al instante el teléfono empezó a sonar. Aún no era capaz de moverse. Continuó llorando, preguntándose quién estaría llamando, pero sin poder alargar la mano hasta el bolso.

El teléfono dejó de sonar y Martha contuvo por un segundo las lágrimas.

Oyó una voz que la llamaba desde fuera. No por su nombre; sólo una voz que

llamaba a una mujer atrapada en un Volvo boca abajo junto a una cerca a la altura del kilómetro *26* de la interestatal 61. Frente al desvío hacia Long Island, donde su madre la estaba esperando con el té y las pastas seguramente ya dispuestas sobre la mesa de la cocina.

Escuchó de nuevo la misma voz. La voz de un hombre.

Se dio cuenta de que tenía la falda levantada y las bragas al aire. Unas bragas rojas de La Perla. Pensó en cubrirse pero seguía sin poder moverse. No le dolía nada, o al menos no era capaz de sentir ningún dolor.

Miró sus piernas; siempre había estado muy orgullosa de sus piernas. Lo cierto es que, para una madre de más de cuarenta años, tenía un cuerpo estupendo. Había sido fiel al gimnasio Reebok, dos veces por semana durante las últimas dos décadas; ahora todo ese esfuerzo se vería recompensado. Cuando llegaran los bomberos, la policía, la ambulancia, ese hombre que gritaba ahí fuera, cuando estuvieran todos alrededor mirando sus magníficas piernas y sus bragas rojas de La Perla, estaba segura de causar buena impresión. Pensó que tal vez más tarde, cuando todo el asunto hubiese acabado, cuando los paramédicos estuvieran guardando la ambulancia en la cochera, cuando los policías bajasen al bar una vez terminado el servicio, cuando ese hombre que gritaba les hablase del accidente a sus amigos, tal vez hubiera un guiño, una sonrisa, una referencia a aquella estupenda señora de las bragas rojas que encontramos boca abajo dentro de un Volvo.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Sabía que se trataba de su marido. «Ahora verás», pensó, tratando de avivar su resentimiento. Estaba segura de que llevaba tiempo engañándola. Para empezar, llamaba demasiado. Después de tantos años de matrimonio, un hombre no llama a su mujer constantemente a no ser que se sienta culpable o que piense que ella le está engañando. Esa posibilidad quedaba descartada; Andreas andaba siempre demasiado ensimismado como para ser celoso. La engañaba. No cabía la menor duda. No tenía siquiera que probarlo. Le daba igual con quién, o cuándo, o desde cuándo. No tenía la menor intención de investigar, ni perseguir, ni acorralar. Para ella, el juicio había terminado y no había apelación posible. Lo sentía en los huesos.

El teléfono seguía sonando. Martha sintió una pena enorme al imaginarse a su marido al otro lado. Le hubiese gustado sentir rabia, pero todas las formas de ira le estaban negadas. No tenía el coraje suficiente. Sólo era capaz de sentir una pena inmensa que lo apagaba todo, como si en la pequeña extensión de asuntos triviales que consideraba su mundo se estuviera acabando el verano, y sus días, uno tras otro, se estuvieran haciendo más cortos. Cada vez más oscuros y más fríos.

Cuidado con las ardillas

NO hay nada peor que ser el más pequeño de los ratones. Si los ratones pudieran pensar, pensar de la manera que pensamos nosotros y no de esa manera tan torpe, luz roja, palanca, queso, en que piensan los ratones, esto es lo que estaría pensando *Missy* en este mismo instante. Tal vez es pronto para llamarlo *Missy* o cualquier otra cosa, porque este ratón, el más pequeño entre un millón de ratas monstruosas, aún está lejos de tener un nombre. Eso vendrá luego. Si esto fuera una película, una de esas absurdas películas de animales, junto a esta primera secuencia podríamos poner: «*Missy* en *flash back*» y así atar su nombre a este ratón en particular para diferenciarlo de los otros, para sacar un buen primer plano de su cara de ratón vulgar y corriente. Tal vez podríamos rodar esto en blanco y negro para dejar claro que es algo que ya ha sucedido o incluso adornar estas primeras escenas con una música de violines, o mejor flautas, que suenan más a ratón. Aunque quizá sería ir demasiado lejos. El caso es que este ratón al que luego llamaremos *Missy* se asoma a la esquina de la 72 y Central Park West, justo enfrente del edificio Dakota, justo enfrente de la garita del portero y la gran puerta enrejada en la que hace ya veintitantos años que un lector confundido de *El guardián entre el centeno* disparó a bocajarro contra John Lennon y, una vez allí, ignorando como ignoran los ratones todo acerca de la intrahistoria de esta ciudad o de cualquier otra, se detiene a mirar los árboles inmensos y las suaves y verdes colinas de Central Park. Fascinado por el paisaje, se aventura a cruzar la calle a pesar de que el tráfico, no abundante —al fin y al cabo es domingo y muy de mañana— pero sí frecuente, aconseja no alejarse de las rebosantes bolsas de basura que descansan enfrente del Sambuca, un más que agradable restaurante brasileño. De hecho, las ratas, que son más grandes y más sabias, desprecian el parque por completo y se dedican a entrar y salir de las grandes bolsas negras de plástico a las que con tanto ir y venir han dotado ya de vida propia. Ese ligero movimiento espasmódico tan característico de las bolsas de basura en esta ciudad, que parece imaginado y que los neoyorquinos han aprendido a ignorar con tanta elegancia. Pero este ratón, *Missy*, o como quieran llamarlo, ya ha desayunado; es más, gracias a un buen pedazo de melón que le llegó rodando sin saber cómo ni de dónde, había juntado la cena del día anterior con el desayuno de esta soleada mañana de domingo, lo que le lleva a uno a preguntarse cuándo demonios duermen los ratones y si es que duermen alguna vez. Así que *Missy*, al igual que todos los que tienen ya la tripa llena, y aquí es donde los ratones y los hombres nos encontramos en una ridícula metáfora, está más interesado ahora mismo en la investigación que en la comida. Por decirlo de alguna forma, lo que *Missy* necesita es alimento para el

espíritu, y el parque, aún tranquilo a estas horas, consigue despertar el interés desmedido que las cosas más grandes suscitan a menudo en los seres más pequeños.

Así que *Missy* se lanza a la aventura, y esta historia se salva de ser muy corta por apenas dos centímetros, los que separan las ruedas de un Lincoln de la cabeza del roedor; un susto muy serio en cualquier caso para un ratón que está aprendiendo muy deprisa. A partir de ahí, *Missy* se toma el resto de su expedición con una chistosa gravedad, recién incorporada a su cambiante carácter. Si es la experiencia lo que modela nuestra existencia, los ratones tienen que cambiar a la fuerza cientos de veces a lo largo de un día. Tal es la variedad de acontecimientos que pueden llegar a acumularse en el transcurso de unas horas, que es a menudo todo el tiempo de que dispone un ratón para cerrar ese círculo al que seres más desarrollados con mejor asistencia sanitaria y una estructura de servicios más sofisticada llamamos «vida».

En fin, para no eternizarnos, diremos sólo que, tras dos o tres sustos más, el dichoso ratón llega sano y salvo al otro lado de la calle y pasa tranquilamente por debajo de un puesto de perritos calientes y otro de gorras y camisetas de los New York Yankees hasta llegar a Strawberry Fields. Una vez allí, cruza el monumento a John Lennon, apenas una circunferencia en el suelo de cemento con una placa en el centro; resbala sobre la placa que conmemora la gloria del Beattle y se pierde entre la hierba.

«Qué maravilla», se dice entonces, si es que los ratones se dicen algo (probablemente no, pero qué más da, si nosotros tampoco nos decimos nunca nada fuera del absurdo mundo de la literatura) y echa a correr entre la hierba.

Una vez allí, se detiene por un instante junto a un niño que le sonríe, o eso cree el ratón, y junto al padre del niño, un gigante, que sólo bosteza malhumorado, como si el mismo demonio le hubiera arrancado de la cama.

Sería fascinante ver el mundo desde los ojos de un ratón: el sonido monstruoso de un bostezo o las manos enormes de un niño de seis años y hasta el tamaño imposible del sol, pero sería también insoportablemente cursi así que mejor vamos con lo que estábamos. Lo verdaderamente importante, lo que va a cambiar el curso de esta pequeña historia, pequeña para nosotros, no para el pobre ratón que no tiene otra, lo esencial en este asunto es que *Missy* está a punto de descubrir por qué los ratones y las ratas evitan por igual este parque encantador.

¿No ha tenido nunca la sensación de que alguien le observaba por la espalda? Esa extraña certeza de tener la mirada de un extraño clavada en el cogote. Pues bien, los ratones no son ajenos a tales sensaciones o tal vez es todo cuestión de olfato, el caso es que *Missy* se vuelve de pronto y apenas tiene el tiempo justo de esquivar a una ardilla que se le venía encima. El ratón levanta la cabeza y ve fugazmente, entre las ramas de los árboles, no a una, sino a dos, tres… cuatro ardillas furiosas a la caza de un ratón. Es de suponer que una descarga de adrenalina recorre la corta espina dorsal

del roedor, hasta explotar en su cerebro en ese instante. Un segundo después ya no hay tiempo para el miedo. Antes de que la más audaz de las ardillas cargue de nuevo, *Missy* corre ya hacia la salida del parque. Deja atrás la pradera de hierba, cruza de nuevo el monumento a Lennon, saltando por encima de dos rosas que alguien acaba de dejar sobre la placa conmemorativa, y sale de nuevo a Central Park West, aunque esta vez en lugar de cruzar en dirección a la calle 72 gira a la derecha y sigue subiendo en paralelo al parque, hacia el norte. Corre dos manzanas más antes de voltearse siquiera y, cuando por fin lo hace, comprueba con alivio que las ardillas no le han seguido hasta allí. Lo cierto es que las ardillas rara vez salen del parque, pero esto es algo que *Missy*, un ratón nacido hace literalmente seis días, no tiene forma de saber. A la altura de la 74 recobra el aliento y con la ayuda inesperada de un semáforo en rojo, que a los ojos diminutos y el escaso entendimiento de este pobre ratón viene a ser como el señor separando las aguas para Moisés y su pueblo, *Missy* cruza la calle tranquilamente junto a un corredor que anda tomándose las pulsaciones y una mujer que lleva un perro metido en un viejo cochecito de bebé.

Missy continúa calle arriba, tal vez atraído por el olor de la pizza de Patsis, entre la 74 y Columbus, hasta llegar a la puerta de nuestro edificio. Allí se encuentra, es un decir, con Charlie, que está apoyado en la escalera de la entrada fumando un cigarrillo. Puede que Charlie vea entonces entrar al ratón en el edificio o puede que no, todo son conjeturas. En cualquier caso, resulta evidente y, en realidad, más que comprensible que a Charlie, la suerte de los que allí vivimos le interesa de una manera imperfecta y general, que diría Hölderlin.

Lo viera o no Charlie, el pequeño ratón estaba ya dentro.

El pene de Ulrich

ANDREAS Ringmayer III tenía un pene normal. Por supuesto que hubiese querido un pene más grande, y quién no, e incluso pensaba que se lo merecía, y quién no, pero se había acostumbrado al tamaño de su pene y hasta le había cogido cierto cariño. El grosor de su pene, que es un asunto de vital importancia aunque no lo suficientemente tratado, era más que considerable y tal vez ésa era la razón principal por la que hacía ya años Andreas había decidido firmar un pacto inquebrantable con su pene. Si su más preciada prolongación no añoraba un hombre mayor en talento, imaginación o bravura, el hombre que la sujetaba no le pediría a su vez esos centímetros extra que en la cabeza de Andreas separaban al amante normal del amante extraordinario. Ni que decir tiene que en otros tiempos Andreas había envidiado el pene de su hermano Ullrich, que era igual de grueso y considerablemente más largo, pero al pasar los años y ver lo poco que había hecho su pobre hermano con su vida y con su pene, Andreas se había reconciliado alegremente con su pene y con su vida. Ullrich era dos años menor y, en general, menos dotado que él mismo: más torpe, más lento, menos locuaz, peor estudiante también, e incluso menos agraciado físicamente. Eso para empezar. El transcurso de sus muy dispares existencias había exagerado aún más las diferencias. Ullrich no sólo era más pobre que él, sino que apenas había tenido éxitos tangibles en el área laboral —no era más que un mediocre especialista en cubiertas de tejado impermeables—, ni en cualquiera de las otras áreas que uno pudiera considerar importantes. Su mujer, una buena chica de San Diego, era más fea, pero mucho más fea que la suya, y sus dos hijos, el pequeño Tom y la pequeña Sidney, eran simpáticos pero gordezuelos y no tenían, a juicio de Andreas, el aspecto de los que llegan lejos, sino más bien la boba actitud de los que apenas están capacitados para intentarlo. Aunque, por supuesto, eso con los niños nunca se sabe. Su hijo Andreas, por contra, tenía ese brillo en los ojos, esa gracia natural, ese no sé qué… Y no es que lo dijera él, al fin y al cabo un hombre nunca es objetivo en la apreciación de sus hijos como no lo es en la apreciación de su pene; es que lo decía todo el mundo. Si era casi un clamor. Hasta la profesora de piano, una señora muy rácana en elogios, le había dicho más de una vez esas palabras que a un padre le suenan a música celestial: este chico tiene madera. En fin, que en conjunto, contando lo uno y lo otro, la envidia de pene que Andreas había desarrollado en la adolescencia por culpa de su hermano Ullrich había ido remitiendo y, aún más, se había ido transformando en una mezcla de compasión y sentimiento de superioridad. Acaso no van siempre esas dos de la mano.

Con todo, no cabía duda alguna de que el pene de su hermano era

considerablemente más grande que el suyo, y da una rabia cuando esos dones caen tan cerca, en la propia familia, en la cama de al lado, y no en uno mismo. Andreas no podía evitar pensar de cuando en cuando cómo hubiera sido su vida con el pene de Ullrich. Sabía que no era justo separar a su hermano y su triste vida de su pene, porque eran todo uno, pero aun así… Nadie podía quitarle el derecho a pensar que a veces Dios se equivoca al repartir sus favores y si no sería mejor que Dios se dedicara a amontonar las virtudes en lugar de diseminarlas. La excelencia y no el equilibrio debería ser la meta. ¿No vale más un héroe que dos o tres o un millón de hombres vulgares? Pero en fin, el asunto tenía ya mal arreglo. A Ullrich le había tocado el pene más grande, y a Andreas, todo lo demás. No era mal reparto.

Tampoco es que Andreas Ringmayer III se pasase el día pensando en su pene, ni mucho menos. Andreas tenía un centenar de cosas más importantes en las que pensar. Era socio de un bufete de abogados, por el amor de Dios, y no uno cualquiera, Goldman, Parson, Ringmayer & Roth, y no se llega a poner Ringmayer entre Goldman, Parson y Roth mirándose el glande. Andreas estaba a lo que estaba y su atención, dedicación e instinto felino no se separaban un milímetro de sus obligaciones de lunes a jueves, pero el caso es que era viernes y los viernes Andreas se dedicaba a descargar las tensiones de la semana dedicándole a su pene la atención que el resto de la semana le negaba. No había sido siempre así, en realidad empezó a reservar los viernes para poner en práctica un revolucionario sistema de magnificación de eficacia diseñado en sus viajes por África Oriental, mientras llevaba el caso de una empresa conservera que había demandado al Departamento de Aduanas por una injusta retención masiva de sus productos por culpa de un informe erróneo del Departamento de Sanidad acerca de una epidemia en las costas de Madagascar. Un asunto endiablado del que Andreas había salido con aplomo, consiguiendo una jugosa indemnización. El caso es que allí precisamente, frente a las playas de Muguto, había conocido Andreas a un extraño sujeto llamado Nou ’’Pah, un viejo pescador del que en el transcurso de un breve encuentro había extraído enseñanzas que le habían servido para elaborar su plan personal de objetivos y resultados. Nou ’Pah, que era un cazador de arco y flecha, le había dicho mirándole a los ojos: «De nada vale apuntar con la precisión del lince y tener el pulso del águila si no emplea uno el tiempo suficiente en tensar el arco». De manera que a partir de entonces Andreas se había reservado los viernes para tensar el arco, algo que al principio significaba vigilar la maquinaria que habría después de utilizar durante la semana para seguir defendiendo con eficacia los intereses de sus clientes, de su empresa y, a la postre, los suyos.

Tras cinco años de tai chi, ejercicio físico, masaje shiatsu, psicoanalista y búsqueda de su juego interior, o lo que su mujer llamaba despectivamente «clases de tenis», lo cierto es que en los últimos tiempos Andreas empleaba los viernes

básicamente a deambular por Manhattan con las manos en los bolsillos, a dar vueltas por el parque, a entrar y salir del cine, a ojear revistas pornográficas en los pocos *sex shops* que seguían abiertos.

Y aquí es donde entran Zen Zen y Zen Lee. Desde el mismo día en que había visto a las dos adorables coreanas, sus pequeñas jornadas de asueto se habían vuelto sórdidas, insignificantes e imposibles, y Andreas no había tenido más remedio que dedicar sus mañanas por completo a pensar en esas dos mujeres que ni siquiera conocía. Ahora se trataba de pasar a la acción. De agarrar esta obsesión por los cuernos. De echarle el lazo a esas pájaras o morir en el intento.

Los viernes, sin ellas, ya no tenían sentido, ni lo tenían, para qué engañarnos, el resto de los días.

Gravedad cero

MOLLY estaba en el cementerio de Trinity en Wall Street junto a la iglesia que fue un día, cuesta creerlo, el edificio más alto de Manhattan. No porque tuviera a algún familiar enterrado, allí sólo descansan los huesos de los padres fundadores, sino porque le gustaba pasar las tardes haciéndose a la idea. Según sus cálculos debía haber muerto ya hace tiempo, en 1996, por ejemplo, durante la tormenta de nieve que enterró Manhattan, en el único día de silencio que recordaba en la ciudad. O en 1950, en el incendio del Apollo. O tal vez un día cualquiera, víctima de un vulgar enfisema. Molly fumaba y fumaba mucho, pero tenía ya ochenta y dos años y aún no estaba muerta.

También se encontraba, en ese mismo instante, sentada en la barra del Barney''s Castle, un desvencijado bar irlandés que como ella había alcanzado el siglo XXI de milagro. Molly tenía un don, era capaz de estar en dos sitios al mismo tiempo, siempre que esos dos sitios no estuvieran muy lejos.

Sólo la música del *jukebox* le hizo decidir entre un lugar y otro, entre el viejo cementerio y la barra del Barney's Castle. «Estoy aquí», se dijo, y al abrir los ojos vio su vaso de ginebra, la bebida de las damas, y su paquete de Chesterfield y se sintió como en casa. Estar en dos sitios a la vez era parte de Molly como el pelo blanco sobre los hombros, las gafas oscuras o la tos crónica. Una tos que no iba a llevarle a la tumba sino que estaba allí para acompañarla.

Molly escuchó la canción, una de esas tristísimas canciones irlandesas, con los ojos abiertos. Se titulaba «Si vas al baile» y era una de tantas. Molly las había oído todas durante los últimos quince años y apenas diferenciaba una de la otra. Un hombre sentado junto a la máquina de discos tarareaba sin mucha precisión, como si estuviera siguiendo a la persona equivocada. Esto tampoco era nuevo: a la gente le da por beber y a la gente le da por cantar. Patatas y ketchup. Es inevitable; Molly lo sabía y estaba acostumbrada, por más que la voz de aquel hombre, escuchada bajo la música de la máquina, sonara como la voz de un ahogado, como la voz de los muertos abriéndose paso entre la voz de los vivos.

Al terminar la canción, Molly cerró de nuevo los ojos y volvió a dudar de dónde estaba. No había mucha distancia entre el cementerio, en Broadway, y Barney's Castle en la calle Church, apenas tres manzanas, y sin embargo Molly se sentía muy orgullosa de su don.

Por lo demás, apenas sacaba ya el pecho por nada. Ni había sido muy hermosa, ni tenía ya fuerzas para mentir al respecto. Despreciaba a esos ancianos que, borradas ya las huellas visibles de lo que fueron, se dedicaban a la agotadora tarea de

reinventarse. Despreciaba profundamente las mentiras y la memoria eufórica. No se sentía capaz de seguir ese camino. Si acaso al contrario, cuando hablaba de sí misma y de su pasado, cosa que no sucedía a menudo, Molly se recordaba siempre con deliberada malicia. Era la forma que tenía de negar una derrota que no consideraba especialmente espectacular ni apasionante, una derrota que la aburría soberanamente, una derrota que no era a la postre tan distinta de la de cualquiera. «Primero se vive y después se muere —pensaba Molly—. Y eso es todo».

¿Y si alguien la saca a bailar? Pues Molly declina la invitación con dulzura y santas pascuas. Y, en cualquier caso, hacía ya mucho que eso no pasaba. O tal vez no. De pronto Molly recordó al viejo alemán, y quien dice viejo dice alguien que está arañando la centena, que movió los pies alrededor de su taburete con cierta gracia mientras gritaba con un acento insumergible: «¿Te apetece?».

A Molly no le hacían especial gracia los viejos, y era así como los llamaba, «viejos». No soportaba esos ridículos eufemismos que utiliza ahora la gente. Le sonaban a broma de mal gusto. A promoción de casitas prefabricadas en Florida. A caza mariposas y terapia ocupacional. A disparo en la sien y acabemos con todo. Molly no sabía muchas cosas, la gente a menudo sobreestima lo que una vida da de sí, pero sabía a ciencia cierta que la hora de cerrar no era la mejor hora del día. A pesar de todo, y Molly sería la última en reconocerlo, aquel anciano alemán con su breve zapateo, con sus grotescos pasitos de claqué, la había hecho sonreír. Tal vez porque cualquier muestra de agilidad en un lugar como ése y entre una clientela así refrescaba la piel como la lluvia en el desierto.

Molly tomó un sorbo de ginebra y encendió otro cigarrillo. De pronto encontró cierto equilibrio y ya no quiso seguir mirando las tumbas del cementerio, así que decidió terminar con su desdoblamiento y agarrarse a la barra de Barney’s. Experimentaba con frecuencia estos extraños momentos de gravedad cero en los que parecía que la sala se daba la vuelta y los viejos se sujetaban a los taburetes, a la barra, unos a otros, para no salir flotando hacia el techo, como astronautas.

Después, por un buen rato se movían muy despacio, con pies de plomo y manos enguantadas, temerosos, no tanto de caerse como de salir volando. Molly recordaba haber visto en la televisión el famoso paseo lunar, la rígida bandera, la parodia del golf, la huella blanca, los saltitos; esto era igual, sin los saltos. Al fin y al cabo estos astronautas eran ya perros muy viejos y sus escafandras estaban hechas de whisky irlandés y ginebra. Por lo demás, en esos instantes, el Barney’s Castle era la luna.

Este era el pico más alto del día de Molly, la hora feliz, el momento en el que el tiempo verdadero coincidía por un segundo con los relojes parados. Hasta ese momento era todo una penosa cuesta arriba, a veces caminando por dos sitios a la vez y, desde allí, una penosa cuesta abajo. Los zapatos de tacón clavados en la grava para evitar despeñarse.

Y aún quedaba mucho para volver a casa.

En su apartamento, cerca del South Port, no había nada que le resultase especialmente agradable, ni nada que precisase de su atención; no tenía plantas ni gatos ni perro. No era buena cocinera, ni leía demasiado, ni guardaba las fotos en álbumes para revisarlas después con una taza de té en la mano. Molly sólo paraba en casa para dormir. Su vida se iba ahora entre el Barney''s y sus muchos paseos por el barrio, la mayoría imaginados, pues a estas alturas le daban menos juego los pies que la memoria.

Su último amante había muerto hacía ya veinte años. No echaba de menos los besos, ni el sexo; echaba de menos algunas conversaciones, las graciosas, y hasta algunas peleas. La excitación de odiar a alguien por unos segundos y la paz que le producía perdonar después. Si vivir es perdonar, Molly había cumplido con creces. No tenía mucho que reprocharse.

Como solía decir, «no hay agua en mi ginebra».

Molly le hizo una seña al camarero. El camarero rellenó su copa.

—¿Se acuerda de Arnie?

Molly tardó un momento en contestar. No estaba acostumbrada a grandes charlas con el camarero, un tipo aseado y agradable por lo demás.

—¿Arnie? ¿El de los pianos?

El camarero asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa con él?

—Ha muerto.

—Ya —dijo Molly, y encendió un cigarrillo. Tampoco era gran cosa; todos los meses se moría alguien.

—¿Quiere saber cómo murió?

Molly no tenía especial interés, pero supuso que era una pregunta retórica. Así que no dijo nada.

—Se cortó el cuello con una taza de café.

—Ah —dijo Molly, tratando de desesperar al camarero con su falta de curiosidad.

—¿No le parece una forma muy rara de morir?

Lo cierto es que sí se lo parecía, pero a Molly le irritaba el entusiasmo que demuestra la gente ante lo extraordinario. En su vida había visto muchas cosas extraordinarias y ninguna buena. La muerte del vendedor de pianos sólo era una más.

Si hubiese salido un cocodrilo del Hudson y hubiese caminado entre los ejecutivos de Wall Street hasta la puerta de la tienda de pianos de Arnie en la calle John no le hubiera prestado más interés. A Molly le daba igual cómo se moría la gente.

—Se desmayó y cayó sobre una taza de café rota —gritó alguien desde el otro extremo de la barra.

—Así es como ocurrió.

El camarero se fue para allá, contento de encontrar a alguien con quien comentar el suceso.

Molly agradeció la interrupción, contenta de volver con sus cosas. Miró alrededor y después hacia la calle, guiñando los ojos, tratando de acostumbrarse a la luz blanca que entraba por la puerta abierta. Después se giró hacia su compañero de barra y vio que se trataba del viejo alemán centenario, el bailarín, sólo que sus días de baile parecían por fin acabados.

El hombre sonrió a Molly y Molly le devolvió la sonrisa. Definitivamente, había algo agradable en aquel tipo. Molly le miró a los ojos, que eran azules y bastante alegres, no alegres como los ojos de un niño, alegres como los ojos de un viejo, y le dijo:

—Somos tan felices como cualquiera.

El anciano alemán arrimó el oído con un extravagante movimiento de cabeza. No estaba el hombre en condiciones de escuchar las cosas a la primera.

Molly no se molestó en repetirlo.

La zorra del campus

ME llamo Ezequiel —dijo el hombre, asomándose a la ventanilla del Volvo; no agachado con la rodilla en tierra, como debería haber hecho, sino doblándose en una dolorosa contorsión que hacía que Martha pudiera ver sus pies y su cara al mismo tiempo y casi nada de su cuerpo, como si se tratase de dos personas a la vez, una en pie y otra colgando boca abajo.

—Me llamo Martha —respondió Martha, más sorprendida por ser capaz de hablar que por lo absurdo de tan formales presentaciones.

—Siento mucho… —dijo el hombre, y después se detuvo.

Martha pensó que el destartalado Volkswagen escarabajo que la había sacado de la carretera debía de ser suyo.

Ezequiel se quedó un buen rato mirando a Martha, evitando mirarla y mirándola en realidad, tratando de ver si estaba entera, si estaba herida, tratando de no reparar en sus piernas ni en sus bragas rojas. Se tranquilizó al no ver sangre ni heridas aparentes.

—Está bien —dijo.

—¿Qué está bien? —preguntó Martha, desconcertada.

—Usted… está bien… No está herida.

—¿Es usted médico? —preguntó Martha.

—No —contestó Ezequiel—. Profesor, profesor de literatura.

—Ya. —Martha comenzó a impacientarse. Ezequiel no parecía un hombre de acción.

—¿Puede sacarme de aquí? No creo que pueda moverme.

—¿No puede moverse?

—No lo sé, no lo creo, tengo miedo…

—He llamado —dijo Ezequiel asomando su teléfono móvil por la ventanilla, para demostrar que era cierto—. He llamado al 911. Ya están en camino.

Martha volvió a preguntar, esta vez suplicando.

—¿Puede sacarme… por favor?

—No… no… Es mejor no moverse, no moverla a usted. He leído…

—¿Ha leído?

—He leído que es mejor no mover a la víctima, en caso de accidente.

Martha sintió una punzada en el corazón al oír la palabra «víctima». No pensaba que fuera una víctima, no se le había ocurrido pensarlo.

—¿Y si arde el coche?… ¿Y si explota?

Ezequiel levantó la cabeza y miró por encima del vehículo. No vio humo ni nada

que pareciera indicar que el coche pudiera arder, mucho menos explotar.

Después volvió a bajar la cabeza hasta la altura de la ventanilla.

—No hay humo.

—¿No hay humo?

—No, no creo que vaya a arder.

—Y usted qué sabe. ¿Es usted mecánico?

—No, soy profesor de literatura. Bueno, era… Me fui, es decir, me expulsaron… sin justicia. Sin justicia ninguna. Este país… es magnífico, sí, pero también horrible. Le demandan a uno sin más, le hacen un daño irreparable. Sin pruebas… no se tienen en cuenta ni el prestigio ni… —Ezequiel se dio cuenta de que estaba hablando demasiado.

Levantó de nuevo la cabeza y miró hacia la carretera.

Luego volvió a inclinarse.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —Martha no pudo evitar que su voz se rompiera por el miedo.

—No puede dejarme aquí, sola.

—No. Sola, no. Ya vienen.

—¿Quién viene?

—La ambulancia. He llamado.

—No… por favor… espere. Sáqueme de aquí. No se vaya.

—No puedo quedarme. Mi situación legal es delicada. Me retiraron el visado. ¿Sabe usted? Por ese asunto, ese asunto del que le hablaba.

—¿Qué asunto? —preguntó Martha, que estaba dispuesta a escuchar lo que fuera con tal de no quedarse allí sola, colgada patas arriba.

—Ese asunto. El chico. Él fue quien vino a verme. Yo sólo abrí la puerta. No era abuso. ¿Ve usted? Ese chico era un demonio. Le llamaban «la Zorra del Campus». Yo lo sabía, pero era guapo. Era muy guapo. Un demonio. Él vino a mi habitación, a hablar de Juan Rulfo, figúrese, eso dijo. Tengo a Juan Rulfo en la cabeza. Pero llevaba una camiseta ajustada y los pantalones muy bajos, en las caderas. —Al decir esto, Ezequiel hizo un gesto muy coqueto—. Juan Rulfo en la cabeza. No te jode. Tenía… tenía un bulto.

—¿Un bulto?

—Una erección. Una erección muy grande. Allí, al abrir la puerta. Ya tenía una erección. Juan Rulfo en la cabeza y esa… esa erección ahí abajo. No tenía ningún sentido. Le hice pasar. No fue abuso. ¿Ve usted? Ni siquiera mencionamos a Juan Rulfo una vez hubo entrado.

Ezequiel se quedó entonces en silencio, tratando de escuchar a la ambulancia. Miró de nuevo a la carretera.

Martha volvió a asustarse.

—No se vaya.

—Tengo que irme. ¿No ve usted? Me retiraron el visado. Hace ya seis años. Soy un ciudadano ilegal. —Ezequiel sabía bien que no existía tal cosa, pero se había negado durante todo este tiempo a emplear la palabra «emigrante». Había entrado en el país con todas las de la ley y se negaba a abandonarlo con cualquier otro estatus.

—Ya vienen, tengo que irme.

—¿Y yo? —preguntó Martha; su voz, delgada como la de una niña.

—Usted estará bien. Ya casi están aquí.

—¿Dónde?

—Allí —dijo Ezequiel señalando la carretera.

—No oigo nada. No oigo sirenas. ¿No deberían tener sirenas? Siempre se oye la sirena antes de ver la ambulancia.

—Tengo que irme, de verdad, no puedo…

—¿Cómo se llamaba el chico?

—¿El chico?

—El chico… el del bulto… ¿Cómo se llamaba?

—Andy.

—*Andy… la Zorra del Campus*…

—Así le llamaban.

—¿Volvió a verle?

Ezequiel estaba cada vez más nervioso.

—No… no puedo contarle… No puedo hablar más. Me deportarán. No lo entiende. No quiero volver allí.

—¿Dónde? ¿De dónde es usted?

—Maracaibo, Venezuela.

—¿Es bonito?

—Muy bonito, sí. Gran país, pero no quiero volver, yo estoy bien aquí. Me gusta Nueva York…

Ezequiel comenzó a dar pasitos hacia atrás. Sin levantar la cabeza, manteniendo la mirada en los ojos de Martha.

Martha veía cómo sus zapatos se alejaban con pasitos muy cortos, como dos animales asustados.

—No… por favor —dijo, y trató de extender su mano, sin éxito.

—Ya están aquí, ya oigo las sirenas… ya vienen…

Ezequiel se levantó y comenzó a correr hacia su coche. Martha trató de gritar, pero no pudo. «Maldito maricón», dijo. Y se echó a llorar.

Sombreros

CHARLIE pensaba que el cielo sería muy parecido a Central Park, pero sin ardillas. No era un hombre que conociese bien las Sagradas Escrituras, pero no pensaba que las ardillas pudiesen entrar en el Reino de los Cielos. Al fin y al cabo, no tenían alma. Ni las ardillas, ni las ratas, ni ningún otro animal en realidad. Tal vez los perros. A Charlie le gustaban mucho los perros. Los perros hacían cosas por la gente y a veces te miraban con esos ojos que parecían comprender nuestros asuntos. Charlie sólo había tenido un perro, no en Manhattan, porque aquí había que ser rico para tener uno, sino en Transilvania. Un labrador negro que era muy simpático y aplicado y magnífico nadador, como todos los labradores, pero que tenía la desagradable costumbre de comerse sus propias heces, algo que a Charlie le parecía muy poco adecuado y que al abuelo de Charlie le parecía aún peor y, por eso, el abuelo de Charlie había terminado por coger una escopeta de dos cañones y había acabado de una vez por todas con esa maldita costumbre y con todas las otras costumbres de aquel pobre animal. Pero los perros y otras bestias hacen esas cosas. Comerse sus heces y chuparse sus penes y cosas por el estilo, todas muy desagradables y muy impropias del Reino de los Cielos. Aunque lo cierto es que Charlie, al menos una vez durante la adolescencia, cuando la frenética masturbación y la falta de oportunidades le llevan a uno a perderse en una excesiva fascinación por el instrumento propio, había intentado chupársela sin éxito. Y si se libró de tan bochornoso episodio no fue por falta de ganas, sino porque el pobre Charlie tenía el cuello más bien corto. En cualquier caso, Charlie, que no era un hombre que conociese bien las Sagradas Escrituras, no recordaba haber oído hablar de animales en el Reino de los Cielos. Si acaso Noé, que había metido todos aquellos bichos en un arca, pero eso no era exactamente el Cielo, sino un diluvio muy antiguo. El labrador se llamaba *Hagi*, como el famoso jugador de fútbol, un hombre con un disparo a puerta impresionante capaz de marcar desde sesenta metros, una gloria nacional. Charlie, que en aquel tiempo era Gerald, le puso *Hagi* a su perro porque era un gran admirador del número 10 de la selección nacional y jugador del Barcelona y del Real Madrid, y probablemente el mejor futbolista rumano de todos los tiempos, pero luego, al descubrir la afición de aquel perro a comerse sus propias heces, pensó que se había equivocado, y hasta que su abuelo acabó con el pobre bicho de un disparo en la cabeza se sintió muy mal. Claro que después se sintió aún peor, sobre todo cuando su hermana Georgina salió a la calle gritando: «El abuelo ha matado a *Hagi*», y el pueblo entero pensó que aquello era una falta de respeto para con un héroe nacional.

En realidad Charlie pensaba que el Cielo sería muy parecido a Manhattan porque

antes había imaginado que Manhattan sería muy parecida al Cielo. Eso sí, con notables diferencias. Para empezar, todo el mundo llevaría sombrero: las mujeres, pamelas, y los hombres, sombreros de fieltro, como esos que llevaban los actores en las películas antiguas, esos sombreros que ponían sobre la mesa antes de amenazar a alguien y que se empujaban para atrás con el dedo antes de besar a las chicas o mientras estudiaban el programa en las carreras de caballos. Charlie no estaba seguro de que las almas llevaran sombrero, ni siquiera estaba seguro de que tuvieran cabeza; pero estaba convencido de que, si al final las almas tenían cabeza, llevarían sombrero. Tenía también la esperanza de que, en el Cielo, no hubiera coches, no porque le molestase el tráfico, ni el ruido, ni el humo, sino porque los coches de los unos a menudo generan la envidia de los otros y esto en el Cielo le parecía muy poco apropiado. Y había más en el Manhattan-Cielo que Charlie imaginaba: los mejicanos y los rumanos y las bailarinas desnudas del Dolls y hasta los negros vivirían en los áticos con terraza de la Quinta Avenida y en los *lofts* del Soho y Tribeca y en las casas de piedra marrón de Chelsea y el Village y en los solemnes edificios de antes de la guerra, como el Dakota o el Ansonia, mientras que los anglosajones blancos repartirían tacos y sándwiches y rollitos de primavera a domicilio en destartaladas bicicletas. No se pensaría en inglés. Charlie había empezado a pensar en inglés aproximadamente a los dos años de llegar a Manhattan y desde entonces no había pensado gran cosa. Ni siquiera se dio cuenta de cómo ni por qué empezó a pensar en un idioma distinto al suyo. Simplemente sucedió. Al principio se trataba de reacciones automáticas. Palabras que le salían de la cabeza sin darse cuenta. *Shit, damm it, mother fucker*. Insultos. Ladridos. Al poco se dio cuenta de que lo pensaba todo en un idioma extranjero y que incluso su madre hablaba en esa extraña lengua en el mundo impreciso de sus recuerdos.

Tampoco habría Yankees y Mets sino un alegre combinado con lo mejor de cada casa, con un Mike Piazza ya muy relajado, en el Cielo no hay rumores y si uno es o no homosexual carece de importancia, y con un Dereck Jeeter eternamente condenado a su mejor forma. Los taxistas seguirían teniendo un acento pronunciado, pero sería acento rumano que era el único que Charlie era capaz de entender. El *show* de Letterman duraría una hora y no treinta y cinco minutos. Nevaría todo el año, pero nunca haría frío, ni mucho calor, y la humedad rara vez pasaría del treinta por ciento. Las paredes del Holland Tunnel serían de cristal y estaría permitido fumar en todas partes porque, al fin y al cabo, en el cielo todo el mundo está ya muerto.

Resumiendo, que estas cosas del Cielo son muy cursis, el Cielo que se imaginaba Charlie era como Manhattan pero mejor, y él pensaba entrar tan campante, una vez que atase sus tirantes al aplique del techo y decidiera si tenía que darles una o dos vueltas para que el elástico le mantuviera los pies suficientemente lejos del suelo. Claro que Charlie había oído hablar de esa estúpida teoría según la cual los suicidas

no van al Cielo ni pueden ser enterrados en cementerios cristianos, pero Charlie era un hombre con criterio propio y pensaba que si Jesucristo fue derecho a la cruz y hasta la cargó él mismo, en fin, que puso todo de su parte, lo suyo no tenía por qué presentar problema alguno.

Lo cierto es que no era la primera vez que Charlie pensaba en colgarse; ya lo había intentado una vez, hará ahora dos años, en ese mismo sótano, pero en aquella ocasión le entró hambre. Charlie era muy comilón y decidió pasarse por Big Nick''s a comerse una hamburguesa y después le tentó el *cheese cake*, que allí hacen muy bueno, y al acabar le entró sueño y se fue para casa a echar la siesta, y al despertarse se dio cuenta de que le quedaba ya poco tiempo para empezar a sacar la basura, así que cogió su llavero de treinta y seis llaves y se puso con eso. Y luego se pasó por O'Sullivans a tomarse una cerveza y puso una canción de los Carpenters en el *jukebox*, y entre unas cosas y otras se le fue el santo al cielo. Y al día siguiente su mujer le dijo que estaba embarazada y pensó que era muy mal momento para darle un disgusto y lo fue dejando pasar.

Ahora que el niño estaba ya criado y que había tenido la precaución de comerse un par de perritos y un zumo de papaya en Green Papaya's, no veía razón alguna para no llevar a cabo su viejo plan y acabar con el asunto de una vez por todas.

Charlie ató los tirantes al aplique y sujetándolos fuertemente con las manos por el otro extremo, colgó todo su peso para ver hasta dónde daban de sí. Decidió que dos vueltas alrededor del cuello serían más que suficientes.

Cerca del Belasco

HACÍA un frío del demonio, así que Jimmy *el Pincho* se alegró enormemente cuando vio venir al pequeño gran Joe marchando a toda prisa, saltando literalmente sobre sus diminutos piececillos, hacia la puerta de Mindy's. El pequeño gran Joe era un hombre bajito pero muy bien construido, espaldas anchas y un pecho fuerte como un múrete de ladrillos. Algunos hacían bromas acerca del aspecto del pequeño gran Joe, pero nunca delante del pequeño gran Joe. Era esa clase de tipo.

Jimmy había conocido al pequeño gran Joe en un comedor del ejército de salvación y Joe había dejado caer que necesitaba un hombre para un trabajo sencillo. Jimmy prefería trabajar solo, pero se decía que Joe estaba informado, y en el invierno de 1932 había que estar muy bien informado para robar por la calle. La mayoría de la gente no llevaba en el bolsillo más que facturas impagadas.

Joe y Jimmy se dieron un fuerte apretón de manos y después Jimmy siguió a Joe por Broadway hasta la 42. Jimmy tenía la esperanza de que Joe le pagase un café antes de ponerse a trabajar, pero Joe parecía impaciente.

—No hay tiempo, chico —le dijo—. Tal vez cuando acabemos.

Jimmy no dijo nada, pero esperaba tener lo suficiente para pagarse un café, al terminar el trabajo, sin tener que aguantar a Joe ni a nadie a su lado.

Pasaron por delante del teatro Belasco y se metieron en un pequeño callejón, un solar donde hace tiempo hubo un edificio muy estrecho. En el callejón sólo había un coche aparcado, pero era un coche impresionante. Un Packkard azul del 26. Eran las nueve y media de la mañana. Joe sacó del abrigo una porra de cuero rellena de bolitas de acero, un arma muy pequeña, fácil de esconder pero capaz de tumbar a un caballo percherón de un solo golpe.

—¿Cuántos son? —preguntó Jimmy, mientras cogía la porra.

—Sólo uno, pero más vale pasarse que quedarse corto.

Joe abrió entonces su abrigo y Jimmy vio el enorme cuchillo de cocina que llevaba colgado en el forro.

—No te asustes —dijo Joe—. Cuanto más grande sea el cuchillo, menos tienes que acercarlo. Es todo psicológico.

Joe cerró el abrigo satisfecho. Jimmy guardó su porra en el bolsillo. No llevaba abrigo y tenía frío en los huesos. Debería haber comprado un café.

—Ya es tarde para eso —dijo Joe—. Si todo va bien, podrás tomarte un brandy antes de volver a la cama y hasta comprarte un abrigo. No es recomendable salir a pasear a cuerpo, chico; en esta ciudad los inviernos son más duros que en Alaska. No me preguntes por qué, pero así es.

Jimmy metió las manos en los bolsillos. Pensó que Joe exageraba, pero pensó también que Joe no exageraba mucho.

—Menudo coche —dijo Joe, tratando de sacar conversación.

Jimmy miró el Packard, pero no hizo ningún comentario al respecto. No sentía especial interés por los coches. Sabía que no podía tener uno y ni siquiera sabía conducir.

—La cosa va a ir así —dijo Joe—. Nuestro buen amigo es un empresario teatral y tiene una preciosa mujer y un montón de hijos, pero también tiene a cierta dama japonesa en una habitación junto al Belasco. Y es una dama a la que le gusta el dinero más de lo que le gusta el teatro. Así que nuestro buen amigo siempre lleva efectivo.

—¿No deberíamos haber hecho esto antes de que entrase? Tal vez la puta le saque todo lo que lleva.

—No, no —dijo Joe—. Este amigo lleva siempre más de lo que puede gastar. Supongo que es un hombre inseguro. Además, no hay manera de saber cuándo va a venir, pero siempre sale más o menos a esta hora. Le gusta estar pronto en el teatro para recibir a los proveedores.

Jimmy no tenía más preguntas que hacer. Se puso a dar saltitos para recuperar la circulación en las piernas.

—¿Por qué te llaman *el Pincho*?

—No sé —contestó Jimmy—. Supongo que hace mucho tiempo era ingenioso.

—¿Ingenioso?

Jimmy asintió con la cabeza.

—Dime algo ingenioso.

—Te he dicho que era ingenioso, no que aún lo sea.

—Vamos, esas cosas no se pierden.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Conocí a Charlie *el Risas* y no paraba nunca de decir sandeces. Le pegaron dos tiros en el estómago y aún seguía diciéndolas. No podía parar. Lo llevaba en la sangre. Dos tiros, lo vi yo mismo, y aún decía sandeces.

—Yo no digo sandeces —contestó Jimmy, tratando de cerrar el asunto.

—Ya, lo tuyo es el ingenio.

—Eso es. Bueno eso era.

—Demonios, me encantaría que dijeras un par de cosas ingeniosas; eso haría la espera más corta.

—Lo siento —dijo Jimmy—. Además, hace demasiado frío.

—¿Qué tiene que ver el frío con el ingenio? Los esquimales, sin ir más lejos, son tronchantes.

—¿Lo son? —preguntó Jimmy.

—Pues claro. ¿A quién no le tronchan los esquimales?

Jimmy no se molestó en contestar. Lo cierto es que empezaba a cargarle el pequeño gran Joe, hacía un frío del demonio y estaba cansándose de esperar. Empezó a mirar el abrigo de Joe. No era una mala pieza. Se preguntó si tendría las mangas dobladas y cosidas por dentro. Joe parecía la clase de hombre que dobla las mangas y las cose por dentro.

—Joder, anda que no son graciosos los esquimales y pasan más frío que nadie. Nunca había oído que no pudieran hacerse chistes en la nieve. Si de verdad fueras ingenioso, dirías algo ingenioso ahora mismo.

Jimmy bajó la mirada hasta el borde del abrigo. Notó que era ligeramente más grueso que el resto, como si hubiera más tela debajo. Seguramente, Joe le había quitado ese abrigo a alguien y se lo había hecho arreglar.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Joe—. Que no eres ingenioso porque probablemente nunca has sido ingenioso. Porque Charlie *el Risas* contaba chistes mientras se desangraba; con dos agujeros en el estómago aún era gracioso. ¿Ves lo que quiero decir? La gente que es graciosa no puede evitarlo. La gracia no es algo que se pierda, como el pelo.

—Yo no he dicho que fuera gracioso, he dicho que era ingenioso. Hay una diferencia.

—¿La hay? No estoy tan seguro. Si algo es ingenioso, es gracioso. Aunque no todo lo gracioso es ingenioso, claro está, porque cuando el gordo Manson se cayó al Hudson mientras trataba de besar a aquella hispana, nos reímos como locos y no había ingenio alguno en eso. Pero todo lo ingenioso es gracioso. De eso no cabe duda.

—Oye, Joe —le interrumpió Jimmy—. ¿Este abrigo es a medida?

—¿Este? —dijo Joe, palpándose el paño—. No, claro que no. Se lo quité a un viajante de comercio el año pasado cerca del Algonquin. Luego me lo hice arreglar. El maestro Guiseppe hizo un buen trabajo.

—¿El maestro Guiseppe?

—Un sastre italiano de la calle Carmine.

—¿Está cortado? —preguntó Jimmy.

—No, el tipo no era tan grande. Sólo está cogido el dobladillo.

—¿Y las mangas?

—Igual —dijo Joe, estirando las mangas—. Así abriga más. Además, ¿quién sabe?, aún puede que crezca.

Joe se rio’ de su propia ocurrencia.

—¿Ves? Eso es ingenioso. Y yo no presumo de serlo. Anda que no podías haber dicho tú algo así. ¿Sabes qué? Creo que nunca has sido ni serás ingenioso. Creo que te llaman Jimmy *el Pincho* porque te gusta utilizar el estilete o algo parecido, o porque te han apuñalado muchas veces y aún no te has muerto, o tal vez porque has

sido mozo en un almacén de carne, o porque…

Joe no pudo terminar la frase. Jimmy sacó la porra del bolsillo y lo tumbó de un solo golpe en la sien, y el pequeño gran Joe tuvo que guardarse ese y el resto de sus comentarios. Fue tan rápido que no lo vio venir. Cuando Jimmy volvió a guardar la porra, Joe ya estaba en el suelo, tumbado en un charco de sangre que humeaba sobre la nieve.

Jimmy le quitó el abrigo antes de que se manchara.

Revisó los dobladillos y comprobó que la prenda podía volver fácilmente a su tamaño original. Buscó en los bolsillos de Joe y sacó un reloj, un billete de lotería y dos dólares.

«Estaría bueno que aún me tocase algo», se dijo, y guardó el billete de lotería en su cartera junto a los dos dólares.

La idea le hizo mucha gracia y soñó con ella mientras volvía a bajar por Broadway.

Se tomó un café en Mindy’s y un pedazo de tarta de queso.

Después se fue camino de la calle Carmine en busca del maestro Guisseppe.

Dos torres

ARNOLD Grumberg está perdido, y no es la primera vez. Ni mucho menos. Arnold Grumberg se pierde siempre que intenta atravesar las Torres Gemelas. Normalmente, Arnold Grumberg se conforma con ir al río por el lado este, que le cae más cerca; al fin y al cabo, su pequeño comercio está a sólo unos pasos del South Port, pero de vez en cuando se enfrenta a las monstruosas torres para llegar al lado oeste. Todo el mundo tiene alguna noción inexacta de sí mismo y Arnold se imagina a menudo que es un hombre caprichoso. Su capricho es despreciar el río que tiene más cerca para ir a mirar el río que tiene más lejos. «Soy mi propio jefe —piensa Arnold— y en mi hora de la comida puedo hacer lo que me plazca». Y así, al menos dos veces por semana, se encamina hacia Broadway para después asumir el reto de cruzar de una vez por todas el corazón de esas dos torres infranqueables. «Si las han puesto aquí —se dice—, tiene que haber una manera de atravesarlas». Pero lo cierto es que nunca lo consigue, y lleva ya años con esto, o al menos nunca lo consigue a la primera. Es cierto que Arnold Grumberg no tiene un gran sentido de la orientación, pero no lo es menos que el tamaño imposible de la planta baja de estas malditas torres y su absurdo sistema de señalización podría confundir al mismísimo Marco Polo. Arnold ha elegido esta mañana la Torre Uno, porque con la Dos ya ha fracasado muchas veces, y ha puesto sus cinco sentidos en trazar una línea lo más recta posible que le lleve directamente al otro lado, pero al final, después de mucho andar y de darle muchas vueltas al asunto, no tiene más remedio que admitir que se ha perdido otra vez.

Y el caso es que podría tratar de rodearlas, bien por la calle Murray, al norte, o bien por Wall Street, pero tiene tres buenas razones para no hacerlo. En la calle Murray con la esquina de Church se toparía irremediablemente con Doll’’s, un club de *striptease* que abre desde las diez de la mañana, en el que se ha dejado ya buena parte de sus escasos recursos a razón de diez dólares el baile, más nueve dólares por la bebida; algo que en principio no parecía un mal trato pero que después de cinco o seis culos distintos agitándose en su regazo, se había convertido en un derroche considerable. Al gasto económico había que sumarle la sensación de desasosiego que cada una de esas mujeres le producía, con ese planear impreciso sobre su pene enfundado, más el tiempo que le llevaba deshacerse del desasosiego a base de maratonianas sesiones de masturbación. Estaba Arnold ya en esa edad en que el deseo y las herramientas del deseo no se encuentran a la primera.

Podría también rodear las torres por el lado sur, por Wall Street, por ejemplo, pero allí los lustrosos ejecutivos, inmaculados en sus trajes de diseño, le recordaban con

frecuencia cuánta razón tenía su madre cuando repetía una y otra vez desde los días despistados de la infancia aquello de: «Nunca llegarás a nada». La tercera razón, y tal vez la más decisiva, era la obstinada resistencia que Arnold había desarrollado contra la dictadura de lo ajeno. No pensaba desviarse un milímetro de sus intenciones, ni iba a andar dando rodeos sólo porque a algún especulador sin escrúpulos se le hubiera ocurrido la brillante idea de poner dos torres colosales y absurdas en su camino hacia el río. «Si las han puesto aquí —se repetía—, tiene que haber una manera de cruzarlas». Pero, no, al parecer no la había. O al menos Arnold no era capaz de dar con ella.

—Demonios —dijo Arnold en voz alta, antes de dirigirse al mostrador de información. Allí le recibió un aseado portero hindú tocado con un taftán que empezó a mover las manos como un guardia de tráfico antes de que Arnold hubiera dicho nada.

—Lado sur —dijo el portero—, siga mi mano derecha; lado norte, siga la dirección que indica mi mano izquierda, lado oeste… —dijo entonces girando sobre sus pies con la gracia de un bailarín…

—Está bien —le interrumpió Arnold—, basta con eso.

El portero inclinó la cabeza hacia un lado, como quien no quiere discutir, y se dispuso a atender a otro náufrago.

Arnold siguió andando en la dirección que había marcado el buen hindú con su mano derecha, cruzó tres puertas de cristal, despreció las señales que indicaban las distintas entradas del metro, se distrajo un segundo con el alegre caminar de una rubia despampanante y cuando quiso darse cuenta, se encontró de nuevo perdido.

—Maldita sea —exclamó, sin que nadie se diera por aludido, antes de volver sobre sus pasos, pasar de nuevo por delante del amable portero y encaminarse refunfuñando hacia la misma puerta por la que había entrado.

Una vez en la calle trató de alejarse de las torres para poder mirarlas; cuando estuvo lo suficientemente lejos, elevó la vista hasta alcanzar la última planta. Sintió el vértigo característico de quienes tratan de mirar rascacielos a los ojos. Maldijo a las dos torres por igual, con el mismo odio, y se encaminó hacia la calle Murray mientras revisaba su cartera. Apartó tres billetes de diez dólares y los metió en el bolsillo del pantalón. Pronto se encontró a la puerta de Doll’s, el club de *striptease*.

«Dos bailes —se dijo—, ni uno más».

Bienvenido al circo

FUE entonces cuando Martha vio pasar un elefante. «Se me está acumulando la sangre en el cerebro —pensó—; se me está enfriando el culo y se me está acumulando la sangre en el cerebro». Llevaba ya un buen rato boca abajo, pero no sabía cuánto. El miedo había cedido, dando paso a una extraña sensación de confort, una imprecisa alegría que Martha sólo podía comparar a la tontuna del champán. Martha no bebía, o al menos no con regularidad, pero en algunas ocasiones señaladas disfrutaba enormemente con una o dos copitas de champán. Como en la fiesta de Navidad del bufete de Andreas, por ejemplo, en la que más de una vez había cruzado las piernas con cierto descaro ante alguno de los colegas de su marido, agitada por las miradas de hombres que conocía bien y a cuyas mujeres conocía aún mejor, e incluso, ahora lo recordaba claramente, imaginando por un instante un encuentro furtivo en el aseo de señoras.

«Y por qué no —pensó Martha con el arrojo que le daba toda esa sangre acumulada en el cerebro—; y por qué no dejar que me toquen otros hombres si, al fin y al cabo, a ellos, a todos, al mío y al suyo, señora Vanderville, les gusta tocar a otras mujeres; y por qué no agarrar de una vez por todas el bulto de sus pantalones para llevármelo a la boca». En eso vio pasar un caballito muy pequeño y muy gracioso, al trote, y después un hombre con un látigo. «Me estoy volviendo loca», pensó, y al segundo se imaginó a ese mismo hombre, un domador de fieras seguramente, golpeándola con su látigo en los glúteos.

Martha sintió que se le sonrojaban las mejillas y levantó la vista hacia el espejo retrovisor para asegurarse. Se miró durante un buen rato. La cabellera le colgaba y sus facciones se estiraban dándole a su rostro una expresión aniñada. Pensó que estaba muy guapa, más guapa de lo que se había visto en años, y pensó también que el mundo sería mejor para las mujeres si a partir de los treinta y cinco pudiesen vivir boca abajo.

«Dios, me he perdido tantas cosas»…

Una veintena de operarios comenzó a desplegar lo que a Martha le pareció sin lugar a dudas la carpa de un circo. Trató de gritar, pero no pudo; su boca se abrió y volvió a cerrarse sin emitir sonido alguno.

«Tarde o temprano me verán», pensó entonces, pero luego concluyó que aquello no era más que una visión y que por lo tanto no tenía ningún sentido depositar sus esperanzas de ser rescatada por aquella absurda *troupe* circense. Trató de averiguar si estaba despierta o dormida, sin éxito, y se figuró que seguramente hacía ya rato que había perdido el sentido.

Comenzó a tararear algo en el interior de su cabeza y le sonó como la música intrascendente que suena en el supermercado.

Una cosa le llevó a la otra y empezó a hacer mentalmente la lista de la compra: pan de molde integral, zumo de naranja orgánico, fruta, leche, todo orgánico, carne orgánica también y *cheese cake* de los de porciones individuales que tanto le gustan a Andreas, y tilapia y lubina y carne para hamburguesas. «¿Hay pescado orgánico?», se preguntó, pero no encontró respuesta.

Después se imaginó tumbada en el suelo de la sección de pescado fresco con la falda levantada mientras un joven mejicano se limpiaba el cuchillo sobre el delantal. Siempre había tenido debilidad por los hombres que llevaban delantal, no sabía bien por qué.

Tanteó bajo el delantal buscando el pene de su pescadero imaginario.

Sintió un mareo, frío en los pies y calor en el pecho. Si alguien no le daba la vuelta al coche rápidamente no se hacía responsable de lo que pudiera pasar.

El hombre, que no parecía darse cuenta de nada, le preguntó: «¿Cómo quiere la tilapia?».

«En filetes pequeños», respondió Martha, antes de llevarse el pene a los labios.

En eso abrió los ojos y vio cómo se levantaba la carpa del circo, rayas rojas y blancas empujadas por un gran mástil en el centro, mientras los operarios corrían de un lado a otro tirando de cientos de cuerdas y atándolas a estacas esparcidas por el terreno formando un gran círculo.

Volvió a cerrar los ojos, o eso pensó, y se encontró con Andreas llorando desconsoladamente junto a la sección de lácteos, mientras ella recorría con la lengua el pene del pescadero desde la punta del glande hasta los testículos y el pescadero seguía mientras tanto a lo suyo, cortando cuidadosamente la tilapia en filetes pequeños y colocándolos sobre la balanza.

Sintió pena por su marido y, sin embargo, no pudo evitar reírse. «Ve a ver si encuentras otra copa de champán —le dijo—. Me está entrando una sed terrible».

Después vio a la señora Vanderville desnuda en la bañera y no pudo resistir la tentación de tocarle los pezones, girándolos con sus dedos como si estuviese tratando de sintonizar una radio.

«¿Y dónde está el señor Vanderville?», le preguntó.

«Jugando al golf», respondió la señora Vanderville dando un respingo.

«¿Qué tendrá ese dichoso deporte que los tiene a todos tontos?», preguntó Martha. Pero la señora Vanderville no supo qué contestar.

Entonces sonó de nuevo el teléfono móvil y Martha tuvo la sensación de despertar de una vez por todas, pero al abrir los ojos vio de nuevo el circo, ya casi en pie, y al mismo elefante que volvía de su paseo; y aún más: detrás del circo vio la imagen invertida de Manhattan y le pareció que de una de las Torres Gemelas salía un humo

negro como si se tratase de una gran chimenea, y al poco vio venir un avión cruzando el cielo y hasta creyó ver claramente cómo el avión se incrustaba en el edificio.

«Si no me sacan pronto de aquí, voy a volverme loca», pensó Martha, antes de perder el sentido.

Murder Inc.

JIMMY *el Pincho* está sentado junto a la puerta del local de Bobby Bang en el Lower East Side. No se ha sentado allí por casualidad, está bebiendo whisky y no tiene con qué pagarlo. Su nuevo abrigo le da un aire distinto. Ya no parece un delincuente, ahora parece un asesino. Es precisamente el abrigo lo que lleva a Samuel Stern a sentarse a su lado.

—He visto ese abrigo antes, cuando el hombre que lo llevaba estaba vivo.

—No sé de qué me habla —responde Jimmy sin levantar la cabeza.

Jimmy ha oído hablar de Samuel Stern y de la gente para la que trabaja. En realidad, todo Nueva York ha oído hablar de Murder Inc., la siniestra oficina de contratación de asesinatos de Brooklyn, aunque muchos creen que pertenece al territorio de la leyenda. Sin embargo, Murder Inc. es real, tan real como una bala del cuarenta y cinco entre los ojos. Jimmy sabe que le conviene prestar atención. La puerta de salida que un segundo antes le parecía estar muy cerca ahora le parece muy lejana.

—Resulta —continúa Stern— que el dueño legítimo de este abrigo fue encontrado muerto junto al Belasco.

—No tenía intención de matarlo. Ni siquiera le di tan fuerte.

—No fue el golpe, al menos no directamente; al parecer, murió congelado. No se puede dejar a alguien durmiendo sin abrigo a bajo cero. No es sano.

—Lo siento.

—No lo sientas, chico, en realidad nos has hecho un favor. Hemos cobrado por nada. Ahora tenemos la intención de darte las gracias.

—No es necesario; necesitaba un abrigo, eso es todo.

—Aún necesitas unas botas y un buen baño caliente y un sitio decente donde dormir, además de un par de dólares para pagar este whisky. Verás, estamos buscando a gente para un trabajo muy delicado y nos gustaría contar contigo.

—¿Por qué?

—Porque eres nuevo y porque, a pesar de lo que he oído, no eres nada ingenioso. Podemos ser buenos amigos. Si es que tienes ganas de hacer amigos, claro está.

—Necesito amigos —responde Jimmy—. Aquí el invierno es muy largo.

—No lo sabes bien. El invierno no ha hecho más que empezar.

Dios te oiga

CUANDO Laura llegó, Simonetta ya estaba allí. Simonetta era terriblemente puntual. Laura se fijó primero en el pequeño estanque dorado sobre el suelo de piedra en el que nadaban unos cuantos peces de colores. «Qué encantador», dijo en voz alta antes de saludar a su hermana con un gesto exagerado que a Simonetta le trajo a la memoria tantos otros gestos exagerados y tantas otras vergüenzas. El local era diminuto, apenas un pasillo con varias alturas separadas por engorrosos escalones. Simonetta estaba sentada en el suelo, a la japonesa, sobre unos cojines frente a una gran ventana que daba a la calle 23. Laura había tenido problemas para encontrar el pequeño salón de té y eso que estaba a pocos pasos de Comme des Garçons, donde había pasado la tarde probándose esa ropa imposible. También había entrado en dos galerías de arte. Y es que no puede una bajar a Chelsea y no darse una vuelta por las galerías. En una había visto una exposición de Richard Billingham llamada *Ray es una risa*. Laura no le había visto la gracia por ningún lado. Se trataba de una veintena de fotos tomadas en la casa de una sórdida familia de alcohólicos en lo que parecía algún suburbio inglés. En la segunda galería, una artista francesa había tratado de limpiarle los zapatos. Laura no sabía mucho de arte pero había estado en muchos museos y no entendía que alguien le hubiera pagado un pasaje a aquella francesa para venir a Nueva York a limpiarle los zapatos a la gente. Supuso que había algo que se le escapaba. Laura no era muy severa juzgando a los demás, artistas o no, y cuando no entendía algo prefería pensar que simplemente se le escapaba. Aquella mujer francesa le dio, además, un poco de pena y pensó que tal vez algunas mujeres ya mayores hacen cosas así porque no tienen hijos ni manera de conseguirlos.

Cuando entró por fin en el diminuto salón de té japonés, después de mirar el estanque, qué encantador, y de saludar a su hermana con un gesto exagerado, se dio cuenta enseguida de que una vez más, ella era la chica más mona del local. Y eso incluía a su hermana Simonetta.

Simonetta, al verla entrar, tuvo la certeza de que Laura la miraba con un poco de pena, como siempre, y trató de arreglarse el pelo de manera que unos cuantos mechones le cayeran sobre la cara.

Laura besó a su hermana con cariño. Lo cierto es que no quedaban muy a menudo. Coincidían con frecuencia, porque aún conservaban muchos amigos comunes, pero apenas quedaban así, como antes, para pasar la tarde, merendar, comentar cosas y reírse un poco. Desde que Laura había abandonado el equipo de hockey porque, según ella, aquel monstruoso deporte deformaba las piernas, sus vidas se habían ido separando poco a poco. No de manera aparente, sino con ese

movimiento invisible parecido a la deriva continental que separa a las personas que se quieren.

—¿Has esperado mucho? —preguntó Laura—. Este sitio es tan pequeño que no daba con él.

—Está bien —dijo Laura—. Apenas acabo de llegar.

Laura vio una tetera vacía sobre la mesita lacada y *The New York Times* abierto por la página de economía, y supo que su hermana mentía.

—Qué sitio más mono —dijo Laura—. ¿Es nuevo?

—Abrieron hace un par de meses. Escribí un artículo sobre él en la revista. Ya verás qué sándwiches, y el té es de locura. Tienen doscientas mezclas distintas.

Una camarera vestida con un precioso kimono en colores pastel se acercó a la mesa y se arrodilló junto a las dos hermanas.

—Qué bonito —dijo Laura, mirando el kimono—. Me pregunto si podría ponerme algo así. Tal vez no. Hay que tener muy poco pecho para que estas cosas te sienten bien y además es otro mundo y otra cultura y todo eso. Tomaré lo mismo que ella y sándwiches, muchos, porque seguro que son muy pequeños, ¿no?, y tengo un hambre de lobo y tráigale más té a ella también —dijo, agitando la tetera vacía de Simonetta—. Muchísimas gracias.

La camarera se levantó y se fue hacia la cocina, oculta tras un mostrador lleno de teteras, filtros y frasquitos de té.

—¿Venden esas cosas? —preguntó Laura.

Simonetta asintió con la cabeza.

—Pero es todo carísimo.

—Esta ciudad se ha vuelto loca. Deben de pensar que tenemos una imprenta en casa y fabricamos nuestro propio dinero —dijo Laura, y enseguida se rio’ de su ocurrencia.

—Cuéntame —preguntó entonces Simonetta.

—¿Qué?

—¿Es cierto?

—Bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De lo que hayas oído.

—Bueno, he oído muchas cosas, pero lo que de verdad me importa es: ¿está mi hermana saliendo con una estrella de cine?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ah.

—No me vengas con esas, Simonetta. Tengo que saber las fuentes para contener las filtraciones.

—Nancy.

—¿Nancy? Imposible, Nancy no sabe nada. Ya puedes empezar a decir la verdad o te retuerzo el brazo hasta que se te salten las lágrimas.

—Gloria.

—¿Gloria? Menuda zorra. Lo sabía. Lo sabía. Pero Gloria no ha podido darte nombres porque no lo sabe. ¿O sí lo sabe?

—No, no lo sabe. Joven estrella de cine. Eso es todo lo que sabe.

—Ya. Y tú la has creído.

—Bueno, cuando dijo «jugador de los Yankees», fue cierto. Y cuando dijo «hijo de famoso artista de origen italiano», tampoco se equivocó, así que empiezo a pensar que Gloria sabe lo que se dice.

—¿Cómo demonios crees que se entera? Parece adivina.

—Tal vez lo sea.

—Ya, o tal vez esta ciudad tenga más ojos que un millón de moscas juntas. ¡Mierda! A veces parece que no hay otra chica en esta isla.

Lo cierto es que Laura no estaba tan indignada como parecía y, teniendo en cuenta que ni siquiera parecía muy indignada, Simonetta llegó a la conclusión de que en realidad a su hermana todos estos rumores le encantaban.

—¿Y? —preguntó Simonetta en vista de que Laura se había quedado ensimismada mirando los pececitos de colores.

—Dicen que los peces no tienen memoria —dijo Laura sin prestar atención a su hermana—. ¿Crees que es cierto?

—Me importa un rábano —respondió Simonetta, impaciente—. Bueno, ¿me vas a decir de una vez quién es o voy a tener que contratar a un detective privado?

—Sería divertido. Además, no le descubriría nunca. Estoy tan acostumbrada a que me sigan los hombres…

Simonetta sabía que su hermana no era tan tonta, ni tan frívola, ni tan despiadada. Laura no era muy distinta de ella misma. Brillaba un poco más, escuchaba un poco menos, confiaba en su belleza como otra gente confía en su dinero, pero no estaba loca y tenía tanto miedo como cualquiera.

La camarera volvió con el té y los sándwiches y Laura apartó la vista de los peces y cogió uno de los pequeños bocados que estaban graciosamente apilados en una fuente de tres pisos.

Antes de que pudiera hacerse con un sándwich, Simonetta le arrebató la fuente entera.

—Como no me lo digas ahora mismo, tiro los sándwiches al estanque. ¿Quién demonios es?

—Jesús, qué curiosidad. De acuerdo, pero tienes que jurarme…

Simonetta cogió un sándwich de pollo con lechuga y lo arrojó al agua, ante el asombro de la camarera.

—Es ese actor mejicano, el de la película que nos volvió a todas locas. ¿Sabes quién te digo? Estaba la otra noche en el encuentro precolombino ese del Guggenheim…

—Sé quién es.

Simonetta puso la fuente de sándwiches sobre la mesa.

Laura se lanzó a por ellos.

—Oh, tengo tanta hambre, habría traicionado a la bandera por un sándwich.

Simonetta, en cambio, había perdido el apetito.

Se sintió pesada, como si hubiera estado tragando plomo. Sintió que sus manos eran de plomo, y sus brazos, y sus piernas.

Sintió que volvía a un sitio en el que ya había estado. Una habitación vacía en un día de lluvia.

No era la primera vez que su hermana conseguía a un chico que ella había deseado antes. Habían jugado a este juego muchas veces. Desde los días sin parte de arriba del bikini de vacaciones en los Hampton. Cuando Laura esperaba el primer movimiento de lo que al final se había convertido en un pecho precioso. Cuando pensaba con auténtica desesperación que aquellos dos bultitos no iban a salir nunca. Cuando le preguntaba a Simonetta sin cesar, día y noche: «¿Ha empezado ya?». Y Simonetta, que era incapaz de mentir, le respondía: «Aún no». Y entonces Laura se derrumbaba. Hasta que Simonetta le decía: «Ya está a punto. Ya no puede tardar». Y Laura, colocándose la parte de arriba del bikini sobre la superficie lisa de su pecho, acababa con un suspiro: «¡Dios te oiga!».

Línea 2

PENSABA que saldrían a las nueve. Al menos eso es lo que decía en el cartel pegado en la puerta: «Abierto de 9 a. m. a 9 p. m.». Pero eran más de las diez y aún seguían dentro. Para disimular se había comprado un paquete de cigarrillos, y eso que llevaba diez años sin fumar. Se había fumado siete, uno detrás de otro y, la verdad, cuanto más fumaba, más le gustaba. En realidad, no tenía ninguna prisa. Estaba fumando junto a un teléfono público desde el que simulaba hacer llamadas.

—Te he dicho mil veces que sí. No preguntes, mejor no preguntes. Y cómo no, si apenas he hecho otra cosa. El viernes, lo más tarde el lunes. No me presiones… No, no es eso. Las cosas no son tan fáciles. Hay que observar el mercado.

Ahí se detuvo un segundo y se preguntó de qué demonios estaba hablando. Entonces vio cómo una de ellas, era imposible saber cuál, se ponía en pie y se despojaba de su bata azul con evidente cansancio. Debajo de la bata llevaba una falda muy corta y una camiseta amarilla con la silueta de un toro dibujada. Fue como verla desnuda. La coreana sin bata se fue hasta el final del local. La perdió de vista. La otra aún trabajaba los pies de una mujer, una mujer mayor con un peinado imposible. Andreas se preguntó a cuenta de qué necesitaba esa buena señora tener unos pies inmaculados. Se preguntó qué clase de satisfacción podía obtenerse mirándose los pies. Y se preguntó también si algún hombre prestaría atención a los pies de esa señora, al tamaño de sus uñas, al contorno perfecto de sus dedos.

Encendió otro cigarrillo justo cuando la segunda coreana dio por finalizada su tarea, se levantó y se fue hacia la habitación del fondo, esa que quedaba fuera del alcance de su vista. Deseó con todas sus fuerzas que se quitara la bata antes de entrar, como había hecho su hermana, pero la segunda coreana abrió y cerró la puerta de esa maldita habitación con la bata puesta. Esperó un poco más y, al ver que se acercaba un hombre a la cabina de teléfonos, recuperó su conversación imaginaria donde la había dejado.

—Hay que vigilar el mercado, hay que mirarlo de cerca porque en estos días el mercado es como una serpiente y, cuando menos te lo esperas, se te tira al cuello.

El hombre pasó de largo. La puerta volvió a abrirse y las dos coreanas salieron juntas de la habitación.

Una besó cariñosamente a madame Huong y la otra dijo adiós con la mano.

Mientras caminaban hacia la puerta de salida, Andreas sintió que el corazón hacía cosas que él pensaba que su corazón no hacía. Colgó el teléfono y se puso rígido como un perro de caza.

Las dos muchachas caminaron calle abajo por la avenida Columbus. Andreas las

siguió. A la altura de la 72 se preguntó cuál de las dos líneas de metro tomarían. Se apostó a sí mismo un dólar a que seguirían la 72 hasta Broadway en lugar de subir hacia el parque. Acertó. Andreas se debía un dólar.

Pasaron los tres juntos por delante de Dunkin' Donuts y después por delante de la oficina de reclutamiento de la Armada. «Tal vez crucen la calle para tomarse una cerveza en MacAlly's», pensó Andreas. Tal vez pueda pagarles la cerveza desde el otro lado de la barra. Tal vez pueda besarlas allí mismo. Pero las dos coreanas pasaron de largo y se encaminaron hacia el metro. Allí le sacaron un poco de ventaja porque ellas tenían tarjetas de metro y Andreas tuvo que sacar un billete, pero pudo ver que cogían la línea 2 Downtown. Las cazó de nuevo en el andén.

Allí las vio reírse y pensó que el andén se iluminaba. Después apartó la vista por un segundo para recuperar la calma y se quedó mirando las vías y vio cruzar una rata del tamaño de un gato. Entonces sonó el rugido del tren y vio llegar la luz del 2 mientras la gente se arrimaba al borde del andén. Se puso justo tras ellas. Soñó con rozarlas pero no se atrevió. Entraron juntos en el vagón. Ellas encontraron asiento; él no. Trató de ponerse frente a ellas. No pudo. Miró sus piernas desde lejos. Llevaban faldas muy cortas. Una de ellas, falda vaquera; la otra, negra plisada con un estúpido estampado de grafiti. Tenían las dos un gusto horrible para la ropa, pero Andreas no había visto nunca mujeres más hermosas.

A la altura de Times Square encontró un asiento libre. Al sentarse y bajar el punto de mira, sintió un mareo. Una tenía las piernas cruzadas, la otra no, de manera que a una podía verle casi las nalgas y a la otra casi las bragas, aunque en realidad no veía ni las unas ni las otras. Se quedó allí en ese punto exacto en el que no se veía nada pero todo se intuía, como un paria a las puertas del Cielo.

Pasó la 34 y la 14 y no ocurrió nada. Por un momento creyó que la coreana de la izquierda iba a descruzar las piernas y soñó con ver un poco más y hasta se imaginó allí dentro rodeado de ángeles, sentado a la derecha misma del Señor, pero entonces la coreana de la izquierda le hizo una seña a su hermana y ambas volvieron la cabeza hacia el final del vagón y se rieron como si hubieran visto algo muy gracioso, y Andreas, sin pensarlo, miró también al fondo del vagón pero no vio nada interesante, y cuando volvió la vista, las dos coreanas habían juntado las piernas y se estiraban las faldas en un vano intento de hacerles llegar a la altura de las rodillas. No lo consiguieron, pero a los ojos de Andreas, sumido plenamente en su insensata aventura, aquello fue un paso atrás, un revés, una derrota.

«Puede que cojan el ferry a Nueva Jersey —pensó Andreas cuando vio que pasaban de largo la calle Canal—, o tal vez vayan a Brooklyn». Andreas no había estado en Nueva Jersey desde hacía mucho tiempo, desde que inauguraron Ikea y a Martha le dio por decir que los suecos tenían un gusto exquisito y no tuvo más remedio que pasar un sábado espantoso entrando y saliendo de absurdas habitaciones

modelo en las que miles de parejas se imaginaban cómo hubiera sido su vida en Suecia. Al final sólo compraron un juego de toallas y una caja de vías de tren para el niño, y Andreas se sintió tan engañado que no dijo ni una palabra en todo el camino de vuelta a Manhattan.

Andreas apostó por el ferry y perdió. De manera que recuperó el dólar que se había apostado antes. El tren pasó Chambers, Fulton, Wall Street y se hundió bajo el río. Andreas contuvo la respiración.

«Si esto no es amor —se dijo—, que venga Dios y lo vea».

El tren se había llenado de nuevo y las coreanas se perdieron entre la gente. Andreas dio un salto tratando de verlas entre el mar cabezas, sin éxito. Volvió a agacharse para ver si distinguía sus piernas. Bingo. Se amontonó con el resto y apretó y apretó con todas sus fuerzas, y por un momento pensó que no conseguiría acercarse, pero al final, gracias al empuje de unos negros muy grandes que tenía detrás, consiguió ponerse otra vez frente a ellas. Andreas temió que un viejo hindú contra el que se apretaba involuntariamente pudiese notar su erección y pensar lo que no era.

Trató de separarse un poco. Empezó a sudar. Aunque nadie parecía darse cuenta, Andreas era plenamente consciente de estar embarcado en un viaje submarino. Por un segundo sintió pánico, pero enseguida se sobrepuso y el miedo, como pasa a menudo, cedió hasta transformarse en fascinación. «Aquí estamos —pensó—, respirando bajo el agua como si tal cosa». Trató de imaginar qué aspecto tendrían esos túneles que recorren el río como gusanos gigantes. Después tuvo la sensación de que el anciano hindú no aprovechaba el espacio disponible. No podía estar seguro porque era cuestión de milímetros, pero hubiera jurado que aquel hombre le estaba frotando con gusto. Temiéndose lo peor llegó hasta Brooklyn, vigilando a duras penas su presa, rezándole a Dios que las dos coreanas no salieran antes de que él consiguiera recuperar la autonomía de vuelo. Durante diez agónicos minutos estuvo tan sólidamente emparedado que no era dueño de su destino. Dos pívots de los Chicago Bulls le tapaban ahora la visión definitivamente. Andreas estuvo a punto de echarse a llorar. Iría donde fueran los demás.

En Washington Street mejoró la situación. El vagón perdió la mitad de sus efectivos y aquello empezó a recobrar dimensiones humanas. Andreas consiguió incluso girar la cabeza. Primero a la derecha, sin suerte, y luego a la izquierda. Pegadas a una de las puertas, descubrió por fin a las adorables coreanas. Tan juntas que los labios de la una casi rozaban las mejillas de la otra. En uno de los vaivenes del tren vio cómo sus pechos se tocaban y Andreas decidió que si tenía que morir, y no hay duda de que ese momento llegaría tarde o temprano, quería morir allí mismo, en el instante exacto en el que vio cómo los pechos de las coreanas se acercaban hasta reducir por completo el absurdo tamaño del universo a una medida exacta perfecta y

admirable. Cuando los pezones que podía imaginar a un lado y los que podía imaginar al otro se tocaron finalmente por debajo de sus absurdas camisetas, Andreas tuvo por primera vez la sensación inequívoca de que todo cuanto le rodeaba alcanzaba por fin una posición no arbitraria, un patrón exacto, un modelo prefijado.

Después el tren giró en el sentido contrario y las dos coreanas se separaron por un instante con una sonrisa en los labios y Andreas supo que el orden se había roto y, que fuera lo que fuese lo que apenas había vislumbrado en ese instante, se había perdido para siempre.

El tren se detuvo de nuevo. Las dos coreanas salieron las primeras y Andreas se abrió paso hasta la puerta. Salió al andén como quien despierta de un sueño y, en contra de lo que era lógico esperar, las muchachas no se encaminaron con paso rápido hacia la salida con el resto de los viajeros. Andreas no supo qué hacer. Caminó despacio, como si estuviera pensando en algo, pero al girarse vio que las dos coreanas no se movían. Se detuvo y fingió estar esperando el próximo tren.

El andén se quedó casi vacío y Andreas temió que pudieran reparar en él, aunque las coreanas estaban enredadas en una agitada conversación, interrumpida por risas y gestos exagerados, la clase de entusiasmo juvenil que hace que un hombre se sienta viejo. Andreas no podía oír lo que decían, pero se dio cuenta de que hablaban en inglés. Por alguna razón, Andreas había imaginado que aquellas dos mujeres se hablarían en coreano. Se avergonzó por haberlo pensado. Lo cierto es que en su calenturienta imaginación las había soñado distintas. Tal vez inmigrantes ilegales de esas que se entregan a un hombre a cambio de un visado. Viéndolas hablar, tuvo la certeza de que esas dos llevaban seguramente más tiempo que él en el país. Seguramente habían nacido allí. Tal vez su padre había nacido en Estados Unidos y había combatido en Vietnam y había vuelto condecorado, con un corazón púrpura en el pecho. A lo mejor su abuelo había luchado en la guerra de Corea. Resumiendo, esas coreanas eran más americanas de lo que él podría nunca llegar a ser.

Poco a poco el andén se fue llenando y para cuando las dos coreanas dieron por terminada su conversación, Andreas ya no tenía miedo alguno de ser descubierto. Se dio cuenta de que es el hombre inocente el que prefiere la soledad y de que sólo aquel que arrastra una culpa se siente mejor entre la muchedumbre. Y entonces sucedió lo impensable. Las muchachas se besaron, con afecto, en las mejillas y después se separaron.

Andreas vio cómo una de ellas caminaba hacia la salida mientras la otra tomaba la dirección opuesta en busca de un enlace. Se aterrorizó al ver que sus dos coreanas tenían destinos distintos. Se encontró en el punto en el que un río se bifurca. Trató de

adivinar qué les esperaba a cada una de sus coreanas al final de su viaje. Vio novios, maridos, incluso hijos, vio cenas en el jardín y barbacoas, cajas de cereales y cartones de leche de soja en la nevera, facturas de teléfono, cartas de amor, ropa tirada en el suelo, plantas de interior, cajas de pizza, dos códigos postales, dos gatos, dos misterios, la luz del contestador parpadeando; vio el futuro con la claridad con la que dicen que ven los hombres el pasado en el instante exacto de su muerte. Se reveló contra la idea de que aquellas mujeres tuvieran vidas propias más allá del territorio de sus sueños.

Trató de decidir a cuál seguir, pero no pudo. Se quedó clavado en el andén y sintió que le acababan de partir el corazón en dos con un cuchillo.

Mala suerte, Martínez

AYER murió Charlie. Se acabó Manhattan. Y sin embargo aquí seguimos, rascándonos una pierna amputada. Cuando le encontraron colgado en el sótano llevaba puesta la camiseta de los Yankees, con el nombre de Martínez a la espalda. Después de la final contra los Arizona Diamonds también se cargaron al pobre Martínez (es un decir, ahora juega en Florida creo, transferido que no muerto). Martínez era un buen bateador, al menos a mí me lo parecía, de hecho tengo una camiseta igualita a la de Charlie aunque lo cierto es que ni yo ni Charlie sabemos mucho de béisbol. Para saber de béisbol hay que nacer aquí. Charlie y Chad iban de cuando en cuando al estadio de los Yankees. Yo también he ido alguna vez. Pizza, cerveza, perritos calientes, un *homeround* de cuando en cuando. Es bonito. Parece más una merienda campestre que un deporte. No sé, hay tantas cosas que se me escapan. Una bola curva, un movimiento estratégico para cubrir las bases. Supongo que a Chad y a Charlie les pasaba lo mismo. No lo llevamos en la sangre. En realidad no puedes llegar a apreciar del todo un juego al que nunca has jugado.

El ataúd de Charlie era de esos que tienen dos puertas, para que pueda uno acercarse a verle la cara al muerto. Parecía la caja de un mago. Charlie tenía esa expresión suya de James Dean. Me pregunto si su mujer pidió a la funeraria que le dibujasen media sonrisa. Hacen esas cosas. Uno les da una foto y te sacan la expresión justa. Solemne, distraído, o simplemente en paz con el mundo. En paz con el mundo es la expresión más solicitada. Lo leí en alguna parte. Chad me habló de la última noche que pasaron juntos. No porque yo le preguntara, porque él quiso. Pasa a menudo en los funerales, la gente responde a preguntas que nadie ha formulado, empieza las frases por el final y, aun así, las deja a medias.

¿Cuándo fue? Hace dos… no, tres noches, después de sacar la basura del 61 oeste 74, el edificio que cada día cerraba su turno (mi edificio), tres noches, seguro. Trató de poner una canción de AC/DC en el *jukebox*, pero salió una de los Carpenters y Chad se rio' de él. Luego Chad pidió vodka. Chupitos de vodka. *Shots*, como les dicen aquí. Chad habló de más, como siempre. Habló de su madre y de la madre de Charlie. Dijo: «Si te viera la vieja ahora…». Charlie no supo qué pensar. Su madre nunca había estado en Nueva York. Chad imaginó a la madre de Charlie en O'Sullivans, bailando alegremente. Su madre bailaba mucho. Sin razón. Cuando no sabía qué hacer, bailaba. Charlie se avergonzaba al ver a su madre bailar. Le decía: «No bailes, mamá», pero ni caso.

Chad siguió hablando. «No somos de aquí —me dijo—, comemos *pancakes* con salchichas y sirope, tratamos de contar chistes pero nos faltan palabras. Nos reímos

de todos modos. Leemos *The New York Post*, comentamos los sucesos sin estar seguros de haber entendido bien, nos vamos volviendo locos».

Hoy he visto al nuevo *super*, se llama Frank Lugo y es colombiano pero no hemos hablado en español. Mi hijo lo llama «el nuevo Charlie». A mi hijo no le he dicho que Charlie se ha colgado. Le he dicho que Charlie ha vuelto a casa.

Todo por amor

ARNOLD Grumberg no había tomado aún el primer sorbo de su café cuando sonó el teléfono.

—¿Has desayunado?

—Sí, mamá.

—Ya, y mi culo tiene plumas. El desayuno es la comida más importante del día, te lo he dicho cien millones de billones de veces.

—Pensaba ir luego a…

—Ya, a veces mi culo levanta el vuelo con sus plumas de colores.

—Mamá, por favor.

—Ni por favor, ni leches, desayuna.

—¿Cómo estás?

—Sola. Ah, por cierto, estuve el otro día en el cementerio de Riverdale y estoy pensando seriamente en una de esas parcelitas, cuestan una cantidad insensata de dinero pero creo que merece la pena. Hay sitio para los dos, uno al lado del otro.

—¡MAMÁ!

—Hay que hablar de estas cosas, hijo mío. Uno al lado del otro, como debe ser, no uno encima del otro, como hacen en otros sitios. Por eso sale más caro, pero es una parcelita muy mona. Tienes que venir un día a verlo.

—No creo que pueda, en realidad no creo que quiera.

—A lo mejor te parece una chifladura que una madre quiera estar enterrada junto a su hijo. A lo mejor te parece más propio que te entierren al lado de extraños. Yo sé que me voy primero y espero que tú tardes mucho en venir, pero cuando llegues quiero saber que vas a estar a mi lado. No me importa esperarte cien años, pero quiero estar contigo, hijo mío. No tengo otra cosa.

—Bueno, ya hablaremos.

—Tú tampoco tienes nada más, Arnold. Deberías tenerlo, pero no lo tienes. Siempre pensé que podías haberte casado con aquella rubia, Carla, Clara…

—Ciara.

—Eso. Me gustaba aquella chica. Era gorda, pero parecía buena.

—No era gorda, mamá, y no te gustaba, no te gustaba nada.

—Puede ser, ya casi no me acuerdo. ¿Y aquella otra morenaza? Menuda mujer. Siempre has tenido buena mano con las mujeres, tal vez demasiada. Si hubieses sido más feíto, ya estarías casado y yo tendría nietos y hasta bisnietos. Pero eres un conquistador, Arnold, siempre lo fuiste, como tu padre; a tu padre le caían también como moscas, pero él tenía más cabeza. En fin, lo mismo da que te lo diga. Ahora ya

es demasiado tarde.

—No digas eso, quién sabe.

—¿Quién sabe? Yo sé, hijo. No soy muy lista, pero se aprende mucho viviendo. Te veo, Arnold, te veo con los ojos de la mente, sé cómo eres. A ti te gusta fornicar…

—Por Dios, madre…

—Fornicar, sí, señor. Hay que llamar a las cosas por su nombre. Tú fornicar has fornicado lo que has querido, pero no es así como se encuentra una buena esposa. En fin, ya no tiene remedio. A ti ya no te caso. Se nos pasó esa barca y la siguiente es ya la del viaje eterno.

—Mira mamá, tengo un día muy complicado, así que no voy a poder hablar mucho.

—Ya me imagino. Ese negocio tuyo es una locura. Seguro que ya tienes a gente haciendo cola en la calle. Hay que ver cómo le gusta a la gente tus malditos pianos.

—Te interesará saber que esta semana he recibido tres pedidos.

—A veces mi culo vuela tan lejos con sus plumas de colores que lo pierdo de vista.

—Bueno, en realidad sólo dos.

—Tú sigue así, hijo mío, a tu aire, en tu mundo de la fantasía, y no desayunes y fuma y dale al café y ya verás como todavía te vas el primero a la parcelita.

—Mamá, ya basta.

—No, hijo, no basta. Si me hubieras hecho caso alguna vez, nos habría ido mejor a todos.

—He hecho lo que he podido.

—Lo sé, Arnie, lo sé. Anda, no te enfades conmigo. Tú sabes que te quiero, es todo por amor.

—No me enfado.

—Sí te enfadas, sí.

—Que no…

—Bueno, hala, vuelve con tus cosas.

—Gracias, mamá. Lo cierto es que tengo mucho que hacer.

—Lo que tú digas, Arnie. Cuídate. Te quiero, hijo.

—Adiós, mamá. Cuídate mucho.

—¿Arnie? ¿Estás ahí todavía?

—Estaba a punto de colgar.

—He dicho que te quiero, Arnie y tú me has dicho «cuídate». No veo yo que sea lo mismo. «Cuídate» se le dice a cualquiera aunque nos importe un bledo que se cuide o no.

—¿Qué quieres ahora?

—Ya lo sabes.

—Adiós, mamá. No puedo estar todo el día…

—Dímelo.

—Mamá, por favor…

—Dímelo.

—Si ya lo sabes…

—No lo sé. Si no me lo dices, no lo sé. ¿Tú sabes cuántos años hace que no me lo dices?

—Mamá, no soy un niño. Esto es ridículo.

—Dímelo, dímelo, dímelo, dímelo…

—Voy a colgar.

—Dímelo, dímelo, dímelo.

—Tienes que ver a un médico, madre; estás perdiendo la cabeza.

—Dímelo, dímelo…

—¡Está bien! ¡Me vas a volver loco! Te quiero, mamá, te quiero mucho. ¿Contenta?

—Gracias, Arnie, y desayuna, por el amor de Dios.

Arnie se sentó en una banqueta, las había por todas partes, una frente a cada piano. El café se le había quedado frío, pero siguió bebiendo de todos modos.

Se dirigió hacia la puerta del local y le dio la vuelta al cartel de «cerrado». Abrió la puerta y salió a la calle con la taza de café en la mano.

Hacía un día estupendo, el aire subía desde el puerto llenando la calle John de brisa marina. Arnold pensó que era un milagro que pudiese uno oler el mar desde el corazón de Wall Street.

De pronto, la taza de café se le cayó de las manos; se quedó mirando cómo se partía contra el suelo. Le pareció curioso que, tras rebotar en el suelo, volviera a quedar de pie. Sólo tenía un corte en el borde. Un trocito de porcelana que podría pegar fácilmente. «Quedará como nueva», pensó, y se agachó a cogerla.

Fue entonces cuando sintió un mareo y perdió el sentido. Cayó hacia delante con los ojos cerrados. Sobre la taza de café.

El pequeño corte en la porcelana le rebanó el cuello.

Best-seller

EL Señor Misterioso resulta ser más bien poca cosa, un muñequito de plástico sin peligro aparente. La tienda de la señora María, junto al mercado de la Marqueta, está llena de ungüentos, hierbas, collares, abalorios, cristos, vírgenes y toda clase de estampas religiosas. Al fondo del local hay una pequeña salita con sillas de madera donde media docena de mujeres repasan sus males antes de entrar en una habitación roja en la que a través de una cortina de cuentas, Ramón Romero cree ver a una anciana sentada frente a una mesa camilla. Cada vez que entra o sale alguien de la habitación, las cuentas se agitan durante un instante. Tal vez se trate de un hombre. Ramón Romero no puede estar seguro.

Hay una repisa llena de hombres misteriosos de distintos tamaños. El más pequeño es como un soldadito de plomo. El más grande no mide más que una Barbie. Por lo demás, son todos iguales. Un muñequito de plástico con sombrero, traje y corbata.

—¿Le interesa?

—No lo sé. ¿Cómo funciona?

—Las instrucciones están al dorso.

Ramón Romero coge uno de los que está embalado y lee las instrucciones en el cartón de la caja: «El Señor Misterioso camina despacio, pero firme. Una vez que el Señor Misterioso echa a andar, ya no hay forma de pararlo. El Señor Misterioso no es un juguete. Piénselo bien antes de susurrarle una orden. El Señor Misterioso sólo escucha una vez y no sabe de arrepentimientos».

—¿Y bien? —pregunta María.

—No sé, aún no lo entiendo.

—¿No ha oído hablar del Señor Misterioso?

—Una amiga me contó algo, pero es difícil de creer.

—Ya, pues más vale que lo crea.

—Y dice usted que con sólo susurrarle un nombre al oído…

—Yo no he dicho nada. Yo no me acerco al Señor Misterioso, pero me temo que lo que le han contado es cierto.

—Sé de un hombre que murió de la manera más extraña.

—Todos conocemos a uno de ésos.

—Y, sin embargo —añadió Ramón—, sigo pensando que se trata de un desgraciado accidente.

—Seguro.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo?

—¿De acuerdo?

—De acuerdo en que es imposible que un muñequito de plástico…

—No le llame «muñequito», no le gusta nada. Llámele Señor Misterioso. Y no, no estoy de acuerdo. No hay nada imposible. Sólo lo que no sucede nunca es imposible y de lo que no sucede nunca no sabemos nada.

—Me está tomando el pelo.

—Seguro. Mire, si no le interesa el Señor Misterioso, no se lo lleve. Y si se lo lleva, no le susurre jamás un nombre y si lo hace, no espere dormir tranquilo nunca más.

El Señor Misterioso no sabe de componendas o arrepentimientos, ya lo ha leído usted.

—¿Vende muchos de estos?

—Miles. Es un best-seller.

—Entonces, no habría manera de saber quién…

—No habría manera. Usted lo ha dicho. Esa persona que a usted le preocupa, la del desgraciado accidente, ¿era hombre o mujer?

—Un hombre.

—Entonces seguro que fue una mujer. No es posible saber más.

Ramón Romero dejó al Señor Misterioso en la repisa.

—¿No se lo lleva?

—No, no odio a nadie lo bastante.

—Mejor para usted.

—Dígame una cosa. ¿Esto es legal?

—¿Legal? Claro que es legal. No es más que un muñequito de plástico.

María lució su mejor sonrisa y volvió a lo suyo.

Ramón Romero salió de la tienda.

En la calle sonaba la música de Los Fabulosos Potros desde la radio de un coche aparcado.

El lugar exacto

EL joven actor mejicano sube a una limusina a la puerta del Mercer Hotel. Lleva una sola maleta y tres bolsas de plástico cargadas de regalos. Va camino del aeropuerto. Vuelve a casa.

Simonetta coge un taxi a la puerta del Gramercy Park Hotel. Apenas ha estado diez minutos en el cocktail que ha ofrecido su revista, *Amazonas sofisticadas*, con motivo de su décimo aniversario.

El joven actor mejicano se estira en el asiento de cuero blanco, enciende un cigarrillo y coge del bar una botella de whisky de cristal esmerilado. Se sirve una copa. Aún le duele la cabeza por culpa de la última fiesta. La crítica de *The New York Times* ha sido tan exageradamente buena que su agente le ha besado en los labios. Su segmento en el programa de Letterman fue sobre todo muy fresco. Al menos eso es lo que le han dicho. Están lloviendo ofertas. Eso también se lo han dicho. ¿Cómo se llamaba aquella chica? Laura. No ha vuelto a saber de ella. Tal vez algún día. ¿Cuántas entrevistas y sesiones de fotos? Veinte, treinta…, es imposible acordarse.

Simonetta sí que recuerda bien al joven actor mejicano. En su absurda cabeza que es como un mundo paralelo, ésta es una historia de amor. ¿Por qué? Porque sí. Porque le da la gana. Podría haber odiado a su hermana; de hecho, lo ha intentado, pero es imposible odiar a una chica tan encantadora. Puede que a estas alturas se haya acostumbrado a que su hermana Laura sea casi siempre la cabeza de playa de sus propios deseos. Alguien tiene que ir a la luna a colocar la dichosa bandera.

La limusina cruza el Holland Tunnel camino del aeropuerto. El joven actor mejicano ve las luces del túnel pasar a través de los cristales tintados. No soporta los cristales tintados. Preferiría que todo el mundo pudiera verle. Ha llegado muy lejos en muy poco tiempo. Se anda preguntando cómo serán las cosas a partir de ahora.

Simonetta está ya a la altura del Empire State. A pesar de los años, no hay manera de acostumbrarse a la impresión que produce Manhattan de noche. La luz blanca que se escapa de Times Square al subir por la Sexta avenida. Las copas de los árboles agazapadas entre los edificios cuando se acerca uno a Central Park. La nostalgia de Martini al pasar frente al restaurante Delmonico.

El joven actor mejicano llega por fin al aeropuerto de Newark. El whisky le ha sentado de maravilla, a pesar de todo le resulta muy extraño viajar solo en un coche tan grande. Antes de entrar en la terminal, enciende un último cigarrillo.

«No hay que darle vueltas —se dice—, a veces las cosas salen bien». Recuerda un titular que escribió una de sus muchas entrevistadoras en una absurda revista de mujeres: «Cuando las cosas buenas le suceden a la buena gente». Apura el cigarrillo y

entra en la terminal. Las puertas automáticas se abren y se cierran a su paso.

«Aquí fue», piensa Simonetta, y enseguida le pide al taxista que pare.

Abre la ventanilla y asoma la cabeza. «Aquí fue, seguro, frente al hotel Myflower, entre la silueta del hotel Plaza y los setos recortados en forma de animales de Tavern On The Green, osos, ciervos, gatos gigantes decorados con hileras de pequeñas bombillas».

Por supuesto, no hay manera de saberlo y el instinto es un detective perezoso, pero las chicas que persiguen poetas muertos tienen el derecho y, es más, la obligación de tomar importantísimas decisiones arbitrarias. Sobre todo si se dejan la piel sobre la hierba artificial del campo de hockey mientras se enamoran de estrellas de cine extranjeras. Y el derecho y el deber de no dar explicaciones al respecto. Y el derecho y el deber de ser cursis.

«Aquí fue, no me cabe la menor duda; éste es el lugar exacto en el que murió Robert Lowell, esto fue lo último que vio».

Después vuelve a hundirse en el asiento del taxi y le pide al conductor que continúe.

Molly, Molly, Molly…

LO primero que hace Molly al entrar en su pequeño apartamento frente al South Port, antes incluso de dejar el bolso, es dirigirse a la estantería, agarrar al Señor Misterioso por el cuello y tirarlo a la basura.

Se queda un segundo mirando la figurilla de plástico, flotando sobre mondas de naranja y un millar de colillas, con su traje, su sombrero y su aire entre amenazador y ridículo y dice: «¿Ahora qué, Arnie? Vendedor de pianos, conquistador de ancianas, embaucador, "señor don demasiado bueno para ti". Arnold Grumberg, ni siquiera la has visto venir». Y en eso levanta el pie del pedal que mantiene abierta la tapa del cubo de basura, el cubo se cierra y Molly da sus negocios con el Señor Misterioso por terminados.

Molly, Molly, Molly…, quién lo hubiera dicho. A veces hay que poner la fe en las cosas más peregrinas para obtener resultados.

Y hace una tarde tan bonita que dan ganas de volver a salir, pero Molly, que es capaz de estar en dos sitios a la vez, no tiene prisa. Se sirve un vaso de vino y enciende un cigarrillo. Es entonces cuando, por primera vez en muchos años, sólo Dios sabe cuántos, se pone a cantar.

Si vas al baile y no me ves,
No mires a otras muchachas,
Que yo siempre estoy contigo
Aunque no esté.

Que te sirva de lección, Arnold Grumberg.

Palace Chop House

CHARLES *el Bicho* Workman llevaba dos Smith and Wesson del 38 metidos bajo el cinturón y otro del 45 en la mano, con el dedo en el gatillo, dentro del bolsillo del abrigo. Dutch Schultz se estaba lavando las manos cuando Workman entró en los aseos del Palace Chop House. Probablemente se quedó mirando los dos 38 mientras Workman le tumbaba con el 45. Hay quien dice que estaba de espaldas y no tuvo tiempo de darse la vuelta. Puede que viera el reflejo de Workman en el espejo, puede que no.

Workman deja caer el 45 en la cesta de las toallas sucias y saca los dos revólveres de la cintura. Jimmy *el Pincho* le espera en la puerta del cuarto trasero. Los tres lugartenientes del holandés tratan de sacar sus pistolas. Jimmy se acerca a la mesa y, sujetando a Aba Daba Berman por la muñeca, le dispara en la cabeza.

Workman dispara seis veces contra Landau y Rosencratz. Tres balas para cada uno.

Mendy Weiss vigila la puerta con una escopeta que mantiene al camarero tumbado bajo la barra.

Workman vuelve al servicio de caballeros y desvalija el cadáver del holandés, una vieja costumbre.

Mendy Weiss vuelve al coche y le dice a Piggy que arranque.

—¿Y Workman?

—Que se joda —responde Weiss—. No estamos aquí para robar carteras.

Cuando Jimmy y Workman salen del restaurante, el coche ya se ha ido.

Workman sigue andando calle abajo.

Jimmy sigue andando calle arriba.

A Workman lo cogieron tres años después. Le acusaron de dieciséis asesinatos. Sólo pudieron probar tres. Fue condenado a cadena perpetua. Durante la guerra, pidió permiso para llevar a cabo una misión suicida contra Tokio en respuesta al ataque de Pearl Harbour. El permiso le fue denegado.

A Jimmy *el Pincho* nadie volvió a verlo. Hay quien dice que nunca estuvo allí.

El holandés murió dos días después en un hospital junto a un estenógrafo de la policía que recogió atentamente dos páginas de febriles balbuceos. Al entierro de Dutch Schultz acudieron su madre, Mrs. Emma Flegenheimer, su hermana, Mrs. Helen Urprung y su viuda, Mrs. Frances Flegenheimer.

Las últimas palabras de Dutch Schultz fueron: «No hay nada como una madre» y «No dejes que el demonio te arrastre deprisa».

De ratones y hombres

DE la muerte de Gerald Ulsrak, alias *Charlie*, ya no hay más que decir. Murió y la ciudad entera se fue con él, como se van los perros fieles tras sus dueños.

Guardamos nuestras cosas en cajas y nos asombramos de lo mucho que abultaba y de lo poco que era. Como siempre, lo propio nos avergüenza y lo ajeno nos consuela. Lo ajeno nos devuelve un reflejo impreciso de nosotros mismos. Una imagen empañada en la que uno puede imaginar lo que no acaba de ver del todo. Un Conney Island de la mente, como decía Ferlinghetti. Con esa idea se marcha uno de casa. El verdadero exiliado sueña con el lugar que ha dejado atrás, el exiliado voluntario sueña con el lugar en el que está. Es aún más extraño. Con el tiempo se empiezan a sufrir los rigores de la fantasía. Se cambia una tiranía por otra. Se adueña uno del simulacro.

Vivimos en Manhattan cinco años y maté a cuatro ratones. Cada año aparecía un ratón, sólo uno. El último año, también, pero llegó cuando ya teníamos todo embalado para la mudanza y decidimos que este ratón podía quedarse con la casa. Al primer ratón lo maté porque pensé que podría comerse a mi hijo; al último, porque sabía que mi hijo podría muy bien comerse al ratón. Mientras tanto, todos cambiamos, sobre todo el niño. A los ratones los cazaba con unas trampas pegajosas, no con esas trampas de muelle que se ven sólo en las películas. Lo malo de las trampas pegajosas es que no acaban con el ratón, sólo lo atrapan y después te queda a ti la absurda tarea de matarlo. Mi método era sencillo y eficaz, una vez tenía al ratón pegado a la trampa, ponía otra encima y luego lo aplastaba con el pie; un asunto tan desagradable como puedan imaginar. Mi hijo nunca me vio matarlos; en realidad, no llegó a ver a ninguno de los ratones, salvo al último. A ése le puso nombre, *Missy*, que era el nombre de un ratón de dibujos animados que le gustaba mucho. A nosotros nos pareció tan encantador como detestable les está pareciendo a ustedes todo este asunto.

Cuando dejamos la casa, mi hijo me acompañó al guardamuebles, un edificio inmenso lleno de pequeñas puertas y habitaciones diminutas en las que intenta uno comprimir lo que ha dado de sí la vida. Discutimos entre todos qué guardar y qué llevarnos con nosotros. Para salvar los juguetes de mi hijo tuve que sacrificar casi todos mis libros. Allí siguen. Pagamos religiosamente el *storage*, así lo llaman, todos los meses, y es como echar leña a un fuego que está muy lejos, con la esperanza de que algún día vuelva a calentarnos.

Hay quien vive dentro de esos guardamuebles. Gente que pasa la noche fuera y el día dentro de su pequeña caja sin ventanas, junto a sus cosas amontonadas.

Los vimos deambulando por los largos pasillos y escuchamos la música de sus transistores al otro lado de sus puertas metálicas.

Supongo que es gente que no ha conseguido estar a la altura de sus sueños ni ha conseguido desprenderse de ellos.

Me lo dijo un borracho irlandés: «Quienes aman Nueva York se odian un poco a sí mismos».

RAY LORIGA. Seudónimo de Jorge Loriga Torrenova. Es un escritor, guionista y director de cine nacido en Madrid en 1967.

Como escritor ha sido relacionado de forma directa con la «Generación X», especialmente con sus primeras novelas tales como *Lo peor de todo* (1992) y *Héroes* (1993), de gran impacto entre los jóvenes de principios de los 90.

Tanto la crítica como el público encumbraron a Loriga a la categoría de escritor imprescindible aun cuando su producción había sido de tan sólo un par de libros. Su estilo inicial, que conjugaba lirismo con expresiones actuales cercanas a la oralidad, fue dando paso a una narración más sólida, de personajes más elaborados, donde se atrevió con un tono más satírico y expresivo.

Como director de cine debutó en 1997 con *La pistola de mi hermano,* adaptación de su novela *Caídos del cielo* (1995). En 2006 rodó *Teresa, el cuerpo de Cristo,* una película acerca de la vida de la santa abulense Teresa de Jesús. También ha trabajado como guionista para directores de importancia en el cine español como Daniel Calparsoro (*Ausentes,* 2005), Carlos Saura (*El séptimo día,* 2004) y Pedro Almodóvar (*Carne trémula,* 1997).

Entre sus últimas publicaciones están el libro de relatos *Los oficiales y el destino de Cordelia* (2009) y las novelas *Sombrero* y Mississippi (2010) y *El bebedor de lágrimas* (2011)